

Las parábolas. Una clave para vivir la fe

Roberto Badenas

Guardamar del Segura, 1990

Editada por:

Aula7activ@

Edita

Aula7activ@

Aula7activa-Aeguae

Tel.: 616 754 880

E-mail: info@aula7activa.org

Web: www.aula7activa.org

Todos los derechos reservados. Se permite la impresión de las publicaciones de www.aula7activa.org sólo para uso personal. No está autorizada la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento para su difusión pública, incluidos la reprografía, el tratamiento informático y su difusión por Internet, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Los archivos informáticos de las publicaciones electrónicas no pueden ser manipulados bajo ningún concepto.

© 2006 Roberto Badenas

© 2006, Aula7activa-AEGUAE, en español para todo el mundo

Depósito Legal: B-16361-2004

AULA 7 está abierta a todo tipo de colaboraciones. Los artículos publicados expresan exclusivamente las opiniones de sus autores.

Introducción

Hace ya más de veinte años que Roberto Badenas se dedica a la investigación y enseñanza de los Evangelios. Y ahora ante nuestros ojos disponemos de unos breves apuntes fruto de su contacto y madurez con esas *ipsissima vox* que suponen las parábolas de Jesús de Nazaret.

En diciembre de 1990 la Asociación de Estudiantes y Graduados Universitarios Adventistas de España (AEGUAE) centró el tema de su convención anual en: *Las parábolas. Una clave para vivir la fe*. Las ponencias dictadas por Roberto Badenas, ahora son reproducidas en el presente documento. Es por ello que si algún error se ha deslizado en el presente escrito, éste no es achacable al conferenciante, sino a las deficiencias de una edición con recursos limitados. A pesar de ello, querido lector, estamos seguros de que el escrito que tienes entre tus manos, no solo va a estimular tu reflexión sobre las parábolas de Jesús de Nazaret, sino que éstas van a encarnarse un poco más en tu vida.

Los editores

Sumario

- I. Introducción a las parábolas
- II. El lenguaje enigmático de las parábolas y su intención (¿oculta?). Mateo 13:10-17
 - II.1. Dificultades de las parábolas
 - II.1.1. Del texto
 - II.1.2. Del contexto
 - II.1.3. Del pretexto
 - II.2. ¿Cómo entender el texto?
 - II.3. ¿Qué es una parábola?
 - II.3.1. Fábula
 - II.3.2. Mito
 - II.3.3. Alegoría
 - II.4. Definición de parábola
 - II.5. ¿Por qué Jesús usó parábolas?
 - II.6. ¿Cómo interpretar las parábolas?
 - II.6.1. Contexto literario
 - II.6.2. Contexto cultural
 - II.6.3. Contexto teológico
 - II.6.3.1. Interpretación alegórica
 - II.6.3.2. Escuela moralista, s. XIX d.C.
 - II.6.3.3. Mensaje escatológico, Dodd
 - II.6.3.4. Escuela histórica, Joachim Jeremias
 - II.6.4. El pretexto
- III. Parábolas difíciles I: los últimos primeros y los primeros últimos (un concepto diferente de justicia). Mateo 20:1-16
 - III.1. Interpretación alegórica de la parábola
 - III.2. Contexto de la parábola
 - III.2.1. Contexto literario
 - III.2.2. Contexto cultural
 - III.2.2.1. Las horas del día
 - III.2.2.2. El salario
 - III.2.2.3. El sentido de urgencia de la parábola
 - III.2.3. Contexto teológico
 - III.3. Elementos del texto
 - III.3.1. La estructura en quiasmo
 - III.3.2. El reino de los cielos
 - III.4. Implicaciones teológicas del texto
 - III.4.1. Noción de justicia y misericordia
 - III.5. Aplicación de la parábola
 - III.6. Parábola de la solidaridad
 - III.7. Preguntas y respuestas
- IV. Parábolas difíciles II: los hijos de este siglo, más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de la luz (o como ganar amigos con las riquezas injustas). Lucas 16:1-15
 - IV.1. El contexto de la parábola
 - IV.2. Lección de esta extraña parábola

- V. Culto de sábado. Parábolas de ayer para vivir hoy. El reino de Dios, ¿a qué es semejante hoy? Mateo 13
 - V.1. Tipos de sacrificios en el Antiguo Testamento
 - V.2. El sacrificio en el Nuevo Testamento
 - V.3. Los sacrificios y Jesús
 - V.3.1. El llamado de Mateo
 - V.3.2. «El Hijo del hombre es Señor del sábado»
 - V.4. ¿Qué quiere decir misericordia?
 - V.4.1. Donar los bienes a Dios. Marcos 7:9-12
 - V.4.2. La mujer adúltera. Juan 8:1-11
 - V.4.3. Jesús sana en sábado. Juan 5:1-18
 - V.5. El reino de Dios es misericordia. Mateo 13
 - V.5.1. Parábola del sembrador
 - V.5.2. Parábola de la semilla de mostaza
 - V.5.3. Parábola de la levadura
 - V.5.4. Parábola del tesoro escondido
 - V.5.5. Parábola de la perla de gran precio
 - V.6. Parábola de los corderos y los cabritos. Mateo 25
 - V.7. La religión del sacrificio *versus* religión de la misericordia
 - V.7.1. ¿Qué es lo que Dios nos pide?

- VI. Parábolas difíciles III: las diez vírgenes, parábola adventista por excelencia (o como obtener un seguro de reservas espirituales para poder dormir en paz). Mateo 25:1-13
 - VI.1. Las diez vírgenes
 - VI.2. Contexto cultural. Una boda en la Palestina de Jesús
 - VI.3. Lo chocante de esta parábola
 - VI.4. Parábola de vigilancia, esperanza y amor

- VII. Parábolas difíciles IV: la verdad de la ficción (entre los nebulosos misterios del más allá y nuestra rabiosa actualidad cotidiana). Lucas 16:19-31
 - VII.1. Contexto cultural
 - VII.2. Contexto literario
 - VII.2.1. El rico y Lázaro en la vida terrena
 - VII.2.2. Lázaro en el seno de Abrahán y el rico en el abismo
 - VII.3. Contexto teológico
 - VII.3.1. Los justos van al seno de Abrahán
 - VII.3.2. Realidad geográfica
 - VII.3.3. Las almas
 - VII.4. Utilización de la ficción en una parábola de Jesús
 - VII.4.1. Parábolas rabínicas y textos egipcios paralelos a la parábola del rico y Lázaro
 - VII.4.2. La parábola del asceta
 - VII.4.3. Relato del folklore budista
 - VII.5. Aplicación de la parábola
- VIII. Conclusión
- IX. Vocabulario griego-castellano
- X. Vocabulario hebreo-castellano

I. Introducción a las parábolas

Quisiera deciros unas palabras que me vienen por sí solas. Llegando, a muy pocos kilómetros de aquí [Guardamar del Segura] habéis visto esos inmensos montones de sal al lado de la carretera. Yo pensaba: con estos montones de sal, ¿cuántos platos se podrán adobar?, ¿cuántas «soseces» se podrán sazonar?, ¿cuántas cosas desaboridas se podrán hacer sabrosas con esta sal? Y hay una palabra bíblica que me ha venido inmediatamente al espíritu y que os dedico de parte del Señor. Está en Mateo 5:13 «vosotros sois la sal...», no vamos a ser pretenciosos, no diremos de la tierra, permitidme que yo corte aquí el texto «vosotros sois la sal de esta tierra». Porque creo que si AEGUAE se propusiese sencillamente hacer realidad esta palabra bíblica «ser la sal de esta tierra», creo que habría cumplido su misión. Vosotros sois la sal de esta iglesia y de esta tierra, y quizá también un poco del mundo; y por eso vosotros y yo estamos esta noche aquí (6 de diciembre de 1990) en torno a las palabras del Señor, esas palabras de amor que han sido cantadas aquí hace un momento.

El Evangelio no es un libro. El Evangelio al principio no eran más que conversaciones, ilustraciones, palabras que podían parecer corrientes. Jesús no hablaba como los teólogos, ni como los especialistas, ni como los exégetas. Él hablaba de manera que pudiera ser entendido por el ama de casa, el herrero, el pastor, el carpintero. Les hablaba como se habla de corazón a corazón, de amigo a amigo, como se habla en la calle, como se habla en un patio, como se habla en casa.

Sus parábolas nos han llegado a nosotros como lo más auténtico de Jesús. Es terrible estudiar con los especialistas que pasan por la criba fina los Evangelios, y ver cuantas cosas ponen en duda suponiendo que son tradiciones tardías, o desarrollos *a posteriori* de la Iglesia. Pero es magnífico observar que todas las parábolas, todas, son consideradas como auténticas, hasta por los especialistas más recalcitrantes y más duros. Lo más auténtico de Jesús hoy, hasta para los especialistas no creyentes, son sus parábolas. Por eso vale la pena que las estudiemos.

¿Por qué hablar hoy, en 1990, de parábolas contadas hace dos mil años, en el otro extremo de este Mediterráneo tan nuestro? ¿Queda algo en común entre la problemática del mundo al que iban dirigidas y los problemas que vosotros y yo tenemos en la actualidad? Dos mundos diferentes, dos épocas totalmente distintas. Sin embargo, a pesar de las enormes diferencias, ¿no creéis que esos dos mundos siguen siendo en el fondo los mismos?

Porque en nuestro mundo de finales del siglo xx, como en aquel mundo de principios del siglo I, el sol sigue brillando sobre buenos y malos; y la lluvia sigue cayendo, o dejando de caer, sobre justos e injustos. La cizaña sigue creciendo en medio del trigo y mucho de éste se pierde también en cada cosecha entre pedregales, espinas y caminos.

En nuestro mundo, también se pierden cabezas de ganado, y no todo lo que se pesca en las redes va a la mesa finalmente.

En nuestro mundo para alimentar a los hambrientos también haría falta multiplicar los panes y los peces, o transformar las piedras en pan. O lo que es un milagro todavía mucho más difícil, que compartamos los unos con los otros.

En nuestro mundo todavía tenemos soldados, cobradores de impuestos, sumos sacerdotes y mercaderes del templo.

Entre nosotros, como entonces, sigue habiendo ricos insensatos y pobres lázaros, reyes viajeros e invitados estúpidos, fariseos beatos y empleados inútiles, jueces injustos y viudas impertinentes, administradores desaprensivos y deudores morosos, patronos distantes y vendimiadores en huelga.

En nuestro mundo no han desaparecido todavía los ladrones que trabajan de noche ni los atracadores que actúan de día, ni la seguridad es mucho mayor que en tiempos de Jesús. Tampoco han desaparecido los amigos cargantes que nos dan el sa- blazo, cuando menos lo esperamos, incluso a medianoche.

En nuestro mundo seguimos amasando el pan con levadura. Seguimos cocinando con sal y sazonando con mostaza. Seguimos poniendo nuestras lámparas donde mejor alumbran y sigue siendo más fácil perder el monedero que encontrarlo. Más que entonces seguimos comiendo y bebiendo, comprando y vendiendo, casándonos y dán- donos en casamiento.

En nuestro mundo, por desgracia, todavía hay obreros en paro que no son contra- tados ni a la primera hora del día, ni a la segunda, ni a la tercera, ni a la hora undéci- ma.

En nuestro mundo todavía hay hombres de negocios que invierten su fortuna en la ampliación de su empresa y en la víspera de la inauguración de sus nuevas instala- ciones mueren de un paro cardíaco.

En nuestro mundo hay jóvenes que liquidan la herencia familiar para acabar en cual- quier pocilga, ante el odio sin fin de sus hermanos mayores y el sufrimiento sin fondo de sus padres desesperados.

En nuestro mundo todavía hay grandes festines y bodas principescas, todavía hay accidentes de carretera con heridos graves, con testigos indiferentes y afortunada- mente hasta con algún buen samaritano.

En nuestro mundo siguen habiendo hábiles negociantes, cazadores de tesoros, bus- cadores de perlas y de los primeros sitios.

En nuestro mundo siguen abundando los aprovechados, los pasotas y los homici- das.

Hoy también sería posible en una parábola y parodia del juicio final distinguir a los borregos de los cabritos.

Nuestro mundo, aún más que el mundo del siglo I d.C., está cansado de guerras y de rumores de guerras, que se levante nación contra nación y reino contra reino, que los grandes dirijan a los pequeños y que los pequeños se hagan los grandes. Nuestro mundo está cansado de hambres, de epidemias, de terremotos, de terrorismo y de an- gustia de gentes.

Nuestro mundo saturado de malas noticias necesita más que nunca la buena noti- cia, una noticia de esperanza. Nuestro mundo cansado de malas palabras está nece- sitado más que nunca de alguna buena palabra. Nuestro mundo lleno de discursos va- cíos, necesita más que nunca las parábolas de Jesús.

Y esta buena noticia, esta buena palabra, esta parábola de vida será de actualidad mientras en nuestro mundo queden multitudes desorientadas como rebaños sin pas- tor y seres que sufran bajo sus cargas sin encontrar descanso, seguirá haciendo falta mientras queden enfermos desahuciados que yacen sin esperanza, a veces en plena calle y otros incluso junto a una piscina.

En nuestro mundo esta buena palabra será necesaria mientras queden seres do- minados por espíritus malignos de todo tipo, identificables o no, seres empujados a lu-

gares solitarios o concurridos, ¡qué importa!, y que deambulan al borde del abismo entre las playas y los cementerios o yacen tirados en las cunetas de nuestras modernas «gadaras».

La buena noticia será de actualidad mientras queden mujeres marginadas, acusadas de deshonestidad, amenazadas de lapidación por los integristas de cualquier confesión al amparo de sus propios templos.

Las parábolas de Jesús serán de actualidad mientras queden muchachas, vírgenes o no, que estén en peligro de echar a perder su boda por no ser bastante prudentes.

En nuestro mundo harán falta las parábolas mientras queden jóvenes, ricos o pobres, que busquen a alguien que les diga qué hacer para alcanzar la vida eterna.

En nuestro mundo las palabras de Jesús serán de actualidad mientras queden niños aburridos de sus juguetes y de nuestros sermones que esperan que alguien los tome sencillamente sobre sus rodillas y hable con ellos, ore por ellos.

Las parábolas serán de actualidad mientras quede en el mundo alguien capaz de dejar su barca y sus redes, o su banco y su dinero para seguir el llamado del ideal.

El mensaje de las parábolas será necesario mientras queden en nuestro mundo pastores que en su soledad interior agucen los oídos al cielo, y magos, más o menos sabios, que en las tinieblas de su noche levanten la mirada para escudriñar el cielo.

Las parábolas de Jesús tendrán algo que decir mientras quede alguien en este mundo para quien las palabras paz, justicia, libertad y amor sean más que simples palabras.

II. El lenguaje enigmático de las parábolas y su intención (¿oculta?). Mateo 13:10-17

Vamos a hablar del lenguaje de las parábolas. Para un lector muy superficial, las parábolas son fáciles porque nos hablan de trigo y de ovejas, de señoras que barren la casa, de hijos que se enfadan con el padre, de reyes que organizan un banquete de boda para los príncipes. Parecen conocidas, sencillas y fáciles; pero lo son mucho menos, porque ¿cuándo ha ocurrido que los invitados de un rey de aquella época, rechacen asistir a la boda del príncipe heredero con excusas absurdas? A nosotros no nos hacen reír porque estamos tan acostumbrados a leer las parábolas que ya no nos choca nada y las aceptamos como si fuera todo natural, pero las parábolas están llenas de absurdos y si son analizadas y leídas tal como ellas lo dicen, que es como se tendrían que leer, son absolutamente chocantes. Nadie le dice a un rey:

-No puedo ir a la boda del príncipe heredero porque me he comprado una vaca.

Las parábolas están llenas de elementos enigmáticos, de elementos sorpresa. Hoy, cuando los empleados que hacen el mismo trabajo van a cobrar, los que han trabajado doce veces más que los demás no cobran lo mismo. Sin embargo, leemos la parábola como si fuera algo normal. Todas las parábolas tienen un elemento de sorpresa y precisamente ésa es su intención. Por eso tendríamos, por una vez si no lo hemos hecho otras veces en nuestra vida, que leer las parábolas, leyendo todo lo que dicen y escuchándolas tal como ellas estaban intentando hablarnos y veremos que su lenguaje no es nada fácil, hasta el punto que están consideradas hoy como los pasajes más difíciles de los Evangelios. En el último consejo de exégetas en Lyon, el tema era cómo encontrar criterios válidos para interpretar las parábolas, porque las parábolas son también el área del Nuevo Testamento donde la fantasía de los intérpretes se ha explayado más. ¿Es posible que lleguemos a comprender lo que Jesús quiso decir? Pues eso es lo que vamos a intentar, en eso estamos y vamos a ver hasta dónde podemos llegar.

II.1. Dificultades de las parábolas

¿Por qué son difíciles las parábolas? Yo diría que las dificultades de las parábolas vienen como mínimo de tres fuentes: unas vienen del texto, otras del contexto y otras del pretexto (lo llamo así para hacer rima, nada más).

II.1.1. Del texto

Son textos que nos han llegado supercondensados. Por lo que sabemos de los tiempos antiguos la gente no tenía televisión, ni periódicos, ni leían *Hola*, ni nada de esto. Entonces Jesús podía muy bien pasar mucho rato delante de un auditorio contándo-

les una parábola con pelos y detalles, y teniendo a todo el mundo en suspense, porque era un público enormemente participativo. Pensad que estamos en un mundo oriental, en el que la gente no ha estado educada para que se reprima los sentimientos, sino al contrario está educada para que los exprese. No podemos comparar el efecto que hace una parábola hoy, del que hacía entonces, porque en nuestros textos condensados nos falta el contexto y los detalles. La gente participa. Cuando Jesús dice:

–El padre le dice al hijo: ven a trabajar a mi viña.

Y aquél dice:

–¡No me da la gana!

Entonces todo el público respondía:

–¡Oh!, ¡qué barbaridad!, ¡no puede ser!, ¡cómo son los hijos!

La gente estaba viviendo todo aquéllo, como un *happening*. Conocemos pueblos orientales que aún hoy viven así, no tienen televisión, no tienen un mundo audiovisual, sino simplemente el texto escuchado. Los contadores de cuentos, o contadores de leyendas, o contadores de parábolas, toman todo el tiempo que hace falta y todos los recursos del suspense para tener al público atento. Hoy, sin embargo, estas parábolas han llegado comprimidas, resumidas a su escueto esqueleto. No podemos hacernos una idea totalmente exacta de lo que fueron en su momento.

Hay dificultades que nos vienen del texto, es un texto resumido, dicho en arameo, escrito en griego y traducido a nuestras lenguas: al castellano, al catalán, al vascuence, a otras lenguas. Eso plantea otras dificultades que analizaremos después.

II.1.2. Del contexto

Las parábolas vienen de un contexto muy diferente al nuestro. Es todo otro mundo, otra cultura, otra mentalidad, otra época, otras circunstancias. Hoy no se va a la boda cargado con botellas de aceite, pero en tiempos de Jesús sí. Esos detalles que a nosotros nos resultan folklóricos, chocantes, a veces ridículos, no lo eran entonces. Eran totalmente lógicos y además eran los únicos verosímiles. Ese contexto hay que entenderlo para comprender bien la parábola. Hay contrasentidos que se hacen al interpretar las parábolas precisamente porque no se conoce el contexto. Por ejemplo, todos estamos tan acostumbrados a la parábola del hijo pródigo, que eso que el hijo venga y le diga:

–Padre dame la parte que me toca en la herencia.

Lo encontramos como algo sumamente lógico, porque eso es lo que se hace en nuestra civilización. Pero en la suya eso no lo hacía nadie, ni ningún padre se la daba. Que un hijo menor venga a pedir la herencia en vida del padre quiere decir:

–Lo único que quiero es que te mueras.

Además que nadie se la iba a dar porque el hijo no tenía ningún apoyo jurídico, no podía reclamarla bajo ningún concepto. En aquella cultura esta parábola es escandalosa desde la primera frase, y producía una enorme irritación contra el hijo que se iba, en todo el público que estaba escuchando, porque eso era propio de un gamberro desalmado, no tenía nombre. Mientras que hoy lo encontramos casi normal. Por eso el contexto es muy importante para captar el sentido.

II.1.3. Del pretexto

¿A qué llamo yo pretexto? A la precomprensión con la que cada uno leemos las parábolas. Porque creo que muchas de las dificultades nos vienen de nuestros prejuicios, nuestra comprensión, nuestra formación religiosa o cultural cuando abordamos una parábola. Los problemas no solo están en el texto o en su contexto, sino también en nosotros. ¿A qué llamo yo el pretexto?, a aquello a lo que yo tengo antes de empezar a leer el texto.

Hablaremos un poco de ello, a ver si por lo menos siendo conscientes de las dificultades podemos acercarnos a las parábolas de una manera más objetiva.

II.2. ¿Cómo entender el texto?

Vamos a ver como segundo punto, ¿qué hacer para entender el texto?, o ¿cómo entender el texto?

Para los no iniciados les resulta, yo no diría sólo sorprendente sino sospechoso incluso que la revelación de Dios necesite ser entendida, o necesite ser interpretada. Hay mucha gente que no acepta que sea necesario ningún tipo de esfuerzo de exégesis para comprender un pasaje bíblico. Hay que leerlo así como cae y lo que entienden eso es. Hay mucha gente que cree que ésa es en realidad la única actitud espiritual válida ante la Biblia. Yo no lo voy a discutir, porque Dios se reveló para ser entendido y si algunos no lo entienden, eso es otra cosa. Pero pienso que si Dios nos ha dado la inteligencia, la sensibilidad y la honradez que ése sea el único acercamiento válido. Sobre todo cuando ya en tiempos de Jesucristo se tenía conciencia muy clara de que la Escritura era un texto condensado, difícil de entender. Cuando Jesús dice a los escribas: «escudriñad las escrituras», utiliza el término técnico más rebuscado que había y el más complejo para indicar todo el *derash*, toda la interpretación que dio lugar después al Midrash, al Talmud. Ya existía en aquella época ese esfuerzo tremendo, consciente, profundo y honrado para conocer y comprender mejor el texto bíblico. Jesús les dice que está muy bien que lo hagan y que sólo si siguen haciendo eso, se darán cuenta de que las palabras del Antiguo Testamento dan testimonio de Cristo.

Pienso que hay un acercamiento al texto en el que poniendo toda nuestra capacidad, toda nuestra inteligencia y buena voluntad, tenemos más riesgo de encontrar la verdad que tratando el texto con la superficialidad del que cree que todo lo sabe o que cree que todo es evidente. Además cuando uno es consciente de que la palabra de Dios es algo que jamás se podrá cerrar en ninguna fórmula humana, la revelación divina «es viva y eficaz y más penetrante que una espada de dos filos» (Hebreos 4:12) y que penetra hasta el subconsciente, que es lo que quiere decir el texto, entonces uno sabrá que para dejarse penetrar por esta palabra un acercamiento superficial no basta.

A la palabra de Dios nunca le podemos dar su interpretación definitiva. Podemos, si queréis, alcanzar un nivel de comprensión suficiente... suficiente para mí en este momento, pero no creo que jamás nadie pueda pretender que ha dicho la última palabra, porque la actitud que yo considero cristiana, no es el pretender dominar la palabra de Dios, sino el dejar que ella nos domine, y eso es muy diferente.

Lo que yo quiero es que se respete el texto totalmente. Las llamadas lecturas literales, es decir, sin ninguna preocupación por un acercamiento y una comprensión seria, pretendiendo ser fieles en el fondo lo único que consiguen es cerrarse a la voz que grita y que habla en la palabra, porque ya de antemano se ha decidido qué es lo que el texto quiere decir. Pienso que nadie debería hacer eso con ningún texto y muchísimo menos con un texto bíblico. El hecho de que esa voz que habla esté escrita, no quiere decir que la tengamos ya encerrada, manipulada y amordazada, y que nos dirá sólo lo que nosotros queramos. Pienso que cuando yo analizo este texto, suelto la palabra, es decir dejo que me hable por los caminos por los que ella iba. Y cuando lo hago en serio es posible que ella me hable y que yo la escuche.

Los interesados por el tema deberían leer los dos primeros capítulos del tomo II de *Joyas de los Testimonios*, en que se habla de lo que es la inspiración. Eso deberían leerlo como primer deber todos los que intentan leer la Biblia y sobre todo Ellen G. White, porque ella explica de una manera muy moderna, muchísimo más que muchos libros de hoy, lo que es la inspiración. Ella dice, y estoy totalmente de acuerdo, la Palabra de Dios es palabra de Dios, pero encarnada en un lenguaje que es exclusivamente humano, de la misma manera que Jesucristo el Verbo divino se encarnó en células tan humanas como las vuestras y las mías. De la misma manera que el verbo divino se encarnó en Jesús, la palabra de Dios está encarnada en un texto con palabras humanas.

No hay ninguna palabra en la Biblia que no se pudiera utilizar en un lenguaje secular, ya sea en hebreo, ya sea en griego. No existen palabras sagradas en sí, existen palabras transmitiendo un mensaje sagrado, pero son palabras humanas como las demás.

El que una parábola sea ante todo un texto debe ponernos en guardia contra una lectura indiscriminada. Una parábola no es sólo un oráculo. No se puede leer una parábola del mismo modo que se lee otro tipo de texto, lo mismo que no se lee un artículo del código civil, como deberíamos leer una profecía, ni se lee igual un reportaje de la revista *Hola* o un poema. Cada texto por su propia naturaleza e intención exige una lectura distinta, y las parábolas exigen una lectura de parábolas. Es decir, una parábola no es una historia, luego no la tengo que tomar como una historia, porque entonces me estrellaré con problemas insolubles. No es una ley, luego no tengo que leerla como si todo lo que diga es lo que yo tengo que hacer, como si leyera un código. No es un poema, no es una profecía necesariamente, es una parábola. Y una parábola es un género literario muy concreto, que es lo primero que hay que entender.

II.3. ¿Qué es una parábola?

Planteamos pues la primera pregunta, ¿qué es una parábola? La palabra parábola, *parabolé* (παράβολη) en griego, es una palabra muy antigua que se ha aplicado a muchas cosas distintas. Sería interesante que nosotros rápidamente recorriésemos las diferentes explicaciones que se han dado: fábula, mito, alegoría.

II.3.1. Fábula

Algunos confunden las parábolas dentro del género literario de la fábula. Pero una parábola no es una fábula, hay grandes diferencias en la mayoría de las parábolas, suficientes para decir que hoy no se puede considerar una parábola como una fábula. La fábula tiene la única intención de fustigar, o denunciar un defecto, o un vicio de los hombres. Casi todas las fábulas que conocemos fueron ya escritas por los griegos, por Esopo, traducidas por Fedro, fueron los árabes quienes nos las trajeron al español. Son parábolas en las que los animales hablan, o tienen reacciones humanas, en la que se pone en figuras simbólicas actitudes humanas que se quieren condenar. En la fábula se inventa una situación aleccionadora utilizando seres irracionales, preferentemente animales. Pero esto no ocurre en ninguna de las parábolas de Jesús. En ellas no hablan ni los peces en la red, ni la oveja perdida.

Las fábulas pertenecen a un género distinto, es una literatura moralizante que no tiene que ver con la parábola en sí, no deberíamos confundirlas. En el Antiguo Testamento hay dos fábulas, en el Nuevo Testamento no hay ninguna.

II.3.2. Mito

La parábola se ha intentado asociar a lo que los griegos llamaban el mito. Aquí tengo que recordaros que utilizamos la palabra mito en el sentido griego y no en el sentido popular castellano. En el sentido popular castellano mito es algo que es falso. Pero en el sentido griego un mito es una explicación con imágenes de una realidad que no se sabe explicar de otra manera.

La mitología griega puede contener historias rarísimas y sobrenaturales, y misteriosas, fantásticas, pero no es eso el fondo del mito. El mito quiere expresar una realidad difícil de exponer en términos racionales, por medio de una imagen. Vamos a tomar un ejemplo, para decir que encerrarse en el universo de uno mismo es peligroso, que cuando uno se pone como único centro de su vida, eso puede ser autodestructivo. Esto los griegos en vez de decirlo así, que la mayoría de la gente no lo entiende o no lo sabe apreciar, lo pusieron en forma de un mito, de una leyenda, el mito de Narciso.

Narciso estaba enamorado de sí mismo. La leyenda lo sitúa en un ambiente maravilloso, un pastor que vivía en medio de la naturaleza, que desdeñaba todas las ninfas que intentaban «ligárselo». Y Narciso está tan prendido de sí mismo, vive tan cerrado en sí mismo sin ninguna relación con nadie, tan enamorado de sí mismo, que un día su misma pasión le lleva a la locura de querer abrazarse a sí mismo, mirándose desnudo en un estanque. Naturalmente se ahoga, pero los dioses que son condescendientes hacen que no desaparezca del todo y vuelve a renacer en una flor que está siempre mirándose en el agua, es el narciso. En el fondo esta leyenda contiene una verdad, y es que el encerrarse en sí mismo, el egoísmo total, es autodestructor. Es lo que quiere decir un mito.

Ha habido muchos especialistas que han intentado relacionar las parábolas con mitos. Las parábolas serían historias que contendrían una verdad en el fondo. Pero no es así, porque las parábolas no pueden contener ideas falsas, para describir una verdad. El que no todo el trigo produce la misma cantidad, sino que hay trigo que produce el 20 por ciento, otro el 50 por ciento, otro más, hay trigo que es comido por los

pájaros, o hay trigo que muere antes de llegar a la espiga, son realidades absolutamente irrefutables de la vida de todos los días. Que crece cizaña entre el trigo es una realidad verificable, sobre todo en aquellas sociedades que no tenían pesticidas ni herbicidas. El que los peces haya que escogerlos, pues en aquella civilización era tan necesario como en la nuestra.

No se puede decir que una parábola sea un mito, porque no hay un contenido falso para transmitir una verdad, sino que la mayoría de veces el lenguaje describe la realidad misma.

II.3.3. Alegoría

El tercer género con el que se ha intentado identificar las parábolas es la alegoría.

La alegoría es quizá el género que se acerca más a la parábola. En la alegoría hay una serie de significantes que corresponden a una serie de significados. Una alegoría es un relato contado con un lenguaje en clave. Hay alegorías en el Antiguo Testamento cuando Dios compara a Israel con una viña: «[...] he plantado una viña [...], yo la he puesto un cercado [...], he construido una torre [...]» (Isaías 5:1, 2). Cada elemento de la viña tiene un simbolismo. La viña es Israel; el cercado, Dios lo ha protegido con su revelación; Dios ha puesto vigilantes, los profetas. Eso es una alegoría.

Es evidente que en las parábolas existen elementos alegóricos. Una alegoría contiene la explicación en sí misma y eso hace que sea diferente de la parábola, porque una alegoría generalmente suele ser estática, mientras que las parábolas bíblicas son todas dinámicas. Jesucristo no escogió figuras estáticas para describir lo que él llama el «reino de Dios», que ya veremos después lo que quería decir. No dice: «El reino de Dios se parece a un estanque en el cual...». Él siempre lo compara a historias, a hechos, a acciones.

Hay elementos alegóricos en las parábolas, por eso de todos los géneros el que está más cercano es la alegoría. Pero la alegoría, como presupuesto de base, implica que cada detalle no significa nunca lo que el detalle dice. La viña no es una viña, sino que es Israel; el cercado no es un cercado, sino que es la ley de Dios, o la revelación; las torres no son torres, son los profetas. Y esto no ocurre siempre con las parábolas. Además en las alegorías no hay historia, o generalmente no suele haber, mientras que en las parábolas sólo hay una historia, un acontecimiento. Por eso, hoy los especialistas separan la parábola de la alegoría y dicen que aunque existan parábolas que contengan elementos alegóricos, alegoría y parábola no son lo mismo.

Podríamos resumirlo así: la parábola es un género parecido a algunas fábulas, parecido a algunos mitos y a la alegoría, pero la parábola es un género aparte.

II.4. Definición de parábola

Voy a daros rápidamente un definición, o una explicación de lo que es la parábola en los Evangelios.

Parábola viene del griego *parabolé* (παραβολή). El camino más corto entre dos puntos no es siempre la línea recta, sobre todo el camino más recto al corazón de los seres humanos, rara vez va por la línea recta. Por eso *parabolé* significaba en griego: lan-

zar algo, *pará* (παρά) significa «al lado de», de ahí viene paralela, y *bolé* (βολή), de ahí viene la palabra bala, balón, bola, algo que se lanza.

Una parábola es lanzar una idea para aterrizar en el punto *b*, pero por un camino indirecto. Es decir, una parábola es una historia que tiene un objetivo *b* muy claro, pero va a intentar llegar a él por un camino totalmente inesperado. Ya sabéis que la parábola en matemáticas o en geometría es una línea curva que al principio para los griegos era solamente una línea de balística. Hay una especie de balística en la retórica en que yo lanzo algo inesperado para conseguir que el público me escuche. Por eso ahora necesitaríamos comprender por qué Jesús prefiere ese género a otros.

II.5. ¿Por qué Jesús usó parábolas?

¿Por qué Jesús usó parábolas? ¿Por qué prefirió esto a otro tipo de enseñanzas?

Existen varias maneras de exponer una verdad, la más usada entre nosotros es el discurso, es decir, lo que llamamos un procedimiento por deducción. Hay unas premisas y a partir de esas premisas sacamos deducciones. El razonamiento por deducción que es el preferido en nuestro mundo occidental, es un razonamiento muy correcto, sumamente importante, pero es un razonamiento que no es accesible para todas las mentes. Hace falta un cierto entrenamiento para poder seguir un razonamiento abstracto. Hay otras civilizaciones que casi no conocen el razonamiento por deducción y prefieren el razonamiento que se llama por analogía. En el razonamiento por analogía no se explica nada sino que se compara. Los orientales han privilegiado desde siempre el razonamiento por analogía al razonamiento por deducción. Por herencia griega, nuestra civilización ha desarrollado este tipo de razonamiento, que nosotros comprendemos. Pero los orientales casi solamente han usado, sobre todo en la época antigua, el razonamiento por analogía, comparar. Acordaos de esas frases de *Kung-Fu*:

–Pequeño saltamontes ¿a qué se parece tal o cual cosa?

Son frases en que hay imágenes, no hay deducción, más que a la larga. De momento son todo imágenes.

Jesucristo para poder explicar la realidad, lo que él llama «el reino», podía haber recurrido a la deducción, es decir a la teología argumentativa y explicarles que el tipo mesiánico que esperaban no es el que realmente ha venido, pero prefiere explicarlo de otra manera, prefiere decir:

–Mirad cuando venga el reino se parecerá a lo que ocurre con un hombre cuando siembra en un campo.

El reino no es una realidad impuesta desde fuera a todos, donde los límites ya están marcados de antemano antes de que el Mesías venga. Según la primera frase del *Pirqé abot*; todo Israel tiene una parte en el *olam haba* (עולם הבא), mundo venidero; todo Israel tiene una parte en el mundo venidero. Jesús dice que la realidad es muy diferente, lo que ocurre en el reino es lo mismo que ocurre en un campo en que los diferentes terrenos condicionan y determinan si la semilla va a reinar o no.

Jesucristo prefiere utilizar las analogías, las comparaciones, más que los argumentos. Nosotros no podemos discutirle la legitimidad de su elección, eso sería teología-ficción, pero lo que podemos hacer es, sabiendo que Jesús ha preferido ese medio de comunicación, sencillamente intentar comprenderlo. Eso es lo que estamos haciendo hoy, y creo que estamos aquí no para juzgar si Él hizo bien o mal al utilizar este sistema, pienso que si lo utilizó es porque era el mejor y nuestro deber es intentar comprenderlo. Y entrar en esa mentalidad que no es la nuestra.

La teología puede ser argumentativa, hay una teología descriptiva, una teología sistemática, etc., en la que se parte de unos dogmas y después se intenta justificarlos, pero Jesucristo jamás aceptó ese procedimiento. En los Evangelios existen, hablando con propiedad, pocas frases de lo que podríamos llamar teología sistemática. Si se le quiere dar un nombre a la teología de los Evangelios, se ha tenido que recurrir a una palabra nueva, es la teología narrativa.

Teología narrativa es un recurso que sólo encontramos entre los orientales, la Biblia naturalmente en cabeza. En la que las verdades teológicas no se enuncian nunca en abstracto, sino que se vehiculan a lo largo de una historia, un relato o una narración. Esta es la clave para entender no sólo las parábolas, sino también gran parte del Antiguo Testamento, porque hay muchas historias del Antiguo Testamento que han sido contadas porque tienen una intención de teología narrativa. Su intención no es tanto histórica, aunque yo no niegue su valor histórico, sino que la historicidad no es su intención primera. Su intención es transmitirnos una enseñanza acerca de Dios y de nuestra relación con Él. Aquí os envío al texto de Tresmontant (véase el capítulo «El maestro», en TRESMONTANT, *La doctrina de Yeshua de Nazaret*, Barcelona: Herder, 1979, pp. 48-52).

Jesús prefirió no hacer uso ni de la teología argumentativa ni del razonamiento deductivo, porque no quiso fundar una nueva escuela filosófica. Jesucristo quiso fundar una *ekklesia* (ἐκκλησία), una *koinonía* (κοινωνία), una comunidad de personas y no un sistema de ideas. El sistema de ideas ya estaba, Jesús dice que: «Ni una jota ni una tilde pasarán de la ley» (Mateo 5:18). Dios ya había anunciado cuáles eran los principios básicos de su plan para nosotros. Jesús quiere fundar un tipo de relaciones. Sus parábolas no exponen un sistema de pensamiento al cual adherirse, o por lo menos no sólo un sistema de pensamiento para adherirse, sino sobre todo unas relaciones a mantener. Y esto me parece que es absolutamente fundamental. Todas sus parábolas son parábolas de relaciones, relaciones con Dios, relaciones unos con otros.

¿Por qué Jesús prefirió usar parábolas? La parábola existía en Israel, pero no era un método de enseñanza muy frecuente, sino una excepción, hasta el punto que hoy se ha encontrado que la mayoría de las parábolas rabínicas han sido escritas después de Jesús y cabe la pregunta de si no habrán sido escritas porque Jesús destacó tanto como maestro en ese nuevo estilo y con un éxito tan grande, que es posible que él haya fomentado un género que antes se practicaba menos. Ésto no se puede decir de una manera muy categórica porque sabemos que la mayoría de tradiciones de Israel sólo se escriben a partir del siglo II; entonces es muy difícil fechar algunas parábolas rabínicas, luego no hay que pronunciarse en esa dirección, porque no tenemos suficientes elementos por ahora, pero lo que sí está muy claro es que de todos los rabinos que usaron parábolas, Jesucristo es el que ha compuesto más, como mínimo cuarenta, más famosas, más profundas y más personales, esto sí que es un dato innegable.

Ahora bien, puesto que este estilo no era el más habitual en Israel, aunque era conocido, es normal que los discípulos le pregunten a Jesús: «¿Por qué les hablas en parábolas?»

Creo que la mejor respuesta que podemos encontrar para ver porqué Jesús habla en parábolas, es la que él mismo dio. Hay dos pasajes de la Biblia en que se pregunta a Jesús: ¿por qué habla en parábolas? Uno está en Mateo 13 y otro está en Marcos 4:10-12, los dos textos dicen esencialmente lo mismo: «El que tiene oídos para oír oiga» (Marcos 4:9).

Jesús tenía un enorme sentido del humor y cada vez que tenía que atraer la atención a algo importante decía:

–Bueno aquél que tenga las orejas no sólo para hacer bonito al lado de la cara, éste que preste atención.

«Cuando estuvo solo, le preguntaron los que estaban cerca de él con los doce...», no solo los doce, sino que había gente que se quedó muy desconcertada con las parábolas, y el texto de Mateo dice:

–¿Por qué nos hablas en parábolas?

Y Jesús les dice:

»–A vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios, mas a los que están fuera por parábolas todas las cosas, para que viendo, vean y no echen de ver; y oyendo, oigan y no entiendan, porque no se conviertan y les sean perdonados los pecados (Marcos 4:11, 12).

¡Qué respuesta más rara!, ¿no?, ¡qué desconcertante! En la primera lectura uno diría, Jesucristo les habla en parábolas para que no entiendan y no se conviertan, ¡qué discriminación! Y enseguida hacemos una lectura calvinista de esta explicación en la que están los elegidos desde toda la eternidad, y los demás los que no estamos elegidos.

Éste es uno de los pasajes más difíciles de entender cuando sólo contamos con nuestras traducciones. Si nos referimos al texto griego, ya es un poco mejor, y si entendemos el texto arameo o hebreo que hay detrás entonces no hay tanto problema. Por eso os he preparado unas traducciones alternativas basándose en esos textos. Una es de la *Nueva Biblia Española* (NBE), que es una versión que a mí me encanta en muchos aspectos, pero no en todos, no la estoy recomendando como la versión inspirada, pero creo que está tan inspirada como otras en algunas cosas. Mirad cómo lo traduce aquí. Y después os he dado también la de una paráfrasis del Nuevo Testamento que es la versión española de *Living Bible*.

Hay una sola palabra que entendida en el griego koiné judeohelenístico, o bien, entendida en la palabra que hay detrás en arameo y hebreo, resolvería el problema, es la palabra en griego *mérote* (μηροτε). Mirad como quedaría la traducción si esta palabra que aquí traducimos: «*para que no se conviertan...*» o «*porque no se conviertan y les sean perdonados los pecados*», fuese traducida de otro modo como lo permite la palabra muy ambigua en el original:

«A vosotros ha dado Dios el misterio del reino, pero para aquéllos que están fuera todo es enigmático, o en parábolas, a fin de que como está escrito vean y sin embargo no

vean, oigan y sin embargo no comprendan *a no ser que* se conviertan y Dios les perdone.»

Esto es muy diferente, ¿no? No, «porque no se conviertan», o «para que no se conviertan». El «porque no», o «para que no», también se puede traducir «a no ser que», con lo cual el texto ya no es un texto elitista, exclusivista, predestinacionista y cruel, sino es un texto totalmente realista.

Alonso Schökel y Juan Mateos han traducido:

«Vosotros estáis ya en el secreto de lo que es el reinado de Dios; a ellos; en cambio, a los de fuera, todo se les queda en parábolas; así *por más que miran, no ven; por más que oyen, no entienden, a menos que se conviertan y los perdonen.*» (NBE, Marcos 4:11, 12)

La misma idea.

La paráfrasis de *Living Bible* dice:

«Vosotros podéis conocer algunas de las verdades del reino de Dios, los que están fuera del reino no, porque aunque ven y oyen no entienden, ni se vuelven a Dios, ni alcanzan el perdón de los pecados.»

Aquí tenemos un problema textual del cual no podemos ir mucho más lejos, pero ya nos dice algo interesante. Si queréis encontrar una explicación muy completa del punto de vista, sobre el porqué Jesús hablaba en parábolas, es el texto de *Palabras de Vida del Gran Maestro* (Ellen G. White). Ese es un libro a recomendar y a leer, y a regalar, más que algunos otros que tenemos mucha costumbre de hacer, porque es un libro muy importante. En ese texto, en el capítulo I, Ellen G. White nos habla de la enseñanza más eficaz y nos dice exactamente varias razones por las que Jesús hablaba en parábolas. Yo las voy a resumir y después leeremos un poco lo que dice.

En primer lugar, Jesús habla en parábolas porque hay unos que se quedan fuera, como dice el texto de Mateo, sea cual fuere la traducción que prefiramos; y otros que sí se interesan por la segunda explicación. Entonces Jesús lanza una parábola, a veces para ayudar a comprender, pero a la vez siempre para suscitar la atención. Es decir, la parábola es ante todo un elemento pedagógico de Jesús. ¿Qué quiero decir? Jesús no creía oportuno, y por eso no lo practicó, lo que él mismo condena, «echar las perlas a los cerdos», porque sabe que lo máximo que puede ocurrir, ya que no saben apreciar la calidad de lo que se les da, es que se vuelvan contra él y lo despedacen. Jesús sabe que sólo se puede llegar más lejos cuando se ha suscitado suficientemente el interés para preguntar: «¿y qué más?». Cuando la persona está supersaturada, no tiene ningún interés, cuanto más les digamos y más profundo sea, menos lo van a apreciar. Jesús no tiene prisa. Sabe que es infinitamente más eficaz dejar con hambre, y después se le acercan y le preguntan:

—Oye explícanos, ¿qué has querido decir?

Porque al que no le interesa lo que ha querido decir ya se va y Jesús así selecciona su público, en cierto sentido. Pero lo selecciona sin imponerle nada, porque todo el que quiere saber más, irá a escucharlo. Su método es de interés pedagógico. En ese

sentido, la parábola actúa como la cáscara de un huevo, o como la cáscara de una nuez, que vehicula, protege y lo más importante está dentro, pero solamente el que quiere ir más lejos, lo puede abrir; el que se queda lejos, pues no ve el interior.

Por otra parte, Jesús sabe que su público es muy diverso, y Jesús tiene la enorme habilidad y sabiduría, que yo le admiro profundamente, de ser capaz de hablar a todos los niveles. Jesús podía tener con la boca abierta al niño de cinco años, a la ama de casa analfabeta, que en aquellos tiempos existían, y al erudito; tenerlos a todos pensando cada uno a su nivel y estar profundizando y darles un mensaje importante a cada uno. Eso es muy difícil de hacer, pero Jesús lo podía hacer con las parábolas. En las parábolas el niño vive la emoción tremenda de la ovejita que se ha perdido y que el pastor no abandona, sino que él deja todas juntas y entonces corre todos los peligros y la recupera. El niño se identifica sobre todo con animalitos pequeños y el niño lo vive como algo que le pasa a él. El niño estaba en vilo y su alegría era maravillosa cuando aquel pastor había hecho tanto por encontrar la ovejita. Y eso para su nivel era suficiente. Otros podían llegar a un nivel más profundo hasta el punto que uno de los primeros Padres de la Iglesia decía que las palabras de Jesús eran como un inmenso lago en el que se podían alimentar desde los insectos más pequeños, y donde podían nadar los elefantes. Y creo que esa es una definición muy hermosa.

Pues bien, entre el público de Jesús, con tantos diferentes niveles espirituales y culturales, existían también los que venían para aprender y otros para encontrar una razón válida e irrefutable defendida como mínimo con dos testigos para poderle denunciar. Si Jesús exponía desde el primer día todas sus cartas sobre la mesa su ministerio se hubiera terminado tres años antes. Jesús sabía que la madurez espiritual requiere tiempo. Y tenía menos prisa que a veces algunos de nosotros tenemos en evangelizar, en llevar a la conversión porque él seguía el ritmo de la persona y Jesús para los mejor dotados esperó tres años y medio. Él sabía que no podía dar todo al principio. Y si leemos, es una cosa fascinante que yo he hecho con mis alumnos, vemos que las enseñanzas de Jesús en los Evangelios, no son las mismas al final que al principio. Jesús empieza con las más sencillas, con todo lo que es alegría y felicidad, el Evangelio, la buena noticia: «Bienaventurados los pobres de espíritu» (Mateo 5:3).

—Os han enseñado a vosotros los saduceos que si eres rico es que Dios te bendice, y si eres pobre es que Dios te maldice. Eso os han enseñado siempre. Y entonces cuando estabais enfermos, diríais: ¿qué habré hecho yo al Señor para que me mande unas anginas? Entonces vivís en esta mentalidad horrorosa que hace de Dios un tirano o una persona caprichosa. Pues bien, yo os digo que todo eso es mentira.

Primeras palabras de Jesús: «Bienaventurados los pobres de espíritu de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5:3).

—Bienaventurados los que lloran, si lloras por tu culpa será, ¡ahí lo pagas decían!, los acusadores de Job. ¡No! Podéis llorar por razones sumamente válidas.

—Os pueden cometer injusticias. Los fariseos dicen que si os cometen injusticias es que no tenéis bastante fe. ¡Falso! Os cometen injusticias porque tenéis suficiente fe para ponerlos al lado de la justicia. La teología farisea es falsa. Yo os enseño algo mejor.

—Felices bienaventurados vosotros los que lo pasáis mal.

—Los que estáis hartos de injusticias.

—Los que sufrís porque no hay paz, el reino de los cielos es vuestro.

Hasta muy tarde no empezará a hablar de su propia pasión, hasta el último año.

Las parábolas son lo mismo. Hay parábolas del principio que son las parábolas que describen el reino en su realidad ya inicial, el reino que había irrumpido con Jesús, no son las mismas que las parábolas que dirá la semana antes de su pasión en el Monte de los Olivos, las parábolas escatológicas que hablan del fin del mundo. No serán las mismas porque Jesús sabía dosificar y graduar su enseñanza.

Las parábolas contienen ya el secreto del reino, pero el que quiera penetrarlo tendrá que ir más lejos, tendrá que escuchar más. Yo recuerdo a una hermanita que me vino un día tan contenta:

-Pastor Badenas, sabe, estoy muy contenta.

-¿Por qué está tan contenta hermana?

-Porque mire, hoy, le he dado todo el Evangelio a una señora en la carnicería.

-Pero, ¿cómo?

-Sí, pues mientras esperábamos el turno ya le he dado todo, todo el Evangelio. ¡Eh!, ahora ya no tiene excusa. Ahora ya sabe todo, lo del sábado, lo del santuario, lo del diezmo, la reforma prosalud... lo sabe todo. Ya no tiene excusa.

Claro, la señora tampoco tenía ninguna excusa para interesarse nunca más, porque lo sabía todo. Y así nosotros hemos hecho, a veces. Estoy, claro, tomando un caso real, pero que es caricaturesco (a nuestra buena hermanita, yo la quiero mucho). Pero esto es un poco una caricatura de lo que nosotros creemos a veces que está muy bien. Pero no es lo que nos enseñó Jesús. Jesús prefería dejar con hambre, para que la gente viniera un día más, dos más, tres años y medio... incluso que se quedara muchos más años escuchando a los apóstoles después. Lo que quería era ayudar en el crecimiento espiritual para que cada verdad fuese plenamente atesorada y no personas que sintiesen la impresión que habían sido empujadas al agua o que habían sido captadas por un grupo del que no sabían mucho. Eso Jesús nunca lo quiso. Él prefirió que la gente descubriera las verdades a su ritmo, ya que cada uno tenemos un ritmo diferente en nuestra maduración espiritual. Por eso Ellen G. White lo dice muy claro: una de las finalidades de las parábolas era para no ser entendidas por todos... a la primera. Los que querían entender después se quedaban con Él, y el texto bíblico nos dice que les explicaba con pelos y detalles quién era el sembrador, qué representaba la semilla, qué representaba el campo lleno de pedregales, qué representaban las aves. Todos los detalles los seguía explicando para aquél que quisiera saberlos. Jesús respeta tanto la libertad del que quiera saber como la del que no quiere saber, y no va a obligar a nadie.

Había más razones.

Otra razón es que hay un lenguaje que sólo si está expresado en categorías universales es universalmente comprensible. Si yo me explico en términos abstractos solamente las personas que tienen un entrenamiento suficiente para esos términos abstractos me podrán seguir. Jesús utiliza un lenguaje en las parábolas tan sencillo, que es precisamente su sencillez lo que les permite que las parábolas duren. Y es que Jesús escoge las categorías universales del pensamiento, en frases y en ideas. De manera que hoy cualquier persona, de cualquier civilización y cualquier época, es capaz de entender aquella parábola que todos conocemos del herido en la carretera, ante el que pasamos corriendo.

- Bueno, de eso se tiene que ocupar la policía.
- Bueno, ya he oído por ahí la ambulancia y la ambulancia va a llegar.
- Está prohibido tocar al herido. Porque como yo no he hecho socorrismo, no lo voy a tocar.

Es decir, tenemos todos muchísimas razones válidas para no detenernos por la noche en aquella curva peligrosísima, en la carretera en la que nos hemos encontrado un herido.

Jesús dirá (Lucas 10:36, 37):
«¿Quién es tu prójimo?»
«Aquél que usó de misericordia.»
«Ve y haz tu lo mismo.»

Todos somos capaces de entender que el «ve y haz tú lo mismo» se refiere a mí. Por eso Jesucristo se dirige en parábolas que a la vez que preservan el misterio del reino nos revelan a quién quiere seguirlo y además se nos dirigen personalmente a cada uno.

II.6. ¿Cómo interpretar las parábolas?

¿Cómo interpretar las parábolas? Vamos a dar unas cuantas ideas.

Para interpretar las parábolas necesitamos en primer lugar respetar totalmente el texto; es lo que ya hemos visto, o sea, leerlas en su plenitud absoluta sin dejarnos nada. Y después tener en cuenta su contexto, segundo punto que vimos antes, es decir, un contexto literario, cultural y teológico.

II.6.1. Contexto literario

¿Qué quiere decir el contexto literario? Hay que leer la parábola con lo que viene antes y después de ella. Porque muchas parábolas dicen ellas mismas con qué finalidad Jesús las emplea. Hay algunas que no. Hay perícopas flotantes que se llaman así porque no sabemos muy bien en que momento situarlas, pero hay muchas parábolas que se sitúan en un momento muy concreto y que antes o después Jesús explica porqué la dice. «Habiendo allí delante unos fariseos que eran avaros Jesús les dice...» (Lucas 16:14) y cuenta una parábola. Muchas veces la clave de la interpretación está en el texto, mismo.

Voy a daros un ejemplo: la parábola del buen samaritano. El contexto nos dice muy bien de que se trata. Un doctor de la ley le pregunta a Jesús: ¿qué tiene que hacer para ser salvo?; y Jesús dice que ame a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Entonces él está de acuerdo, pero dice: «Lo que no sé, es quien es mi prójimo», ¿dónde poner los límites del prójimo? Jesús le cuenta una parábola para decir que no existen límites. El prójimo es todo el mundo que te necesita en torno tuyo. No existen límites. El contexto mismo te ayuda a entender el texto por eso el contexto es vital, un texto sin contexto es un pretexto.

II.6.2. Contexto cultural

Todo lo que me ayude a entender la cultura de la época es válido para entender mi parábola. Una persona me dijo una vez:

- La receta del pan de la Biblia era indigestísima.
- ¿Cómo la receta del pan de la Biblia?
- Sí porque es una medida de levadura en dos de harina.
- Bueno pero: ¿dónde has encontrado esa receta?
- Sí, es de Jesús mismo, que habla del ama de casa que mezcla una medida de levadura con dos de harina.

Yo no sabía que teníamos ahí la receta del pan. Pero eso es un problema de no saber leer el contexto cultural. En el texto griego no se usa la misma palabra para la medida de levadura que para las dos de harina, allí habla de que se mezcla una medida de levadura con dos medios quintales de harina, que es otra cosa.

El contexto cultural es importante, porque sino podemos decir tonterías. Hay quien interpreta que nosotros somos la levadura, hasta que en el mundo no hagamos como mínimo un tercio de cristianos no podremos influir en los demás...

Porque hay una medida de levadura y dos de harina. Comprended, ésto es una pena, el que no nos preocupemos a veces de consultar un diccionario cuando existen al alcance de todo el mundo diccionarios bíblicos o enciclopedias bíblicas en que cada detalle se puede descubrir. Hoy es más fácil que nunca.

II.6.3. Contexto teológico

Ésto ya es un poquito más difícil. Conocer en qué diálogo teológico Jesús dice sus parábolas, nos ayuda enormemente a comprenderlas. La parábola del buen samaritano se entiende si sabemos que las discusiones rabínicas limitaban la noción de prójimo, y para ciertos fariseos el prójimo se limitaba a aquellos otros «puros», con los que su contacto con ellos no lo hacía impuro a él también. La noción de prójimo se puede limitar muchísimo. O la noción de reino. Las parábolas del reino, sobre todo las de Mateo 13, todas ellas están encaminadas a mostrar que la idea de un reino mesiánico impuesto desde fuera, y donde todo Israel tenga una parte y los demás quedan excluidos, es falsa. Jesucristo cuenta siete parábolas para rectificar la noción de reino. Luego el contexto teológico es muy importante.

II.6.3.1. Interpretación alegórica

Durante muchos siglos, desde el siglo II d.C., la Iglesia dejó de ser mayoritariamente oriental y con el crecimiento del cristianismo en el Imperio Romano, en el mundo grecorromano, la Iglesia a partir del siglo IV d.C., sobre todo, se convierte en un mundo occidental y helenístico. Se pierde el concepto de parábola y desde las primeras interpretaciones que tenemos todas las parábolas han sido interpretadas, hasta el siglo XIX d.C., como alegorías. Eso nos explicará por qué hubo este congreso de la asociación de exégetas del

Nuevo Testamento franceses para interpretar las parábolas, porque todas las interpretaciones católicas que había tradicionales las consideraban como alegorías.

¿Qué quiere decir esto? Tomemos la parábola del buen samaritano otra vez. En la interpretación alegórica de Orígenes el hombre que desciende de Jerusalén a Jericó es el ser humano en su caída desde Eden, la ciudad de Dios, a la ciudad del diablo, es decir el hombre en su condición de ser caído, que es atacado en el camino por el diablo y que ni la ley, ni Israel, ni todo su sistema es capaz de sacarlo de esa situación; hace falta que venga Jesucristo para sacarlo de esa situación, salvarlo y llevarlo a la Iglesia. Lo cura con el vino y el aceite, es decir con los sacramentos. Todo tenía sus detalles, hasta el asno. El asno es el judaísmo, es el que nos trajo a Jesús. Y como veréis la explicación es muy ingeniosa, pero deja totalmente de lado la intención de Jesús que es mostrar que cualquiera es tu prójimo. Esta explicación, muy ingeniosa y muy bonita, no respeta para nada el contexto, pues nos da una explicación alegorizada. Todas las parábolas han sido interpretadas alegóricamente.

II.6.3.2. Escuela moralista, s. XIX d.C.

Fue solamente muy tarde, en el siglo XIX d.C., cuando empezaron a leerse las parábolas como si fuesen fábulas.

—¡Bueno esta alegoría no puede ser porque el contexto contradice esa explicación!

Y empezaron a leerse con lo que se llama interpretaciones moralistas o moralizantes. Juliger, el más importante especialista en esta escuela, propuso que se deben leer como lecciones de moral, es decir: haz el bien con quien te encuentres, eso es mejor que pasar de largo. Y se convirtieron simplemente en lecciones universales de ética.

II.6.3.3. Mensaje escatológico: Dodd

En el siglo XX surgió una nueva tendencia. Dodd, leyendo las parábolas del reino, se dio cuenta que muchas parábolas no se podían explicar como lecciones de ética ni eran alegorías, contenían un mensaje escatológico, hablando de cómo será el reino. Por ejemplo la parábola de las diez vírgenes, entre otras, que es una parábola de las más debatidas que existen. ¿Qué lección de ética puede haber en llevar o no llevar aceite? No hay ninguna moral ahí. El mensaje es un mensaje de preparación ante una venida de Cristo que viene de improvisto. Y así Dodd nos ayudó a nosotros los adventistas de una manera muy especial, dándonos a las parábolas una dimensión escatológica, una dimensión adventista. Las parábolas fueron dichas para preparar al pueblo de Dios ante el reino que viene, ante el esposo que tarda, etc., lo cual es fantástico, pero no se aplica a todas las parábolas. Su clave es muy buena para muchas de ellas, pero no para todas.

II.6.3.4. Escuela histórica, Joachim Jeremias

Y un poco después, a mediados del siglo XX, Joachim Jeremias trajo una nueva es-

cuela, en la que estamos viviendo aún: la escuela histórica. Entender las parábolas requería entender el contexto histórico en que fueron dichas, entender los detalles históricos: ¿cómo era una boda en aquellos tiempos?, ¿qué eran las lámparas?, ¿por qué se podía estar hasta muy tarde en la noche?, ¿qué es eso de cerrar la puerta? Esto nos ayudó incluso a muchos adventistas a dejar definitivamente de lado una interpretación de la parábola de las vírgenes como una parábola de interpretación histórica, o, por lo menos, a leerla con matices.

Hoy vivimos en un momento en que hay muchas aportaciones; no todas las parábolas se pueden explicar alegóricamente, todas deben explicarse contextualmente, hay muchas que tienen elementos escatológicos importantes y es de su contexto histórico del que podemos descubrir mucha de su verdad.

II.6.4. El pretexto

¿Cómo interpretar las parábolas sin que nuestro pretexto, es decir, nuestra posición ya anterior al texto nos determine? Ésto es lo más difícil. Nadie va neutro a un texto bíblico, todos llevamos nuestra carga, nuestro bagaje que nos condiciona. Y esto no es malo, pero no es neutro. Ésto es absolutamente inevitable.

Hubo un momento en el siglo xx en que se pensó que la persona que podía interpretar la Biblia más objetivamente sería una persona que estuviera menos familiarizada con la Biblia. Y hubo libros y artículos que argumentaron en esta dirección: un no creyente, un no cristiano, podría leer la Biblia con una objetividad muy grande capaz realmente de captar, discernir objetivamente lo que el texto dice. Ésta es una tendencia materialista y naturalmente marxista en aquel tiempo. Me interesó ver como iba la argumentación contra esta tendencia. Y entonces la argumentación se terminó en seguida cuando se dijo: bueno entonces las personas más aptas para interpretar Marx y el marxismo son las personas no marxistas. Claro con esto se acabó la discusión porque se dieron cuenta de que es falso. Solamente quien tiene una precomprensión es capaz de comprender más plenamente.

Esa idea es falsa hoy científicamente. Quien más familiarizado esté con las parábolas y más las haya estudiado, más capaz será de entenderlas. De la misma manera que una carta que os llega de la esposa, o de la novia, o del novio, o del hijo... solamente quien tiene ya una precomprensión es capaz de entenderla cuando te dice:

–Mira, oye, de aquello que te dije el otro día déjalo estar. No hay nada.

Ese mensaje es totalmente rico para quien lo recibe, pero para quien no tiene esa precomprensión no dice nada. Es así. Las parábolas también, Jesucristo las da en un contexto de revelación; solamente aquel que ha entrado a la escucha de Jesús y sabe que Jesús habla a veces por medios muy directos y a veces con ciertos rodeos. Cuando Jesús lanza su parábola lo hace porque me quiere atrapar donde menos lo espero. Luego, entonces yo me preparo para que el proyectil caiga donde debe caer y que yo le hablo para que me hable como me quiera hablar. Pienso que ahí tenemos una clave para la interpretación de las profecías.

III. Parábolas difíciles I: los últimos primeros y los primeros últimos (un concepto diferente de justicia). Mateo 20:1-16

La parábola de los obreros contratados a diferentes horas plantea algunos problemas. Antes de empezar a leerla, diré que todavía circula por ahí un libro de parábolas, simplemente un librito pequeño con las parábolas de la Biblia ilustradas con unos dibujitos y unas fotos. Y no hay nada más.

Pero el imprimátur que hay todavía en esta edición, es un imprimátur con la reserva habitual: «El imprimátur no implica necesariamente que el obispo comparta las opiniones expresadas en el libro».

Lo cual quiere decir que las parábolas de Jesús son comprometidas, porque ni siquiera algunos obispos se atreven a considerarlas como eclesiásticamente buenas...

Vamos a estudiar la parábola con un esquema de trabajo que hemos sugerido esta mañana, pero que ahora veremos juntos:

«Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana a ajustar obreros para su viña. Y habiéndose concertado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Y saliendo cerca de la hora de las tres, vio otros que estaban en la plaza ociosos y les dijo:

»—Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo.

»Y ellos fueron.

»Salió otra vez cerca de las horas sexta y nona, e hizo lo mismo. Y saliendo cerca de la hora undécima, halló otros que estaban ociosos; y díceles:

»—¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos?

»Dícenle:

»—Porque nadie nos ha ajustado.

»Díceles:

»—Id también vosotros a la viña, y recibiréis lo que fuere justo.

»Y cuando fue la tarde del día, el señor de la viña dijo a su mayordomo:

»—Llama a los obreros y págalos el jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros.

»Y viniendo los que habían ido cerca de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Y viniendo también los primeros, pensaron que habían de recibir más; pero también ellos recibieron cada uno un denario. Y tomándolo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo:

»—Estos postreros solo han trabajado una hora y los has hecho iguales a nosotros, que hemos llevado la carga y el calor del día.

»Y él respondiendo, dijo a uno de ellos:

»—Amigo, no te hago agravio. ¿No te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo, y vete. Mas quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito a mi hacer lo que quiero con lo mío?, o ¿es malo tu ojo, porque yo soy bueno?

»Así los primeros serán postreros y los postreros primeros, porque muchos son llamados, mas pocos escogidos.» (Mateo 20:1-16)

Reconocemos que la parábola es chocante, sobre todo desde nuestra perspectiva capitalista de hoy en que uno, a igual trabajo y en el mismo escalafón, se cobra de acuerdo con lo trabajado en razón a la rentabilidad.

III.1. Interpretación alegórica de la parábola

Esta parábola ha sido interpretada de muy diferentes maneras. Una de ellas la más antigua que conocemos, hace referencia a algunas de estas interpretaciones alegóricas de que hablábamos esta mañana.

Según ella Dios nos llama a diferentes edades de la vida: los que son llamados cuando son pequeños, los que encuentran a Cristo cuando son adolescentes, cuando son jóvenes, cuando son ancianos, lo cual es muy bonito.

O también se ha encontrado las cinco etapas en que Dios ha llamado a la humanidad: a través de Adán, de Noé, de Abraham, de Moisés y de Jesucristo.

Pero estas explicaciones que parecen aparentemente inofensivas, en el fondo no tienen para nada en cuenta el texto, no lo respetan. Son interpretaciones alegóricas que no respetan el texto en absoluto porque el problema esencial no es que el dueño llame a gente en diferentes momentos, eso no choca a nadie, es que les pague igual. Y eso no molesta tanto a los que han sido llamados tarde, como les molesta a los que fueron llamados los primeros.

Lo chocante de la parábola es que los que estuvieron de acuerdo con este salario, cuando fueron contratados, después organizan una manifestación, con los sindicatos y las pancartas por delante, contra el patrono por injusticia, no obstante el escrupuloso cumplimiento de un contrato que acababan de firmar. Éste es el elemento de extravagancia que hay siempre en todas las parábolas.

Vamos a seguir el esquema anterior que hemos visto en la ponencia previa.

III.2. Contexto de la parábola

III.2.1. Contexto literario

Veamos el contexto, ¿a santo de qué cuenta Jesús esta parábola? No hay que buscar muy lejos, basta sencillamente con abrir la Biblia y ver qué es lo último que se ha dicho en el texto. Si respetamos bien el texto, la primera palabra del versículo 1 es: «Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre» (Mateo 20:1). Aquí hay una explicación de algo anterior.

¿Cuál es el contexto? El contexto es una pregunta de Pedro. Jesús acaba de hablar en una entrevista muy tensa con el joven rico. Jesús ha hablado con el joven rico. Se ha dado la posibilidad de que este joven, rico, culto, inteligente, se convierta en uno de los discípulos; pero en este filo decisivo, no se ha producido esta opción, y el joven rico se ha quedado prisionero de sus riquezas, pero triste. Un joven que, en su infelicidad, era heredero de una gran fortuna; sólo le faltaba la seguridad de heredar también la vida eterna, porque esta vida terrestre ya la tenía asegurada. Buscaba un seguro de vida eterna, un suplemento de felicidad, asegurarse la otra. Y resulta que ahora, después de hablar con Jesús, en vez de alcanzar la felicidad que le falta, se queda más triste de lo que estaba.

Y esto molesta un poco a los discípulos, porque la respuesta de Jesús ha sido muy dura. Es normal que los discípulos se quedaran sorprendidos, porque Jesús le ha dicho al joven rico que «si quieres entrar en la vida eterna, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme» (Mateo 19:21).

Contexto: «Los discípulos oyendo estas cosas se espantaron –no un poquito, dice el texto bíblico, sino– en gran manera, diciendo:

–«¿Quién pues podrá ser salvo?»» (Mateo 19:25).

–¡Anda!, si este joven que es tan piadoso, tan formidable, que ha observado los mandamientos desde que era pequeño, cuando nosotros no hemos conseguido hacerlo nunca. Ahora quiere seguir a Jesús, y para eso tiene que vender todo lo que tiene, pues estamos apañados.

Y los discípulos están: «Espantados en gran manera».

«Y mirándolos, Jesús les dijo:

»–Para con los hombres esto es imposible ¡claro que sí, y tan imposible! mas para con Dios todo es posible.» (Mateo 19:26)

Jesús les dice:

–Mirad, lo que yo os he dicho no es para desanimaros. Sé que es humanamente imposible, pero para Dios todo es posible.

Entonces Pedro que aún no acaba de entender, lo quiere más claro, le dice:

–Mira, «nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué pues tendremos?» (Mateo 19:27). Ahora no nos hables de generalidades, te hablo de Andrés, de Santiago, de Felipe, de Mateo y de mí. Nosotros que lo hemos dejado todo para seguirte, a nosotros que nos va a pasar?

»Y Jesús les dice:

»–De cierto os digo, que vosotros que me habéis seguido en la regeneración...» (Mateo 19:28).

¡Que bonita es esta expresión! Jesucristo entiende su ministerio como un ministerio de regeneración, es una creación nueva. (Qué bonito sería si nuestras iglesias, nosotros mismos, nos viésemos como participando en un ministerio de regeneración! Dice:

«–En la regeneración, cuando se sienta el Hijo del Hombre en el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.» (Mateo 19:28)

Pero claro, lo que va a ocurrir en el más allá eso no basta. Jesucristo nunca nos ha enseñado la religión en la que sólo se nos dice lo que nos pasará en el más allá, porque sabe que eso no le interesa a casi nadie, lo que nos interesa es lo que ocurre en el más aquí y en el ahora. Por eso Jesús en sus enseñanzas siempre da las dos dimensiones: lo que ocurrirá después y la ventaja que tienes ya ahora. Y dice:

«–Y cualquiera que dejara casas, hermanos, hermanas, padre o madre, mujer o hijos, tierras por mi nombre, recibirá cien veces tanto –en el texto paralelo dice aquí en esta vida– y heredará la vida eterna. Mas muchos primeros serán postreros y postreros primeros.» (Mateo 19:29, 30)

Es decir, vosotros no estáis renunciando, mortificándoos, para seguir una causa desesperada, lo que estáis haciendo ya es una opción con ventajas aquí y ahora. Pero cuidado, lo que ocurre es que no todos se dan cuenta de esas ventajas. Y les dice: «Muchos primeros...», fijaos que a veces citamos de memoria y lo generalizamos, Jesús no dice que *todos* los primeros serán últimos, dice: «*Muchos* primeros serán postreros y postreros primeros.»

Ahora es cuando viene la parábola, luego el contexto es una explicación, ¿qué pasa con aquellos que han seguido a Jesús, que lo aceptan en diferentes momentos? ¿Y qué pasa especialmente con aquellos que lo han seguido más tiempo?

¿ Qué evangelio cuenta esta parábola? Mateo el publicano. Es una parábola contada por un cobrador. Es muy curioso que no es Marcos, ni es Lucas –que es médico–, ni es Juan quien cuenta esta parábola, sólo el cobrador. Y es curioso que más de la mitad de sus parábolas tienen que ver con dinero, con salarios. Eso es muy interesante.

III.2.2. Contexto cultural

La parábola se sitúa en un ambiente de enorme desempleo. El paro como véis no es un problema nuevo, el fantasma del desempleo planeaba ya sobre la Palestina del s. I d.C.

Un texto de Flavio Josefo, que vivía en esa época, *Antigüedades Judaicas*, libro XX, párrafo 220, dice que el año 27 (es decir, el año que Jesús empieza su ministerio público) al terminar la construcción del templo, quedaron en el paro en la ciudad de Jerusalén dieciocho mil obreros.

Aunque nos hagamos nuestras preguntas sobre la exactitud de las cifras de Flavio Josefo, tenemos muchos documentos que testifican de esta situación. Dieciocho mil familias en Jerusalén, aunque fueran menos, eran muchísimas, es decir, había un enorme paro. Además, en aquella época en Palestina, la situación se había deteriorado tanto desde el tiempo de la ocupación griega, y con la ocupación romana todavía fue peor, que había muy pocos medianos y pequeños propietarios, la mayoría de la gente, los pobres, se había tenido que desprender de sus últimas tierras y eran simples braceros, que se contrataban en las diferentes épocas del año para los diversos trabajos agrícolas.

La parábola nos presenta a gente sentada en la plaza, y a un hombre que sale por la mañana a contratar obreros para una viña.

Lo normal es que en un lugar determinado del pueblo, en algunos sitios era la puerta de la ciudad si la ciudad tenía muralla, en otros sitios en la plaza pública o en la fuente, un lugar que se convierte en cada población en un centro social. Estos hombres llegan por la mañana para ver si alguno de los ricos les quiere dar trabajo. Vienen con sus herramientas, si es la época de la siega, será una hoz, y si es la época de trabajar la tierra, un azadón, depende de la época del año, y llegan allí a sentarse a esperar que alguien les dé trabajo.

Las condiciones laborales en tiempo bíblico eran duras, los contratos por muy largo plazo no existían normalmente, el Antiguo Testamento ya preveía cuando un trabajador quería estar al servicio de un empleador toda su vida. Esos eran los únicos casos en que el judío llevaba un pendiente. Se hacían un agujero en el lóbulo de la oreja y entonces sencillamente se le ponía un distintivo, denotando una persona que quería trabajar siempre para ese mismo patrono.

Normalmente, los patronos que eran en su mayoría judíos, no hacían contratos de ningún tipo, sino que cada día empleaban a quienes necesitaban. Claro, comprended, para el que no tenía otro recurso, esto era terrible, había que esperar allí a que alguien los contratase.

Los que podían, llevarían consigo un trozo de pan duro con aceite, si es que tenían aceite, o con un puñado de olivas, o con un trozo de queso si tenían una cabra en casa, y si no con casi nada más. Y a esperar que alguien viniera.

III.2.2.1. Las horas del día

Las horas del día estaban divididas en doce. No eran exactamente cronométricas como las nuestras. La hora primera coincidía con la salida del sol, las horas eran elásticas, es decir, horas funcionales. La gente del mundo grecorromano podía calcular las horas exactamente, con clepsidras, con relojes de arena, etc., pero las horas laborables eran elásticas, es decir, dependían de la época del año.

Hora *primera*: cuando salía el sol. Hacia las seis de la mañana para un período de equinoccio.

Hora *tercia*: media mañana.

Hora *sexta*: el mediodía.

Hora *nona*: media tarde.

Hora *duodécima*: la puesta del sol.

Como véis, había mucha gente que trabajaba de sol a sol, doce horas. Aunque en la práctica algunas veces fuesen menos, pero a veces en la práctica, especialmente en las épocas de cosechas eran más.

Y aquí el texto nos habla de gente que está contratada a diferentes horas. Unos concertados al día, «el señor los envió a su viña», cerca de la hora *tercia*, *sexta*, *nona* y hora *undécima*, que es una hora antes de ponerse el sol. Realmente era muy tarde, era muy raro que alguien pudiera ir a buscar a alguien para trabajar a esa hora, a no ser en ocasiones muy excepcionales.

III.2.2.2. El salario

El salario que se concreta con los primeros es de un denario al día. El denario es el salario normal de una jornada para un obrero normalmente cualificado. En realidad en aquella época bastaba para mantener justito a una familia no muy grande. La palabra castellana jornal también viene del mismo sistema, que es el dinero que gana una persona en una jornada. En realidad el salario contratado con los primeros era honesto, un salario válido y normal en aquella época.

El que se les pague al fin de la jornada, esto quiere decir que el empleador es un judío piadoso y no necesariamente un pagano. El judío por raro que nos parezca como patrono, tenía una legislación que le obligaba a ser más humano que los paganos. Esta legislación aparece en Levítico 19:13 y Deuteronomio 24:14, 15. Según la cual legislación mosaica tenía que pagarse el salario en el mismo día en que se trabajaba. Algo así está socialmente más avanzado de lo que nos ocurre a nosotros, en que trabajamos un mes, después del cual el patrono nos paga nuestro salario de todo un mes. En el tiempo bíblico lo máximo que podía retenerse el salario era hasta la noche. Cada uno tenía que ser pagado al día, su sistema laboral hacía que ese dinero lo necesitase urgentemente para vivir.

III.2.2.3. El sentido de urgencia de la parábola

El elemento raro y extravagante es que ese patrono va a contratar obreros a diferentes horas. Esto no es normal, lo normal es que se contrate a todos los que se necesita desde la mañana. Y se contratan siguiendo un orden muy normal, se contratan primero a los más expertos, a los mejores, y después a los demás. Pero podía haber ocasiones raras en las que se necesitasen obreros cuando el trabajo ya estaba comenzado. Aquí se trata de una viña. Es posible que los empleados que han sido contratados no sean suficientes para cosechar o vendimiar todo el campo y existía una urgencia.

¿Qué puede desencadenar la urgencia? Puede ser una amenaza de pedrisco, o una amenaza de tormenta. En ese caso es más interesante para un dueño contratar más obreros, aunque sea para medio día, pero que terminen el trabajo en el día. Es posible que haya que cargar un navío fenicio u otro con uva, o cualquier otra mercancía perecedera. La urgencia entra dentro de los cálculos de la posibilidad.

Eso daría a la parábola un carácter de urgencia que leído desde nuestra óptica cultural no lo tiene. Pero alguien que escuchase esa parábola en el contexto bíblico diría: este hombre, ¡que prisa tan grande tiene!, ¿por qué tiene que salir tantas veces a contratar más obreros?, no cabe duda de que quiere terminar el trabajo cuanto antes. Hay un elemento de urgencia y de interés que está ahí, y que es importante.

III.2.3. Contexto teológico

En el contexto teológico Jesús está hablando a discípulos y a personas que están siendo educadas continuamente en una tendencia del judaísmo que se llama el fariseísmo. Una tendencia mucho más ortodoxa, aunque resulte chocante, que la tendencia oficial de los sacerdotes que es el saduceísmo. Los saduceos en la época de Jesús son una minoría sacerdotal, aristócrata y muy rica, que controlan todo el negocio del templo, controlan en el fondo la vida litúrgica, el sistema de sacrificios, etc., todo lo que puede representar la «salvación» de una persona. Y lo hacen desde una perspectiva teológica muy particular: y es que la bendición equivale a prosperidad, y la desgracia equivale a maldición.

Comprended que en esa mentalidad de una mujer que no tiene hijos se piensa:

—¡Ella sabrá lo que hará para no tenerlos!

Es decir, ella sabrá hasta que punto Dios la puede maldecir. Por eso en la Biblia se compadece tanto el Señor de las mujeres que son crónicamente estériles. Porque toda bendición se equiparaba al pago de Dios a una fidelidad, y toda desgracia, enfermedad incluida, era considerada el pago a la maldad humana.

En esta situación terriblemente injusta, los fariseos proponen otro sistema que no sea tan duro. Más bíblico, pero también dentro de una teología de los méritos. Es decir, si tú has podido hacer cosas malas, bien, puedes compensarlas por medio del perdón, etc. Pero también puedes compensar haciendo méritos. Y Jesucristo toma, las tres maneras de hacer méritos, y las revisa de una manera sistemática en el Sermón del Monte. Todo el Sermón del Monte es una revisión sistemática de las creencias básicas de Israel en su tiempo. Hay tres maneras de hacer méritos, que son: la ora-

ción, la limosna y el ayuno. Porque ninguna de las tres ha sido impuesta por Dios, es decir, no entra en ninguno de los seiscientos trece mandamientos de la Ley.

Entonces cuando haces algo bueno que Dios no te pide, eso se te acredita a tu cuenta, así que uno puede compensar sus fallos en la vida con acciones meritorias. Es decir, limosnas, cuanto más das, más se te pone en tu haber; oraciones, cuanto más oras, más se te pone en tu crédito; y ayunos, cuanto más ayunes mejor.

Jesucristo tiene que enfrentarse con esta mentalidad, de que el que más se ha esforzado tiene más recompensa. Por eso la reacción de su auditorio es una reacción de escándalo. ¡Cómo es posible que los que han trabajado menos cobren igual que los que han trabajado más! Esto no es justo. Y nuestro sentido de la injusticia, y de la justicia también, se irrita ante esta parábola, porque nosotros también vivimos sobre premisas parecidas en nuestra sociedad.

Para ilustrarlo os voy a contar una parábola rabínica en esta dirección. El rabino Zeira en el año 300 d.C. habla del rabino Bun que murió muy joven y del que naturalmente sus compañeros decían:

–¡Que injusticia! Este hombre, tan bueno que era, cómo ha muerto tan joven.

Esto escandalizaba la mentalidad, sobre todo saducea, pero también la farisea. Y el rabino Zeira, que ya estaba más avanzado en su comprensión teológica dijo:

–Mira, esto es comparable a un hombre que contrata trabajadores. Y hay uno que solamente ha trabajado una hora. Y él lo llama y hace que se pasee con él todo el día, y lo hace que lo acompañe y que disfrute de su compañía.

Cuando termina el día, los demás empleados dicen:

–Mira este que se ha estado paseando todo el día con el dueño, ahora recibe el mismo salario.

Pero él les dice:

–Es que vosotros no os habéis dado cuenta que él en una hora ha hecho más que vosotros en doce. Ahora el rabino Bun ha estudiado la Ley hasta los 28 años, va y se muere, pero la conocía mejor que otros que la han estudiado durante casi cien años. Luego Dios lo recompensa llevándoselo con él más rato.

Esto es para que veáis un poco la mentalidad.

Jesucristo va entonces a decir en este contexto una parábola muy chocante.

III.3. Elementos del texto

III.3.1. La estructura en quiasmo

Siempre vale la pena estudiar la estructura del texto, ver cómo ha sido escrito. Este texto está escrito en una técnica muy original, muy de Mateo, muy común en el len-

guaje bíblico, que se llama quiasmo. ¿Qué es un quiasmo? Un quiasmo es una técnica muy hebraica en la que, para reforzar una idea, ésta se dice al principio, después se cuenta algo que la explica y luego se vuelve a repetir al final.

Aquí, ¿dónde está el quiasmo? El quiasmo lo véis en Mateo 19:30, dice:

«Muchos primeros serán postreros, y postreros primeros.»

Y cuando termina la parábola en Mateo 20:16, de nuevo dice:

«Así los primeros serán postreros, y los postreros primeros.»

Es útil tener en cuenta como está organizado el texto, porque un quiasmo determina de una manera muy clara una unidad, una perícopa, es decir, una unidad literaria. El hecho de que se repita la misma idea quiere decir generalmente que la explicación de esa idea está en medio de esas dos frases. Esto lo tenemos en nuestra parábola y eso nos ayuda a comprender mejor la parábola. Es decir que la idea es: muchos primeros serán últimos y últimos primeros.

La segunda parte del versículo 16 que dice: «Porque muchos son llamados más pocos escogidos» (Mateo 20:16), no está en todos los manuscritos, falta en algunos de los mejores, en el Sinaítico, en el Vaticanus, muchos más. Por eso en algunas biblias encontraréis que no está. Esto no os debe chocar, hay muy pocos pasajes en la Biblia que no están en todos los manuscritos válidos, pero a veces ocurre, y eso no toca ningún pasaje importante. Es preferible que lo sepáis y no que os llevéis la sorpresa de:

—¡Anda!, mi Biblia no tiene lo mismo que la tuya.

Normalmente si no lo tiene lo suele decir. Las biblias que se hacen hoy o bien tienen entre paréntesis los pasajes que no son tan seguros, que son muy pocos y las Biblias que llevan notas lo explican abajo. Es decir que en realidad esto no plantea ningún problema para nadie. Pero es bueno saberlo, y es bueno tomar el texto tal como es con toda su seguridad, y con su pequeño margen de incertidumbre. Porque es preferible ser realistas que empeñarse en hacer palabra de Dios algo que no lo es, o dejar caer como si no fuera palabra de Dios algo que sí que lo es. Es preferible ser prudentes.

Tenemos un texto construido dentro de dos frases que repiten lo mismo, o sea, en un quiasmo, donde el apéndice último del versículo 16: «muchos son llamados y pocos los escogidos», no es seguro, no está en todos los manuscritos, lo cual quiere decir que si no está en todos probablemente no contiene el centro del mensaje de la parábola. Ahora, después de analizar este texto, podemos leerlo bien.

III.3.2. El reino de los cielos

En el texto encontramos un padre de familia que sale para ajustar obreros. Es interesante que en esta presentación del «reino de los cielos», quizás nos conviene entender dicha expresión «reino de los cielos», porque hay bastantes personas que lo entienden mal y lo aplican al más allá. El reino de los cielos se imaginan que es «la tierra nueva». Esto no es exactamente así. La tierra nueva será el reino de los

cielos del futuro, pero Jesucristo habla de algo aquí y ahora: «El reino de los cielos es...»

Mateo, por su formación judía, es muy reticente a utilizar la palabra «Dios»; cuando leemos Mateo raramente utiliza la palabra «Dios», porque en su formación judía no se debe pronunciar dicha palabra.

En la enseñanza rabínica, todo buen creyente tenía que establecer un seto, tenía que poner un muro en torno a la Ley, para poderla cumplir bien. Razonamiento inmediato, si hay un mandamiento que dice: «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano» (Éxodo 20:7), si yo no tomo el nombre de Dios nunca, estoy seguro que nunca lo tomo en vano. Ese era el razonamiento que se hacían. Entonces en vez de pronunciar el tetragrama sagrado יהוה (YHWH), que era el nombre de Dios, o el nombre de Jehová, se decía otra cosa. No sabemos exactamente como se pronunciaba, porque en la época bíblica ya no se pronunciaba. Desde la época que tenemos conocimiento, cuando se llegaba a esa palabra, que se escribía más o menos así: יהוה (YHWH), cuando se llegaba a esta palabra se decía: «el nombre» (השם), «*hashem* es el nombre de Dios; o se decía: «*Adonai*» (אדני), quiere decir «*mi Señor*»; o se decía: «los cielos» (השמים), «*hashamayim*»; algo que sugiera a Dios, pero que no fuera Dios.

Entonces Mateo cuando dice «el reino de los cielos», quiere decir exactamente «el reino de Dios». Esto lo podemos probar cuando tomamos una sinopsis, y vemos que Lucas y Mateo dicen las mismas palabras, uno dice «reino de Dios», otro dice «reino de los cielos», aplicándola a las mismas palabras de Jesús. Luego decir «reino de los cielos» no se refiere a una realidad futura, sino a una realidad ¡ya!

Por otra parte, la noción de reino es ambigua en los textos bíblicos, porque reino a nosotros en castellano de hoy nos sugiere un lugar, un territorio. Mientras que la palabra «*basileía*» (βασιλεία) en griego, o «*malkuth*» (מלכות) en hebreo, no es solo un territorio, es una relación, es decir la relación entre el soberano y los súbditos.

Jesucristo no está hablando de un lugar, ni en el aquí, ni en el más allá, está hablando de una relación. Su idea es la siguiente: cuando Dios reina en tu vida..., la manera en que Dios quisiera relacionarse con nosotros, eso sería como deberíamos traducir «el reino de los cielos es semejante a...», como si Dios quisiera entrar en relación con nosotros, de la misma manera que..., o cuando Dios reina en nuestra vida ocurre lo mismo que cuando... ¿Entendéis? Por eso la expresión «reino de los cielos» que nos parece supersabida, es la que más ignoramos. Es a veces raro encontrar en una iglesia alguien que sepa exactamente lo que quiere decir. ¿Por qué? Porque los primeros cristianos lo entendían tan bien, que no necesitaban explicarlo. Y nosotros hemos heredado una frase que hemos dejado de entender. Pero esto nos ocurre con muchísimas frases bíblicas. Al principio todas las oraciones se terminan con amén «*emunah*» (אמונה), porque todo el mundo sabía lo que quería decir. Hoy seguimos terminando con la palabra «amén», aunque no sepamos lo que queremos decir.

Antes, cuando se cantaba, se decía ¡*aleluya!*, «aleluyah» (הללויה) porque todo el mundo sabía lo que quería decir. Hoy seguimos diciendo ¡*aleluya!* aunque no sepamos lo que decimos.

Lo mismo ocurre con la expresión «reino de Dios», «reino de los cielos». De manera que la relación entre Dios y nosotros, Jesús la compara a la que hay con un padre de familia que contrata obreros. Es interesante, Jesús ilustra la relación que quie-

re tener con nosotros con una relación de colaboración en equipo. Él no nos llama como inquilinos a disfrutar de una ganga, sino como invitados para ayudarlo. Entrar en una relación en que Dios reina en nuestra vida, es ponernos ya a su servicio.

III.4. Implicaciones teológicas del texto

Dios contrata, Dios ajusta y desde el principio lo que nos promete a nosotros nos parece magnífico. Igual que aquellos primeros hombres que al ser ajustados por un denario, les parecía una maravilla. Ese día ya se lo podían pasar cantando porque sabían que a la noche sus hijos, su mujer, tendrían suficiente. La vida sigue bien, es magnífico. Dios está con nosotros, hemos sido aceptados.

Después el texto sigue, y hay un elemento que choca en esa tenacidad increíble de Dios que va a contratar obreros continuamente. Esta invitación continua de «venid a mi viña, venid a trabajar», no promete nada, les dice simplemente: «Id también a mi viña y os daré lo que fuere justo» (Mateo 20:7).

Es una promesa sobre la que hay que hacer un acto de fe. Y los demás están de acuerdo y todos contentos.

–Ya que no voy a tener lo que pensaba, tendré algo.

Y todos contentos van a la viña.

¿Por qué sin embargo, cuando el día ha transcurrido, «cuando llega la tarde, el Señor dice a su mayordomo: «Llama a los obreros y págalos el jornal»? (Mateo 20:8).

Y aquí empieza el elemento sorpresa:

«Comenzando desde los postreros hasta los primeros.» (Mateo 20:8)

Empieza por los últimos. Aquí hay un elemento que molesta. La punta de parábola está en la molestia de los primeros.

Bueno, los últimos pasan por caja esperando cobrar una miseria y reciben un denario Y así van llegando los demás. Esto produce en la mente de los primeros una sensación de incomodidad. Primero están incómodos de que aquellos cobren tanto y luego ese tanto que cobran los últimos, lo ven como algo que se les quita a ellos, lo ven como una injusticia. Hasta el punto que el texto nos dice que se organizan, murmuran contra el padre de familia y hacen una manifestación. Van con las pancartas al dueño diciendo que es una injusticia, que hay un trato discriminatorio y agravio comparativo y todo lo que queráis llamarle.

Aquí está el elemento sorpresa. Jesucristo está hablando aquí de cómo actúa Dios. No de como actuamos nosotros, ni siquiera de como deberíamos actuar, sino de cómo Dios actúa. Y hay una primera lectura muy clara, Dios nos llama dondequiera que estemos, y lo que Él quiere es que vayamos a colaborar con Él.

Dios nos llama, pero la manera de retribuirnos suya no es como la nuestra. Todo aquel que entra al servicio de Dios ya está pagado en un cierto sentido, ¡es magnífico!

–¡Qué pena! –y aquí va contra Pedro y sus compañeros–, que los que creéis que porque lleváis más rato trabajando estáis fastidiándoos más rato. ¡Qué pena que lo entendáis así!

–¡Qué pena que muchos de los primeros en el reino os consideréis últimos!
–¡Qué pena!, en vez de decir: ¡qué bien que llevamos tanto tiempo colaborando con el Señor!, ¡qué maravilla! ¡Qué pena que os veáis como disminuidos, como engañados!
–¡Qué pena, que en ese sentido vosotros los primeros en el reino de los cielos os consideréis los últimos, los menos favorecidos!

Esta parábola utiliza un lenguaje que es tan difícil para el hombre del s. xx, como para el hombre del s. i, porque es una lección de lo difícil que es vivir la gracia.

Es una teología de la gracia contra la teología de la acumulación de méritos que es la nuestra. El hombre siempre tiene tendencia a evaluar la producción, el rendimiento, «tanto produces, tanto vales», en una sociedad tan comercializada y tan de consumo en el s. i como en el xxi.

Dios presenta aquí otra noción de justicia, una noción de justicia que no es exactamente la misma, que la que nosotros solemos utilizar. Y aquí me gustaría que mis amigos especialistas en derecho encontrasen los términos válidos para evaluar esta noción de justicia.

III.4.1. Noción de justicia y misericordia

Es curioso que ya la palabra clave para justicia en el Antiguo Testamento es una palabra que a nosotros no nos cabe en ningún diccionario. Hoy no existe en ningún diccionario de lenguas que yo conozca en que esa palabra se traduzca bien. Es la palabra «*tsedeq*» (צֶדֶק) o «*tsedaqah*» (צֶדֶקָה), porque en la Palabra de Dios, la *justicia* que se nos promete, esa justicia de Dios que se aplica a cada uno, esa palabra, en la Biblia significa a la vez *justicia* y *misericordia*.

Nosotros en nuestras lenguas tenemos a la justicia en un extremo y a la misericordia en el otro. Porque si le aplico a alguien la justicia es que no le estoy aplicando la misericordia. Si aplico la misericordia, casi se entiende que no estoy haciendo justicia. Sin embargo, la justicia de Dios, la justicia que Dios nos aplica, en la Biblia es una palabra que significa a la vez justicia y misericordia. Dicho en otras palabras, es una relación comprensiva en la que los dos términos están incluidos.

Cuando Dios hace justicia a Israel, es que Dios está contento salvando a Israel de Egipto. E Israel se siente satisfecho con la manera en que Dios le trata. Pero qué pena que cuando Dios nos aplica su justicia, seamos precisamente los mayores beneficiarios de la gracia los que consideremos que eso es injusto. Dios es bueno, tiene compasión con nosotros, pero el que Dios tenga compasión de los parados forzosos y de sus familias nos parece mal.

Pero Dios ve las cosas en todas sus dimensiones, nosotros las vemos desde la rentabilidad, desde el punto de vista de mi esfuerzo y de lo que se me debe. Dios ve las cosas de otra manera y ha visto que a la primera hora, cuando todos aquellos hombres han ido a la plaza y se ha contratado a los más fortachones, a los expertos...; y el que está medio cojo, el vejete, el jovencito, esos se quedan allí esperando a que alguien los recoja como gente de segunda categoría, y les aplique un salario menor. Dios ve la angustia de ese padre de familia con sus niños que está ahí sentado, y ni a la primera hora, ni a la segunda, ni a la tercera, etc., nadie le va a contratar.

Dios que es tan padre de los obreros de la primera hora como de los últimos, eso lo encuentra injusto. Porque su justicia no se mira solamente con el beneficio del dueño de la viña: su justicia no tiene fronteras. Y como las bolsas y los monederos, las cuentas en el banco, para Dios, sus límites son muy poco justos, Él las ve con una perspectiva universal porque todos somos sus hijos. Él encuentra injusto que haya gente parada hasta la hora undécima. Por eso, cuando sea Él quien disponga de sus bienes, el último obrero cobrará igual que el primero. ¿Por qué? Porque no trabajó, no porque no quiso, sino porque nadie tuvo compasión de él, porque vive en una sociedad injusta en sus estructuras.

Esta parábola sólo es aplicable en los términos de la parábola por Dios, porque nosotros somos absolutamente incapaces de gestionar ninguna riqueza con la libertad en que Dios puede hacerlo, porque todas son suyas. Ni podemos nosotros ver los casos de las diferentes personas con la imparcialidad tan grande que Dios tiene porque lo ve todo. Luego esta parábola no es para que nosotros la apliquemos indiscriminadamente, cometiendo así una injusticia adicional, sino para que comprendamos que a Dios podemos hacerle confianza. Que Dios puede tener una noción de la justicia que no es la nuestra, pero que esa noción de la justicia a nosotros nos conviene, porque es la única que sabe casar la justicia con la misericordia.

III.5. Aplicación de la parábola

Todas las parábolas, después de haber sido explicadas y comprendidas en su contexto, tenemos el derecho de aplicarlas. Pero claro la aplicación no es la explicación. Y en la aplicación deberíamos aplicarlas sólo en la medida en que las implicaciones teológicas de la parábola sean válidas con nuestra aplicación.

Cuando el delegado se queja diciendo:

«—Estos sólo han trabajado una hora y los has hecho iguales a nosotros, que hemos llevado la carga y el calor del día.

»Y él respondiendo, dijo a uno de ellos:

»—Amigo, no te hago agravio. ¿No te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo, y vete. Mas quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito a mi hacer lo que quiero con lo mío?, o ¿es malo tu ojo, porque yo soy bueno?» (Mateo 20:12-15)

Aquí como aplicación a nosotros, Iglesia Adventista, sobre todo a los adventistas más veteranos, me parece que una aplicación válida es esta: que a veces nos encontramos con que olvidando la alegría del día de nuestro contrato, el paso del tiempo al servicio de Dios se nos ha convertido en una carga. Y a veces a mí me da pena el ver a algunos jóvenes de nuestra iglesia que dicen:

—¡Ay!, ¡no!, ¡no! Yo, todavía no me voy a bautizar, es que todavía tengo que disfrutar de la vida. Porque yo no sé, hay gente aquí en la iglesia que, ¿sabe la vida que se ha llevado?; después habrá tiempo para bautizarse.

Para ellos, entrar al servicio de Dios es terminar la diversión, ¡qué pena! que nosotros hayamos presentado la religión de esa manera, porque estamos fabricando des-

contentos de la primera hora. ¡Qué pena! que algunos en vez de encontrar la suerte tremenda de haber podido estar al servicio de Dios más tiempo, «nuestro ojo se vuelve malo». Y para mi la punta de la parábola es esa enfermedad en que ya no vemos las cosas claras, se nos perturba la escala de valores de Dios y empezamos a funcionar por la nuestra. Nuestro ojo se vuelve malo porque Dios se vuelve bueno. ¡Qué pena a veces! que cuando tratamos a algún obrero de la última hora, que viene y se le nombra anciano o diácono, algunos creemos que es una discriminación para aquellos que han estado trabajando durante tanto tiempo: ¡qué lástima!, que esto en vez de ser un motivo de alegría se convierta en resentimiento. Y no me gustaría entrar en detalles, porque todos vosotros creo que podéis comprender, que podemos aplicarnos esta parábola plenamente. Y a ver si algún día somos capaces de disfrutar trabajando al servicio de Dios, de comprender que ese es un privilegio muy grande, y que es maravilloso que Dios encuentre hasta gente *in extremis*, y que Dios, sin dejar de trabajar, de salir con la urgencia que Él tiene para terminar el trabajo de su viña, encuentre a gente hasta a la hora undécima y hasta las doce menos cinco.

Para terminar os voy a contar dos anécdotas que pueden ayudarnos a entender un poquito esto. El que viviendo en la gracia, no lleguemos a comprenderla, y esto nos produzca en vez de fraternidad, rencillas, es una pena.

Se trata, la primera, de una anécdota ocurrida en una ciudad andaluza en los tiempos de la ocupación musulmana en España –es una anécdota que me imagino apócrifa, pero es válida como parábola–. En esa ciudad se reúnen un sacerdote católico, un sabio musulmán y un rabino judío. Y como era común en aquel tiempo, están enzarzados en una discusión teológica. Como los tres se creían que eran los mejores y que los demás eran unos zopencos que no habían entendido la relación divina, enzarzados en la discusión y como todos lo decían con toda sinceridad, una voz del cielo les interrumpe y les dice:

–Dios os envía sus bendiciones, formulad cada uno un deseo de paz y será satisfecho por el Todopoderoso.

El musulmán, que estaba en mayoría en aquel tiempo, dice:

–Que desaparezcan todos los cristianos de nuestro hermoso país y reinará la paz.

Luego el sacerdote dice:

–Que no quede ni un solo musulmán en nuestra patria en el sagrado suelo español y vendrá la paz a nuestra tierra.

–¿Y qué dices tú rabino? –le preguntó la voz–. ¿No tienes ningún deseo?

Y responde:

–No Señor, yo me conformo con que se cumplan los deseos de estos dos caballeros.

Es difícil vivir la gracia. A veces oímos cosas que son bonitas, son piadosas, a veces nos parecen incluso muy religiosas pero analizadas en el fondo, es que no hemos

comprendido la gracia. Como aquella piadosa hermanita que al acabar la guerra decía:

–¡Ay!, Dios ha sido tan bueno con nosotros. Cuando venían los aviones bombarderos orábamos sin cesar, y gracias a Dios las bombas siempre cayeron encima de nuestros vecinos, nunca sobre nosotros.

III.6. Parábola de la solidaridad

La idea es que uno empieza a vivir la religión realmente cuando la profunda solidaridad de Dios con él se transforma en solidaridad con el otro.

El abad de un monasterio estaba llorando por la decadencia terrible de su monasterio. Y un ángel se le presentó y le dijo:

–¿Qué deseas?, ¿qué te pasa?

Él le contó su historia. En otro tiempo su monasterio había sido famoso en todo el mundo, las celdas estaban llenas de jóvenes novicios y en el templo resonaba el armonioso canto de los monjes. Pero habían llegado malos tiempos, la gente ya no iba al monasterio a alimentar su espíritu, los jóvenes habían dejado de acudir y el templo se encontraba siempre silencioso, solo quedaban unos cuantos monjes uraños y tristes, que cumplían rutinariamente sus obligaciones.

–¿Qué pecado hemos cometido para que el monasterio ya no tenga la bendición de Dios?

–Sí, –dijo el ángel–, habéis cometido un gran pecado. El pecado de ignorancia.

–¿Cómo?, ¿el pecado de ignorancia?

–Sí. Uno de vosotros –dijo el ángel– es el Mesías disfrazado y vosotros no lo sabéis.

Dicho esto el ángel se marchó y el abad volvió al monasterio. Durante su penoso viaje de regreso el abad sentía como su corazón se desbocaba al pensar que el Mesías, ¡el mismísimo Mesías!, se había encarnado un tiempo y estaba en el monasterio.

–¡Y nosotros lo estamos tratando tan mal! ¿Cómo no habré sido yo mismo capaz de reconocerlo? ¿Quién podrá ser?, ¿acaso será el gordo del hermano cocinero?, ¿o será el cascarrabias del hermano sacristán?, ¿o será el roñoso del hermano administrador?, ¿es que seré yo, acaso, el hermano prior?, no, eso no puede ser, yo tengo demasiados defectos. Bueno, pero como el ángel ha dicho que ha venido disfrazado, ¿no será acaso los defectos parte de mi disfraz?, bien mirado, todos los demás tienen como mínimo más defectos que yo. ¿Y alguno de ellos puede que sea más el Mesías?

Cuando llegó al monasterio, reunió a los monjes y les contó lo que había averiguado.

Los monjes se miraron incrédulos unos a otros, y dijeron:

–¿El Mesías aquí?, ¡imposible! Claro, que si está disfrazado. Entonces, ¡oye!, también puede ser el gordo del cocinero, también puede ser el cascarrabias del sacristán o puede ser el roñoso del administrador.

Una cosa era cierta, el Mesías estaba allí disfrazado, y si estaba disfrazado no era fácil reconocerlo. De modo que empezaron todos por si acaso a tratarse con respeto y consideración. Empezaron a tratarse así porque uno nunca sabe.

–Y, ¿si fuera este?

El resultado es que al poco tiempo el monasterio recobró un ambiente de gozo y de paz desbordante. Pronto los jóvenes que pasaban por allí se sintieron tan atraídos por el ambiente que pedían ser admitidos en la orden. En el templo empezaron a escucharse cada vez más a los numerosos fieles que venían a cantar y a encontrarse allí con Dios.

¿No os parece una bonita parábola de lo que podría ser nuestra viña?

III.7. Preguntas y respuestas

P. Mire, yo no estoy bautizada, mi marido sí. Me junto con personas que te dicen, sobre todo estas cosas de las guerras que hay y demás: «En seguida se va a terminar el mundo.»

Son personas mayores, pero creen que lo van a ver. Entonces me dicen: «Date prisa, porque igual te coge fuera.»

Entonces en este contexto que has planteado. Yo no sé si estoy esperando a que me elijan en la última hora, o me tengo que dar prisa antes que llegue la última hora y apresurarme.

R. Las personas que te dan prisa, apoyándose en una situación del mundo, tienes que entender que lo hacen por cariño, lo hacen porque te quieren mucho y quisieran que no te quedases fuera. Eso es lo primero y principal. Y en ese sentido yo estoy de acuerdo con ellos.

Pero nosotros no podemos cometer como Iglesia de nuevo el error de empeñarnos en fijar plazos, porque como grupo surgimos de un error de cálculo en ese sentido. La Iglesia se organizó como tal, saliendo de un movimiento que era pan-cristiano: católico, protestante, etc.; en que al redescubrirse las profecías bíblicas se comprobó que el tiempo del fin estaba mucho más cerca de lo que se creía, y lo que ocurrió es que una rama de este movimiento puso fecha.

Hoy lo que no debemos hacer es caer en la tentación de afirmar:

–No pasarán cinco años. No pasarán diez años.

Cuando yo oigo estas expresiones, las interpreto diciendo:

–Mi deseo de que venga el Señor es muy grande.

Y en eso estoy absolutamente de acuerdo con ellos. Pero no somos quienes para poner fechas, ni siquiera aproximadas, sobre todo cuando el Señor nos puso en guar-

dia contra ello. Nos dijo: que ni el día ni la hora no lo sabe, y renunció a dar criterios muy estrictos de proximidad. Lo que sí nos dice es que el ambiente del fin es un ambiente de efervescencia, pero no de pánico cerval, porque la gente estará «comprando y vendiendo, casándose y dándose en casamiento, comiendo y bebiendo, como en los días de Noé» (Mateo 24:37, 38). Los días de Noé se caracterizaron porque no había ni una nube que alarmase a nadie diciendo que un diluvio venía.

Yo pienso que lo más alarmante del tiempo del fin no es la crisis del Golfo (de 1990), sino el que ya no hay tensión entre Estados Unidos y Rusia, por ejemplo, eso para mí es mucho más señal del fin que la crisis del Golfo. Porque me empuja hacia una situación de paz y seguridad, y la Biblia sí que me dice que cuando estemos más confiados y más seguros, corremos más riesgo de no velar.

Por otra parte, pienso que haces bien de plantearte la cuestión: ¿cuál es mi motivación para bautizarme? Nunca es una buena motivación el miedo. Es cierto, dicen, que: «El miedo guarda la viña.» En algunos aspectos humanos el miedo es un factor positivo, yo creo que el miedo tiene sus valores. El joven que no tiene relaciones con una extraña porque tiene miedo de coger el sida, hace mucho mejor que si las tiene sin miedo. El miedo le protege y me parece muy bien. Pero el miedo no es el elemento que tendría que acercarte ni a Cristo ni a la iglesia, sino el amor, tu deseo de servir, de identificarte, de comprometerte con un proyecto que al fin y al cabo es Cristo quien lo ha establecido.

Ahora bien, Jesucristo para explicarnos ¿qué es el reino?, ¿qué relación quisiera tener con nosotros?, lo hace con cuarenta parábolas, y en cada una resalta sólo un aspecto. En esta parábola resalta el aspecto de: ¡qué pena!, que algunos de los que han encontrado esa relación con Dios en vez de mantenerla, se vuelvan contra Él y contra sus hermanos y se agríen. Es una parábola contra el riesgo de agriarse en vez de vivir y crecer en la gracia. Por eso encuentro que es una parábola muy apropiada para adventistas.

Pero hay una parábola que Jesús contó exactamente para decir que sí que hay un día que es demasiado tarde y es la parábola de las diez vírgenes, de la que hablaremos más adelante. No se puede indefinidamente posponer una decisión, pensando que siempre habrá tiempo. ¿Por qué?, pues no porque el Señor está procurando venir para pillarte por sorpresa, porque no es así. Sino porque tú no sabes cuánto puede durar tu vida, ninguno de nosotros es dueño de su futuro, y como no eres dueño de tu futuro, el presente es serio, es el momento de decidirse por Dios.

P. *¿Podría explicar la última parte del versículo 16 que dice: «Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos»? (Mateo 20:16).*

R. Lo voy a explicar aun repitiéndote que eso no está en los manuscritos más fidedignos, pero no importa. Aunque no lo esté. Cuando se copiaban las biblias al principio no todas lo llevaban. Como no podemos saber si lo llevaban los originales o no, es mejor que lo conservemos entre paréntesis. O sea, sin construir toda nuestra teología sobre eso porque no estamos seguros, que fueran palabras de Jesucristo, pero sin rechazarlo por si acaso lo fuera. Es una postura muy matizada, pero es la única que me parece científicamente válida, honrada.

De todas maneras hay una explicación, me parece a mí. La noción de «llamado» y de «escogido» son dos palabras que nosotros las aplicamos siempre al «llamados por alguien» y «escogidos por alguien». Sin embargo aparentemente en el texto tal como

está dicho no sólo en griego sino en hebreo también, la primera frase supone alguien que te llama, llamados porque hay alguien que te llama. Pero escogidos es una palabra que también quiere decir, que tú escoges el responder o no, escogidos se podría traducir también por: escogedor. Es la ambigüedad de ciertas lenguas. «Muchos son llamados, pero hay pocos escogedores.»

Esa frase se puede entender en el sentido de que «muchos son llamados, pero pocos eligen bien o pocos escogen». Yo creo que esa palabra entendida así, de esta última forma, es más de Jesús, porque Jesús nunca dice ninguna otra palabra que vaya en la dirección de una predestinación, sin embargo hay muchísimas palabras de invitación a escoger. Y pienso que cuadra más en el contexto literario, cultural y teológico de esta parábola, el que diga:

–Mirad, vosotros, Dios os ha llamado y resulta que no os consideráis escogidos. Muchos llamados y pocos escogidos, os creéis castigados. Algunos, el hecho de que ya llevéis tanto tiempo en la viña, lo consideráis como un castigo no como un privilegio.

En ese sentido lo entiendo bien.

Pienso que eso nos puede ayudar a entenderlo, pero no tengo la explicación última.

P. Yo quisiera hacer una reflexión sobre el tema de esta mañana en cuanto al género parabólico, y ver tu opinión al respecto.

Todos sabemos que a mediados del siglo XIX los Evangelios sufrieron un fuerte ataque que ha permanecido gran parte de este siglo en el sentido de que se ha criticado mucho su autoría, su veracidad, puesto que muchos vieron, han visto y algunos todavía ven en ellos como una creación de la comunidad, como ideas que tenían una serie de señores. Yo pienso que no se ha insistido mucho en eso, que nosotros tenemos un argumento muy a favor de los Evangelios y de la veracidad de Jesús precisamente en el género parabólico.

El hecho que no haya ningún parangón, yo por lo menos no lo he encontrado, entre las parábolas de Jesús tal como él las contó y ninguna cosa semejante en la comunidad –algunas cosas sí que se han encontrado que son semejantes, pero no precisamente en parábolas–, para mi es un hecho muy importante precisamente para demostrar su veracidad y que no tienen nada de creación de la comunidad, porque sino se hubieran encontrado paralelos en ella. Yo pienso que hay allí un argumento muy importante que tenemos los cristianos que creemos en la inspiración y los que creemos en la veracidad de todo esto, para cuando se nos ataque, o se nos diga que eso no sirve para nada, para ver que es una creación auténtica de Jesús.

R. Totalmente. Muy importante.

Esta mañana no he insistido en ello, pero he dicho, creo, que las parábolas están consideradas como los pasajes más auténticos de Jesús. Es verdad que hoy se siguen discutiendo sobre algunas de estas conclusiones, por ejemplo la frasecita esta que nos ha hablado antes, pero las parábolas no.

Y hay otra cosa más, los estudios del mayor especialista en Evangelios de este siglo que ha sido Joachim Jeremias considera todas las parábolas de los Evangelios, todas, como *ipsissima verba*, es decir, textos en los que no hay argumentos válidos para refutar su autenticidad. Esto es muy importante. Y esto se ha confirmado después

con los estudios de los arameístas y de los hebraístas (Tresmontant, Carmignac ...), que han estudiado las retraducciones de los Evangelios al arameo y se han dado cuenta de que las palabras retraducidas al arameo cobraban una vida increíble.

Es curioso además que no hay ninguna parábola en los textos antiguos que sea un texto dudoso. Eso es muy importante también.

Y además si aplicamos el criterio de la crítica textual llamado *lectio difficilior*, concluimos que es más probable que un texto sea auténtico en la medida que no le arregla la teología a la iglesia que lo defiende. En ese sentido las parábolas son superauténticas, porque la iglesia no las ha sabido ni entender, ni explicar, lo cual sería una prueba de que son auténticas, de que no las ha fabricado ella.

Hoy no hay ningún problema, desde el punto de vista de la crítica textual, ninguna duda sobre la autenticidad de las parábolas.

P. Profesor Badenas me gustaría una pequeña aclaración del hecho que has presentado de que Mateo, es cierto, no emplea la palabra Dios; decías que como un judío pío. En mí surge la duda, en el sentido de que siendo un hombre que se dedicaba al cobro de los tributos, que me parecería más ver en él un «pasotismo» judío, puesto que le importa muy poco lo que opinen sus correligionarios, él vive del que le paga más. Entiendes esta expresión que decías después de su conversión, o crees que en él ya estaba esta idea de respeto a Dios.

R. No lo sé.

Pero te puedo decir una cosa, Mateo es elegido a pesar de haber sido un colaborador, y sabes que en aquella época ser colaborador de los romanos significaba la excomunión, cuando una persona aceptaba el cargo de publicano era expulsado de la sinagoga, porque se situaba a sí mismo de parte del enemigo de Israel.

Mateo ha vivido probablemente esta marginación quizá no voluntaria; cuando hay una época de mucha hambre, como era la época de Jesús, de mucha opresión, hay quien hace lo que sea para sobrevivir. Lejos de mí el tirarle la piedra, porque es muy bonito decir: eso de traficar está muy mal hecho, es muy deshonesto hacer tráfico del mercado negro; cuando yo desde mi situación recibo un salario todos los meses y puedo vivir. Me parece que a veces juzgamos mal... ¿Qué dramas familiares y personales empujarían a Mateo a aceptar preferir ser publicano que morirse?, por ejemplo, no lo sé. Hay un drama probablemente detrás que yo no conozco.

Para los que les gustaría estudiar un poco más a fondo la época en la vida de Jesús, el contexto social, hay un libro precioso de Gerd Theissen, llamado *La sombra del galileo*. Es un libro fascinante, porque Gerd Teissen es un gran especialista en la época del s. I d.C. Este profesor en una universidad alemana muy importante, tenía muchos problemas para que sus estudiantes de introducción al Nuevo Testamento se tomaran a fondo el estudiar la época, o sea la situación políticoeconómica y social de la época de Jesús, porque ahí está la clave para entender mucho de la vida de Jesús. Como no le hacían mucho caso, decidió tomar todos los textos que él les obligaba a leer: Flavio Josefo, Filón de Alejandría, los Evangelios..., y entonces escribió una novela, en la que solamente hay falso el personaje, todos los demás hechos que se cuentan, son cosas probadas con textos de la época. Y ese libro ha tenido un éxito fantástico, porque describe de una manera perfecta ese clima de situación política difícil.

Ahora bien aparte de eso, Mateo puede entender mejor que nadie creyéndose excomulgado, excluido de Dios, el que un día Jesús vaya al banco y le diga:

–Mateo, tú te vienes conmigo.

Y que el Mesías, ¡el propio Mesías!, lo acepte como uno de sus discípulos, debió ser par él una cosa muy gorda. Entre los dones Pablo sitúa los apóstoles los primeros: «Dios estableció a unos –los primeros– primeramente apóstoles» (1 Corintios 12:28); esa es la situación más privilegiada.

El que Mateo diga:

–¿A mí me has escogido?

Le da tal alegría que hace una fiesta enorme, el registro de Mateo nos lo cuenta, donde invita a todos sus amigos, a todas las prostitutas que conoce, para que todos digan:

–¡Esto es fantástico!, ¡es increíble!, que Dios nos acepte aún a nosotros.

Y Mateo es muy probable que por reacción sea más respetuoso y admire más la gracia que otros, la comprenda mejor.

También hay otra explicación. Y es que cuando una persona vive más al margen de Dios, puesto que su subconsciente jamás se queda satisfecho, caiga más fácilmente en las supersticiones que una persona que está muy realizada. Una persona muy creyente, con una fe válida, no es supersticioso. A mi me encantan los gatos negros, paso por debajo de una escalera si veo que no hay nada encima, el día trece ni me doy cuenta, los martes me caen bien, no me importa. Pero una persona que se siente muy insegura consigo misma, porque su relación con Dios la tiene insegurísima, esas personas tienen más miedo a los tabúes y las supersticiones, viven más culpabilizados por ellos. También explicaría eso que si él fue bastante blasfemo en su vida corriente, tema escribir el nombre de Dios y olvidársele una letra, sería la catástrofe final, puesto que sus rabinos le han dicho que eso lo tienen que escribir perfecto, o sino no vale. Entonces él a lo mejor por su deformación psicológica prefiere ni mencionarlo.

Pero en fin a mi me gusta más la explicación que te he dado antes.

P. Yo veo una relación, no sé si lo ves tú, del hijo pródigo, el mayor, que se ofende cuando papá trata bien al bala perdida, al que se marchó de casa. Parece que también en esta parábola los que fueron más afortunados de ser contratados a primera hora, que se sentían felices, que ganaban un jornal, se sintieron ofendidos porque los otros habían trabajado tan poco y les pagaron igual. Parece que haya un parangón, un paralelo, de uno y otro.

R. Totalmente. La relación la has hecho muy bien.

Jesús es muy sensible a eso, hasta tal punto que en el fondo nos anuncia la parábola del hijo pródigo... De paso, diré que el título que le damos es falso, no es la parábola del hijo pródigo. Primero porque la palabra pródigo es una palabra positiva, pródigo significa muy generoso, ahí el único que hay muy generoso en la parábola es el padre; yo aceptaría llamarla la parábola del padre pródigo, y sino la parábola de los dos hijos.

Pero la punta de la parábola está al final, y el contexto dice que Jesús la cuenta porque había gente delante que se burlaba de que aceptase a los pecadores. En el fondo la punta de parábola está en la reacción del hijo mayor, que Jesús la vive muy mal, aunque es

explicable humanamente. Y todos nosotros en el fondo estamos más a menudo en situación de obreros de la primera, de la tercera, de la sexta hora y de hijos mayores que en la posición de hijos jóvenes y obreros de la undécima hora.

Como seres humanos nos parece que es injusto lo que el padre hace. Y lo que Jesús se esforzó en enseñarnos, en casi todas sus parábolas, es que aceptemos la gracia, ¡qué es una maravilla que este chaval vuelva! Y lo que el final de la parábola manifiesta, es que los que se creían buenos y santos, estaban fallando a la esencia de la ley que es: «Ama a tu Dios sobre todo y a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-39).

Estos empleados ni aman al dueño, porque dicen:

–¡Oye tú, estás tratándonos fatal!, ¡nos estás robando!

Ni aman a los otros:

–Estos últimos que ¡tan descansaditos...!

Y la parábola del hijo pródigo igual. El hijo mayor ha vivido, sí, ha estado allí con su padre.

–Yo, ¡tantos años que he estado contigo!, ¡ni un cabrito me has dado para festejar con mis amigos!

Él entonces suelta su represión, su frustración y demuestra que no ha amado a su padre, que lo ha estado odiando contenidamente todo el tiempo.

Por desgracia hay cristianos que viven así su cristianismo. Y Jesucristo nos dijo estas parábolas, llorando de pena, porque existen así muchos que se autodenominan creyentes. Y no han descubierto que lo que Él quiere es que hagamos la fiesta, que vengamos al banquete y que nos alegremos con el Dios que se alegra.

En el fondo las tres parábolas son las tres parábolas de la alegría porque todas se terminan igual: «Hay más gozo delante de los ángeles de Dios ante un pecador que se arrepiente...» (Lucas 15:7). Son las parábolas de la alegría, y lo que Jesús quisiera comunicarnos es la alegría de contribuir a la salvación. Mientras que muchos creen que es más religiosa la austeridad y la severidad de aquél que no sólo se reprime, sino que oprime a los que le rodean.

P. Creo que la parábola no tiene paralelos en los otros Evangelios. Entonces, pensando en la perspectiva en que la escribió Mateo y que no tiene paralelos, o sea, que le causó una impresión seguramente muy honda a Mateo como cobrador de impuestos, como publicano. ¿No podría tener también una implicación más social?, o una aplicación de decir a la comunidad, a aquellos que escuchamos, cómo nos podríamos portar, o intentar portar, o que el ideal sería acercarnos a la justicia de Dios, que es completamente no humana, no tiene nada que ver con la humanidad.

R. Totalmente.

IV. Parábolas difíciles II: los hijos de este siglo, más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de la luz (o como ganar amigos con las riquezas injustas). Lucas 16:1-15

«Y dijo también a sus discípulos:

»—Había un hombre rico, el cual tenía un mayordomo y éste fue acusado delante de él como disipador de sus bienes.

»Y le llamó y le dijo:

»—¿Qué es esto que oigo de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo.

»Entonces el mayordomo dijo dentro de sí:

»—¿Qué haré?, que mi señor me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, tengo vergüenza. Yo sé lo que haré para que, cuando fuere quitado de la mayordomía, me reciban en sus casas.

»Y llamando a cada uno de los deudores de su señor, dijo al primero:

»—¿Cuánto debes a mi señor?

»Y él dijo:

»—Cien barriles de aceite.

»Y le dijo:

»—Toma tu obligación, y siéntate presto, y escribe cincuenta.

»Después dijo a otro:

»—¿Y tú, cuánto debes?

»Y el dijo:

»—Cien coros de trigo.

»Y él le dijo:

»—Toma tu obligación, y escribe ochenta.

»Y alabó el señor al mayordomo malo por haber hecho discretamente; porque los hijos de este siglo son en su generación más sagaces que los hijos de luz.

»Y yo os digo: Hacedos amigos de las riquezas de maldad, para que cuando faltareis, os reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.

»Pues si en las malas riquezas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

»Y oían también todas estas cosas los fariseos, los cuales eran avaros, y se burlaban de él. Y díjoles:

»—Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres, mas Dios conoce vuestros corazones, porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.» (Lucas 16:1-15)

Jesucristo se había esforzado por rectificar las concepciones religiosas de los más religiosos de su tiempo. Israel había vivido por los avatares de la historia momentos

muy duros y por fin había llegado un momento en que la idolatría y el paganismo habían sido erradicados definitivamente. Israel se había unido en torno a la palabra de Dios, a la *Torah*, una fidelidad a veces rayana en la bibliolatría, pero en fin, por lo menos estaba muy lejos de sus desviaciones anteriores. Y ahora los más religiosos de Israel, los fariseos (el diablo siempre es capaz de estropear hasta los más puros sentimientos), esos fariseos habían conseguido una religión dura, una religión de caras severas, una religión culpabilizante y culpabilizada, una religión donde faltaba la alegría, el amor y la gracia. Y vemos que gran parte del esfuerzo de Jesús en su ministerio lo dedica a convencernos de que Dios solo quiere nuestro bien y que sólo nos manda cosas, o nos recomienda cosas, porque quiere hacernos más felices. Esto que parece tan evidente, ¡qué fácilmente no lo sabemos vivir en la vida cotidiana!

IV.1. El contexto de la parábola

El contexto de la parábola que vamos a meditar esta tarde es el principio del capítulo 15: «Se llegaban a Jesús todos los publicanos y pecadores a oírle» (Lucas 15:1). Jesucristo que predicaba el perdón, la alegría, la felicidad, conseguía atraer a todos los marginados: «Los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: éste a los pecadores recibe y con ellos come» (Lucas 15:2). Dando a entender, que si es capaz de recibir públicamente a los publicanos y a las mujeres pecadoras, si los recibe y come con ellos, hay que pensar lo que hará cuando no le ven. Ésta es la característica más terrible del «religioso malo», aquél al que la religión sólo le sirve para hacer daño, para sembrar la duda, para sembrar la cizaña, para sembrar la discordia.

Jesús les va a proponer tres parábolas seguidas en el capítulo 15 para mostrar que es una pena que ellos, los más religiosos, no hayan descubierto que lo que Jesús quiere es la alegría de la reconciliación y del encuentro. Él empieza por la parábola de las cien ovejas:

–Pero, ¿quién de vosotros teniendo cien ovejas y se le pierde una no tiene una alegría inmensa cuando la encuentra?

Y sigue con la parábola de la mujer cuando se le pierde el monedero o la moneda, sobre todo aquellas dracmas, que a veces eran las arras del matrimonio.

–¡Lo que dirá mi marido cuando se entere!

Entonces va corriendo a barrer toda la casa, y ¡la alegría que tiene cuando lo ha encontrado!

Jesús dice:

–Vosotros no creais que Dios es de otra manera. Si tú te alegras porque encuentras un cordero, la señora se alegra porque recupera una moneda, Dios que es vuestro padre, ¿no se va a alegrar cuando os encuentra por fin, cuando os recupere?

Y cuenta por fin (es la parábola que hace puente entre una serie y otra) la parábola del hijo pródigo, mal llamada del hijo pródigo para mi gusto, la del padre generoso y los hijos que se equivocan. El uno se equivoca y después enmienda y el otro se equivoca todo el tiempo, esa es la mayor diferencia entre el hijo mayor y el pequeño. Después

de contar esta parábola en la que Jesús resalta: ¿cómo tú hermano mayor, no te alegras?, ¿cómo es posible que tú no comprendas la alegría de tu padre?, ¿cómo es posible que tú no la compartas?

Y aquí termina la parábola y empieza nuestro texto del capítulo 16: «Dijo también a sus discípulos». Aquí hay una transición, Jesús ya no habla sólo a los escribas y fariseos, ahora incluye a los discípulos, unos marginados que han sido aceptados. Los pescadores, los publicanos y, naturalmente, los terroristas, los zelotes (que formaban gran parte de los discípulos de Jesús) eran marginados para los fariseos. Los pescadores porque en su trabajo normalmente tocan pescados inmundos, entonces si tienen que ser inmundos hasta la tarde se pasan todos los días siendo inmundos hasta la tarde siguiente, luego, siempre son inmundos. Los cambistas de dinero, todos los que tocan dinero, como no se sabe nunca para que ha servido ese dinero –y no existían todavía los sistemas de blanqueo de dinero que tenemos sobre todo en Suiza y otros países– entonces, ¿para qué habrá servido aquella moneda?, es que alguien no habrá pagado alguna noche de placer, algún soldado?, etc., etc. Todo era posible, luego ese dinero también te hacía inmundo hasta la tarde, luego si tocas ese dinero todos los días, nunca tienes la posibilidad de ser «limpio».

Ahora los discípulos han comprendido lo que es ser aceptado y la alegría de Dios cuando nos recupera. Ahora va a decirles a ellos una parábola que se dirige a un nivel a los dirigentes de Israel y a otro a los discípulos, que van a ser los futuros dirigentes de la iglesia.

«Dijo también a sus discípulos.

»–Había un hombre rico el cual tenía un mayordomo, y este fue acusado delante de él como disipador de sus bienes.» (Lucas 16:1)

Hasta aquí nada más banal, ricos con mayordomos que les «sisan» lo que pueden. Eso ha existido desde entonces hasta hoy y creo que seguirá existiendo mientras existan los seres humanos.

En aquella época, el gobernar sus asuntos por medio de mayordomos era aún más corriente que hoy. Hoy todavía hay gente que lleva sus negocios ellos mismos. Pero había muchos de los ricos que eran tan analfabetos, que eran absolutamente incapaces de hacer cuentas, pero podían pagarse esclavos griegos, o de otro tipo, o judíos que les hacían las cuentas muy bien. Pero claro, tenían muy pocas posibilidades de controlarles esas cuentas, precisamente por su propia ignorancia. Eso era muy corriente, e incluso tenemos obras de teatro y textos clásicos que ridiculizan sobre todo a estos nuevos ricos. Algunos se habían enriquecido en las guerras, generales a los que se les ha dado inmensas propiedades en Lusitania o en las Galias. Entonces eso era corriente.

Este mayordomo que fue acusado delante de su dueño como disipador de sus bienes, es llamado y le dice:

–«¿Qué es esto que oigo de ti?, da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo.» (Lucas 16: 2)

Aquí ya hay algo normal, el pedirle cuentas. ¿Pero no habéis notado algo bastante excepcional en la manera de hablar de este hombre rico?, ¿encontráis alguna palabra de acusación directa o de reproche? Lo primero le pide información:

–¿Qué es lo que oigo de ti? Yo oigo una versión, ahora quiero la tuya. Lo que oigo no me basta.

Es un trato muy exquisito, de un respeto muy grande.

–¿Qué oigo de ti? Lo mejor es que tú me muestres las cuentas porque sabes, si yo sé que tú me estas defraudando, te voy a despedir.

«Entonces el mayordomo dijo dentro de sí:

»–¿Qué haré?, que mi señor me quita la mayordomía.» (Lucas 16:3)

Luego el mayordomo está convencido y seguro que está defraudando.

–Si me descubre las cuentas me quita la mayordomía, ¿qué haré? Emplearme como bracero, yo no estoy acostumbrado a eso, no sé, no puedo, soy demasiado mayor, o es un trabajo durísimo, o no lo sé hacer, y mendigar tengo vergüenza, porque yo hasta ahora me he codeado con la gente bien del pueblo, cuando paso a inspeccionar las haciendas de mi señor una vez cada tres meses, y charlo en el café con los amigos y todo esto... ¿Cómo voy a ponerme a mendigar?

Y el hombre empieza a pensar qué hacer.

«–Ya sé lo que haré...» (Lucas 16:4)

Entonces llama a los deudores y les dice:

–A ver ¿Cuánto te dije que debías a mi dueño?

Y aquel le replica:

–¡Es que me pides demasiado!, ¡los años han sido fatales!, ¡nada más y nada menos que cien barriles de aceite!

–Pues nada, siéntate y escribe cincuenta.

Con un guiño en el ojo.

–Tú no digas nada, tú escribe cincuenta

Sin darle explicaciones.

Y se va el otro:

–Y tú, ¿cuánto ponía en tu papel que debes a mi dueño?

Y las preguntas estas no son inocentes, si les pregunta es porque tiene un plan en mente:

–¿Cuánto pone ahí?

–Cien coros de trigo.

–Anda pues –un guiño–, «toma tu obligación y escribe ochenta» (Lucas 16:7).

El caso es que con eso cuando el señor pasa las cuentas alaba al mayordomo, porque ha obrado correctamente.

–Lo que me habían dicho de ti es mentira, eres un mayordomo fantástico, estupendo.

¿Cómo es posible? ¿Es que esta vez el mayordomo engaña otra vez aún más al dueño? ¿Cómo es posible que el dueño felicite a este mayordomo por haberle estado aún más? ¿O es que no lo estamos entendiendo bien? Para entender la parábola vamos a ver un poco el medio cultural y pienso que encontraremos exactamente su sentido.

Los deudores son sencillos arrendatarios que han alquilado sus tierras a un gran señor. En la época del Imperio Romano es muy corriente que, en pago a los militares, se les concedan sencillamente tierras expropiadas en la Galia, en Lusitania, en el Norte de África, en la Tarraconensis y en cualquier otra provincia. Se expropia una inmensa propiedad o tierras que están sin cultivar y se dan a un militar en premio a su servicios, porque el Imperio Romano no tenía dinero para pagar a los soldados.

¿Cuánto son las deudas? Los arrendatarios han convenido con el señor en pagar un tributo X por la explotación de la tierra. Son, si queréis, empresarios. Cien batos de aceite corresponden al producto de unos 150 olivos, lo que equivale aproximadamente a una propiedad bastante moderada. Se ha calculado que es lo que cabe en dos hectáreas; es una propiedad modesta. El bato, esta medida de aceite son 36 litros, es decir, este hombre debía entregar al señor 3.630 litros de aceite, lo cual no está mal como tributo. Son tres toneladas y media de aceite, está bastante bien, sobre todo porque el aceite fue siempre muy caro, especialmente el aceite de oliva virgen exprimido en frío. En aquel tiempo no existe más que ese. El segundo deudor debe 100 coros de trigo, el coro son 273 kilos, es decir, este hombre debe una renta anual de 27.730 kilos de trigo, es decir debe 27 toneladas de trigo, se trata de una explotación seria, unas cuarenta y dos hectáreas, una extensión bastante grande.

Al del aceite le rebaja el 50 por ciento y al del trigo solamente el 20 por ciento. ¿Por qué? Hay una razón muy sencilla. El rendimiento del trigo en los países mediterráneos, donde no hay nunca o rara vez temporadas de lluvias espectaculares, es bastante regular, cada año se produce más o menos el mismo trigo. Se sigue un sistema de barbechos que permite que siempre se siembre en tierras descansadas, que permiten un rendimiento bastante regular, o sea que haya una diferencia de un 20 por ciento de un año para otro es comprensible, más sería ya sospechoso. Sin embargo, en el rendimiento de los olivos no ocurre lo mismo. Hay olivos, muchos, que son como algunos dicen en el lenguaje campesino *carañeros*, o sea que producen aceite unos años mucho y otros poco. Entonces una oscilación de hasta un 50 por ciento era técnicamente posible.

Ahora, ¿qué pasa aquí cuando va el mayordomo les hace cambiar a los deudores con su propia escritura unas deudas que el mismo mayordomo parecía no tener muy claras? Para poder entender la parábola hemos de entender el sistema de control que había en la época. Era el siguiente: el dueño tenía un libro que debería ahora cuadrar cuando él lo compare con los libros de los deudores, para que él pueda verificar que las cifras son

correctas. Eso se llamaban los «*heirógrafon*» (χειρόγραφον). Es decir, eran documentos firmados y escritos de la propia mano de aquel que se comprometía a pagar cierta cantidad, luego esos textos no los puede tocar el mayordomo, tiene que cambiarlos quien lo ha escrito, él mismo. Y tiene que escribir ahora un nuevo documento que diga que él se ha comprometido por tanto. ¿Qué ha pasado aquí? Que el señor tiene unos libros de cuentas, en los que figuraba que a uno había que recogerle anualmente 80 coros de trigo y al otro figuraba que había que recogerle anualmente 50 batos de aceite. ¿Qué pasaba entonces? Las cuentas del dueño al compararlas con las de los deudores, corregidas, ¡están bien! El fraude del mayordomo es que estaba exigiendo más que el dueño. Y la diferencia que había entre lo que el dueño exigía realmente y lo que los arrendatarios daban, esa diferencia de un 50 por ciento y de un 20 en el otro, iba a parar a la cuenta de un banco (en Suiza o en Luxemburgo), del mayordomo infiel.

IV.2. Lección de esta extraña parábola

¿Qué pasaba aquí?, ¿por qué Jesús utiliza esta extraña parábola, para dar una lección también a sus discípulos? La razón está dada inmediatamente en el mismo versículo: «El señor alabó al mayordomo malo por haber hecho discretamente» (Lucas 16:8). ¿Es que la alabanza está en haber estafado?, ¿o en haber rectificado la estafa? ¿Es que el dueño está alabándole por haber robado a los arrendatarios durante el tiempo que fuera?, ¿o por haber dejado de robar de una vez? La parábola no la podemos entender a no ser por esta segunda posibilidad.

Lo que alaba el dueño es que este hombre deje de robar, que este hombre por fin se porte como debe. Y dé ante los arrendatarios la imagen real del dueño, no de un tirano expropiador, sin entrañas, sino que muestre la parte de un contrato comprensible y razonable.

Lo que el mayordomo tiene que hacer es dejar de quitarles a esos arrendatarios lo que en el fondo les pertenece. Por eso la punta de la parábola está ahí. Jesucristo está hablando en estas parábolas –sobre todo ésta y la que sigue–, en parábolas alarma, de advertencia, en las que hay un paso de cuentas, un ajuste de cuentas. Este ajuste de cuentas ante las responsabilidades de los dirigentes, Jesús las dirige a Israel:

–Vosotros habéis tenido que administrar al pueblo, habéis estado defraudando a mi pueblo. Habéis estado defraudando con los bienes sobre los cuales os ha puesto el Señor.

La primera lectura de la parábola, el contexto teológico es muy claro.

–Los dirigentes de Israel habéis oprimido al pueblo, lo habéis privado de unos bienes que sin embargo Dios sí quería que le llegaran, pero vosotros los habéis retenido y el pueblo ha tenido una imagen equivocada de Dios.

Pero este riesgo de administrar mal los bienes divinos, Jesús lo propone también a los discípulos y les dice:

–Vosotros también corréis el riesgo de administrar mal las cosas de Dios.

La parábola se termina con un final feliz, es un *happy end*. Hay tres grupos de personas felices en la parábola y que al principio estaban los tres desgraciados. Al principio los arrendatarios estaban maldiciendo al dueño y a su mayordomo por la carga tan exagerada que les habían puesto. El mayordomo estaba maldiciendo su suerte que le han pillado en falta, y que alguien le había ido con el cuento al señor. Y el señor está disgustado con el mayordomo porque no quiere que le defraude. Al final de la parábola los arrendatarios tan contentos, no saben muy bien de qué va, pero saben que les han hecho una gran rebaja, no saben porqué, pero están contentos. El mayordomo está contento porque no le han pillado, *in extremis* ha arreglado los libros de cuentas. Y el dueño está contento porque el administrador finalmente ha hecho lo que debía.

¿Cuál es la lección de todo esto para nosotros? La lección, el texto mismo nos la va a dar: el señor alaba al mal mayordomo por actuar por fin correctamente.

–«Porque los hijos de este siglo son en el trato con sus semejantes, más sagaces que los hijos de la luz.» (Lucas 16:8)

La idea de Jesús es la siguiente:

–Responsables de Israel, está llegando el tiempo de pasar las cuentas, el Mesías ya ha venido y con él el juicio de Israel, y vosotros estáis defraudando al Señor porque Él os ha confiado una tarea que no habéis hecho; estáis defraudando al pueblo y estáis de una manera tan tontamente obcecada en vuestra situación, tan convencidos de que lo hacéis bien –es el peligro horroroso de la buena conciencia–, que no os dáis cuenta que se os está acabando el plazo de la gracia.

La parábola tiene una dimensión escatológica muy clara en ese sentido: los hijos de este mundo, los banqueros, los arrendatarios, los administradores, etc., estos hombres, saben muy bien cómo arreglárselas para no perder el cliente o para salvar la situación. Y a veces actúan con más sentido común que los religiosos. Porque les conviene más, sencillamente ¿Será posible que nosotros los creyentes seamos tan tontos que ni siquiera por interés propio sepamos arreglar las cosas bien? ¿Llevarnos bien con los demás y con Dios, aunque sólo sea por egoísmo? Lo que el Señor está deseando es que aunque sólo fuera por egoísmo, ¡ponernos en paz con Dios!, ¡ponernos en paz con nuestra propia responsabilidad!, ¡dejar de administrar mal!

Esta parábola está seguida de una serie de moralejas. Algunos comentaristas se preguntan si todas fueron dichas por Jesús a la vez, o si los apóstoles las pusieron juntas porque se las oyeron a Jesús en otras ocasiones. ¡Qué importa! Como las tenemos juntas, vamos a estudiarlas juntas, porque creo que todas cuadran perfectamente bien. Y aquí viene la primera exhortación: «Hacedos amigos», y aquí, yo lo siento mucho, voy a abrir un pequeño paréntesis.

Cuando yo digo a veces que el texto bíblico puede tener otra lectura o que en el original eso se entiende un poco mejor, de verdad que no lo digo para sembraros la duda sobre la Biblia, sino totalmente al revés, la Biblia es totalmente fiable en todo lo que dice. Lo digo sencillamente por deformación profesional. Tenéis que comprender que al estar enseñando más de veinte años griego del Nuevo Testamento algo he tenido que aprender. Y entonces es normal que en mi lectura, soy curioso, cada vez que voy al texto si encuentro que es más rico en el original que en mi traducción, ¿cómo voy a guardármelo para mí y no compartirlo con vosotros? Pero eso no es para deciros que ahora hace falta saber griego para entender la Biblia. ¡No

es verdad!, la Biblia se puede entender perfectamente sin eso. Pero si yo he conseguido encontrar un matiz que está en el texto original y al que el traductor no le ha dado importancia, porque cada uno también traduce desde su pretexto, si yo consigo comunicarlo y a mí me parece que vale la pena, pues lo digo por eso nada más. Fin del paréntesis.

Pues bien aquí tengo que deciros, otra vez, que la traducción, esta vieja que yo tengo, me gusta menos que otras más modernas: así lo digo de una manera menos traumática para vosotros, ¿no?, me gusta menos que otras; dice la mía: «Haced amigos de las riquezas de maldad para que cuando faltareis, os reciban en las moradas eternas.» «Haced amigos de las riquezas de maldad», es una frase que en los tiempos de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera se entendía bien. Pero hoy corro el riesgo si la digo así, de dar a entender que el Señor me está animando a que me haga amigo de las riquezas, incluso no de las riquezas limpias, sino de las riquezas de maldad. Pero el texto no dice que me haga amigo de las riquezas, y espero que algunos de vosotros tendréis otras traducciones mejores que esa. Tengo aquí una que es la *Biblia de Jerusalén* que dice: «Haced amigos con las riquezas injustas.» Las riquezas injustas como medio para ganar amigos, pero los amigos son otras personas, los amigos no son las riquezas. Haced amigos a partir de las riquezas injustas. Incluso la *Nueva Biblia Española* llega a traducir: «Ganad amigos dejando el dinero injusto...», lo cual también es posible porque hay un (ek) «ek» que indica la separación, «[...] así cuando esto se acabe os recibirán en las moradas eternas» (Lucas 16: 9).

Lo que aquí el Señor quiere decir, creo que eso está claro, es que estáis en una situación de responsabilidad como mayordomos. Los dirigentes de Israel en su tiempo y los discípulos en el futuro:

–Cuando estéis en una situación de responsabilidad, aprovechad esa circunstancia que es injusta porque ninguno de vosotros merecáis dirigir a mi pueblo. Aprovechaos para ganar amigos, no utilizéis vuestra posición de privilegio de administradores para encima fastidiar a la gente para haceros enemigos. Haced como ha hecho el mayordomo: dejar de robar, y llevarte bien con esas personas que estás administrando porque cuando os falten, son ellos los que os tienen que recibir en las moradas eternas. Es decir, en las moradas eternas las cosas no pasan como aquí y vosotros que aquí tenéis la prioridad y sois los que a veces dais audiencia o no dais audiencia a los demás. En las moradas eternas son ellos los que se tienen que dignar recibirlos o no. Es decir que las cosas se van a trastocar, son ellos los que os van a recibir, porque ellos ya, no por el hecho de ser pobres sino por el hecho de ser salvos, tienen prioridad, sois vosotros los que a lo mejor no lo sois.

Es una parábola muy dura, de una puesta en guardia grave sobre la responsabilidad del administrador de los bienes de Dios.

En realidad en el texto eso lo encontraremos más tarde: «No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Lucas 16:13). Si tenéis biblias más antiguas, encontrareis que la palabra que pone ahí es una palabra que a veces suena muy fea en algunas partes de España. Es la palabra «mamón».

«No se puede servir a Dios y a las riquezas.» Literalmente el texto griego pone: «No se puede servir a Dios y a Mamón», y cada vez que sale la palabra «riquezas» pone esta palabra que es un término arameo que Lucas no ha querido traducir, porque en arameo era muy rico. Era una expresión que existía en Israel para describir la riqueza.

za o el dinero, la propiedad y las posesiones como ídolo. «Mamón», define a las riquezas como ídolo. Es una frase muy negativa y la palabra utilizada tiene una carga despectiva tremenda.

–Vosotros tenéis que aprovechar una situación en la que tenéis unas riquezas que no son vuestras, eso quiere decir injustas, no os pertenecen, estáis administrándolas, porque es imposible servir a Dios y al dinero como ídolo.

Es muy curioso que esta palabra, la palabra «mamón» era una palabra utilizada, construida por los rabinos, imagino, jugando –os juegos de palabras, es la gran debilidad y el gran placer de las exégesis rabínicas–. Y la palabra está construida con la raíz (אמן) «amán» que da la palabra «fe». Es decir una persona podía tener fe, entonces ellos jugaban; hay quien tiene fe y hay quien tiene dinero, pero es la misma palabra haciéndola terminar de otra manera. Jesucristo juega con estas palabras, no se puede tener fe en Dios y en el dinero a la vez, por lo menos la fe total y absoluta. De aquí: «Ninguno puede servir a dos señores –plenamente– porque aborrecerá al uno y amará al otro, o se allegará a uno y menospreciará al otro. No podéis servir –y aquí utiliza una expresión que significa rendir culto–, a Dios y a las riquezas –a la vez–» (Lucas 16:13). Pero estas riquezas son este *mamón* que viene de la raíz de *amán*, la misma palabra que *amén* (אמונה) «*emunah*», que significa en lo que estoy seguro, en lo que yo más creo, en lo que me resulta más firme, en lo que estoy más de acuerdo. Entonces no se puede creer en Dios, el *Amén*, y en el *amón* o el *Mamón*.

La parábola nos pone en guardia ante las circunstancias de la vida en la que nosotros tenemos que administrar algo que no nos pertenece, y administrar lo que no nos pertenece hay que hacerlo con una fidelidad total.

–«El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.» (Lucas 16:10)

Aquí dice:

–Si en las malas riquezas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará las verdaderas? Si en vuestros bienes materiales, no trabajáis como administradores de Dios, en los bienes espirituales es muy probable que tampoco lo hagáis. ¿Quién confiará en vosotros? Ya no me fío de vosotros.

Como individuos, queridos hermanos, y como iglesia somos los gerentes de Dios y de sus bienes. Nuestro mayor peligro es olvidar que nuestra vocación es el servicio. Y no os voy a hacer una conclusión moralizante sobre que tenemos que ser más fieles en el pago del diezmo y todo esto, eso ya lo sabéis; la parábola no habla de eso. La parábola nos dice que el servidor que se olvida de quién es su amo se olvida del respeto a los demás seres humanos, se olvida de que la única vocación que a Dios le interesa, confiándonos sus bienes, es la vocación de servicio. ¡Qué pena cuando nuestra gestión se limita a una pura «digestión»! Quien vive de los tesoros de Dios, de sus riquezas, no puede cometer la injusticia de privar a otros de ellas. Y no puede cometer la injusticia de provocar en vez de la amistad hacia Dios, la enemistad. Por eso en esta parábola el ganar amigos es tan importante.

Hay gestiones de la religión, hay maneras de presentar la religión que provocan, yo creo que a veces incluso un odio justificado contra Dios. Porque si presentamos a Dios como este dueño tirano que nos exige lo que no podemos darle, no nos extrañemos si hay mucha gente que no quiera servir a ese Dios. Yo ya hace tiempo que no quiero servir a un Dios que se me presentaba algunas veces, por gente muy bien intencionada a la que quiero mucho, pero que probablemente no se dieron cuenta de que en vez de proponerme al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, me proponían a un monstruo horroroso al que yo no quiero ver ni en pintura.

Dios denuncia esta situación de injusticia, porque con ella privamos a otros de conocer quién es Dios. Y Dios denuncia porque no sólo oye nuestras oraciones sino también oye los silencios de los demás o las maldiciones de los demás. Y yo creo que para Dios es un grito tan doloroso y que le gustaría tanto poder responder algunas de nuestras oraciones, como las maldiciones contra Dios que algunos lanzan, porque las personas que han conocido no les han permitido hacer otra cosa que maldecir de Él. Y esas maldiciones de no creyentes, o los silencios o las dudas de sus propios hijos, a Dios le hacen tanto daño que nos ha dado esta parábola para que nos lo tomemos en serio.

Hasta vivir en un círculo cerrado ya es dilapidar los bienes que Dios nos ha confiado. Hasta la torre de marfil religiosa de este dirigente que a lo mejor no hacía nada malo, para Dios ya es una verdadera estafa. El que nos dediquemos a «digerir» en vez de gestionar los bienes de Dios, para Dios ya es algo que nos va a pedir cuentas. Dios nos dice: da cuentas, enséñame las cuentas. El monólogo del gerente es una toma de conciencia de que si no administra los bienes de Dios es un incapaz y un inútil. Yo creo que el monólogo del gerente es para cada uno de nosotros, puesto que Dios nos ha confiado a todos unas riquezas que nos han caído del cielo, unas riquezas espirituales, una vida, unas circunstancias que nos han permitido tener unos privilegios que otros no tienen. Pues el monólogo del creyente es que o yo tomo conciencia de que mi deber es ganar amigos o bien estoy siendo un siervo inútil e incapaz. Y es la primera vez en el monólogo de este mayordomo en que él se da cuenta de que los demás existen. Pero es una ironía cruel que el mayordomo descubra la existencia del olivadero y del granjero del trigo, no para ayudarles, sino para que ellos le ayuden a él. Y se da cuenta de que existen, no porque ellos lo necesitan, sino porque él los necesita a ellos.

Nosotros tenemos un ministerio queridos amigos, maravilloso, que es el ministerio de compartir la alegría, compartir la salvación que hemos encontrado en las tres parábolas anteriores. Y en este encuentro con la gracia, automáticamente nos convertimos en gestores de la gracia, en mayordomos de ella. Cuando la gracia no la hacemos pasar a otros, entonces estamos en la situación del mayordomo infiel.

Es curioso que en ningún momento de la parábola Dios juzgue sus intenciones, porque a lo mejor el hombre ni se había dado cuenta. Dios juzga sus relaciones. Esas relaciones, por cálculo, por interés, porque finalmente se da cuenta de que ha obrado mal, le ayudan a rectificar. El Señor hoy no nos pide nada más que eso. Si tu te das cuenta hoy de todo lo que Dios te ha dado, podrías transmitirlo más, que a lo mejor en tu vida, en lo que estás viviendo estás defraudando no permitiendo que estos bienes lleguen a alguien. Es el momento que empieces a decidirte a ganar amigos. Eso es todo lo que el Señor nos dice en esta parábola, y no me parece poco.

Queridos amigos, que Dios os bendiga, que Dios me bendiga a mí, para que hagamos amigos a través de estas riquezas que el Señor nos ha confiado, para que cuando nos falten, ellos nos reciban en las moradas eternas, donde yo quiero encontrarme con todos vosotros y con todos los amigos que vosotros y yo ganemos por la gracia de Dios.

V. Culto de sábado. Parábolas de ayer para vivir hoy. El reino de Dios, ¿a qué es semejante hoy? Mateo 13

Los encontramos ayunando, hasta quedarse casi en poco menos que en los huesos, en algunos monasterios de Oriente. Los encontramos gastando todos sus ahorros para ir en peregrinación a La Meca. Los encontramos llevando un cilicio y azotándose las espaldas todos los viernes del año. Los he encontrado andando descalzos, acercándose a Lourdes, o a Fátima. Mi esposa y yo conocimos en Roma, en un seminario católico, a unos jóvenes brasileños –que mi esposa, que era entonces jovencita,, decía que no conocía a ningún artista de cine más guapo que ellos– que con una sinceridad que nos pasmaba nos confesaban no tener vocación al celibato; decían que se sacrificarían si el papa no cambiaba las normas.

¿Qué tienen en común todos estos religiosos, estas personas, los más religiosos de la humanidad? Tienen en común que son fieles practicantes de la religión del sacrificio.

La palabra «sacrificio», como toda moneda, tiene dos caras. Una positiva, admirable; todos admiramos los grandes sacrificios. Y otra cara lóbrega, dolorosa, que nos recuerda la renuncia, el esfuerzo y la frustración.

Atraídos por el aspecto positivo del sacrificio, por el prestigio que los grandes sacrificios suscitan, hay millones de seres humanos en todas las religiones que renuncian a las cosas que más aman en la vida, a veces incluyendo la familia, los amigos, el matrimonio o sus posesiones, buscando agradar de alguna manera a un Dios extrañamente exigente.

¿Qué pide Dios? ¿Cuál es el ideal de Dios para nosotros? Esta cuestión ha torturado a los mejores hombres y las mejores mujeres a lo largo de la historia.

El reino de Dios del que hablan las parábolas, ¿será en realidad el reino del sacrificio?

–¿Qué puedo hacer?, ¿en qué me puedo sacrificar para agradar a Dios? Si le agrada que le ofrezca una oveja, sin duda le agradará mucho más que le ofrezca diez. Y si en vez de ofrecerle diez, le ofrezco cien, ¿no será mucho mejor? Y si le ofrezco mil, ¿no será esto más aceptable? Y ¿si le doy lo que más amo en el mundo? Mi propio hijo. Sin duda que cuanto más me sacrifique, seré más querido por Dios, más religioso.

Ésta es en el fondo la teología de base de la religión del sacrificio. Y esta creencia, queridos amigos, trasciende todas las denominaciones sin excepción, unas más y otras menos.

Hasta en la religión de la Biblia, porque en la religión de la Biblia hay mucho de sacrificio. Hasta el cristianismo en todas sus formas, naturalmente hasta en nuestra propia Iglesia. Todos podemos entrar, en un momento u otro de nuestra vida, en el área prestigiosa, pero de fronteras nebulosas del sacrificio. Y cuanto más nos metemos en ella, más religiosos nos sentimos.

A menudo, cuanto más fieles nos creemos tanto más dispuestos estamos a exigir el sacrificio de nosotros y de los demás.

Yo conozco casos, bastantes, en que guardar el sábado ha representado para muchos un profundo sacrificio. Dar el diezmo, o devolver el diezmo a Dios de sus entradas, es para algunas personas en algunos momentos, un tremendo sacrificio.

Recuerdo un caso, una persona que estaba pasando un momento muy difícil en su vida, pedía opinión a otra persona más veterana en la iglesia, y aquél decía:

–Pues tienes que darlo, sino no sabes lo que te podrá llegar a pasar.

Conozco un hombre al que aprecio muchísimo, que llorando me decía:

–Pastor, yo no puedo dejar de fumar, yo creo en el Evangelio, yo amo a Jesús, yo quiero pertenecer a la iglesia, pero yo no puedo dejar el tabaco, no puedo. Es un sacrificio que no puedo con él.

Yo conozco a una señora muy mayor que ha vivido toda la vida sacrificándose, una frustración tremenda, para no adornarse las orejas. Y es después de cumplir setenta y cinco años, que por fin se las ha perforado. Y dice:

–Por fin he podido salir de la represión de este sacrificio.

Reales y ficticios, los sacrificios, absurdos o admirables, están ahí. Y la mayoría de nosotros los hacemos, o nos forzamos a hacerlos, apelando a nuestros más profundos y sinceros motivos religiosos.

El reino de los cielos del que nos habla Jesús en las parábolas, ¿será el reino del sacrificio?

Según los diccionarios, etimológicamente se llama sacrificio a un acto mediante el cual un ser humano convierte algo en sagrado, ofreciéndolo a Dios. Sacrificar significaba hacer sagrado. Esto podía incluir un objeto, dar un cordero en sacrificio. Podía ser una acción, subir al templo. O podía consagrar a una persona, un primogénito. Generalmente, en términos bíblicos, a el sacrificio se puede definir como una ofrenda entregada a Dios y así sustraída a todo uso profano, sea mediante la destrucción (por ejemplo el quemar un cordero, un holocausto), o sea mediante el abandono de su uso (por ejemplo el celibato). Así que podríamos definir el sacrificio religioso como el acto de renuncia o privación voluntaria, con la intención de obtener el favor divino o alejar su ira.

La eficacia del sacrificio se supone en relación directa con el valor o el coste de lo ofrecido. Cuanto más costoso el sacrificio, más aceptable.

V.1. Tipos de sacrificios en el Antiguo Testamento

En la Biblia encontramos varios tipos de sacrificios, actos rituales que consisten en ofrecer a Dios algo que está en el poder del donante.

Ya sea *un tiempo de la vida*, por ejemplo los nazareos (Números 6).

Ya sea *para agradecer algo a Dios*. Como en 1 Samuel 6, el caso del regreso del arca que ha estado prisionera de los filisteos. Cuando llega el arca traída por las vacas

en un carro, cogen a los pobres animalitos, los sacrifican y los queman con la madera del carro.

El *sacrificio para pedir un favor a Dios*. Es el caso de Jefté y su hija (Jueces 11). Jefté está encargado de la responsabilidad de proteger a Israel y surge una pelea en la que la lucha es tan difícil que en un momento dado Jefté dice:

–Señor, si me sacas de este problema yo te ofreceré la primera persona de mi familia con quien me encuentre.

Es muchísimo más cómodo ofrecer a alguien de la familia que a uno mismo, pero en fin, así funcionan algunos.

Cuando el hombre llega de la guerra, corriendo llega su hijita a darle un abrazo:

–Hija mía, a ti te ha tocado.

Según dice la historia de Israel, el sacrificio era sencillamente hacerla «monjita», es decir, que no la casaría. La Biblia nos cuenta que todos los años las hijas de Israel iban a llorar con ella, a hacerle compañía durante unos días, para hacerle más llevadero el sacrificio decidido por el padre.

El *sacrificio para expiar las faltas cometidas* (Levítico 4). La mayoría de sacrificios instituidos en el sistema levítico son sacrificios de expiación, en el fondo sacrificios simbólicos.

En el Antiguo Testamento el sacrificio es una noción muy importante, muy presente, muy abundante, con una tremenda legislación sobre ella.

¿Qué pasa con el Nuevo Testamento? ¿Qué ocurre en la Nueva Alianza?

V.2. El sacrificio en el Nuevo Testamento

Es curioso que en el Nuevo Testamento la palabra *sacrificio* es muy rara. Entre los miles de palabras que hay en el Nuevo Testamento, sólo aparece 28 veces. De ellas más de la mitad, quince, en la Epístola a los Hebreos para decirnos que el sacrificio de Cristo es mejor que todos los demás, que hay un sacrificio ofrecido de una vez y para siempre. La Epístola a los Hebreos utiliza siempre la palabra sacrificio en un sentido como algo superado plenamente, no como algo que se exige a nadie, sino como algo que ha sido realizado de una vez y para siempre por Jesús.

La palabra sacrificio en el Nuevo Testamento aparece:

15 veces en Hebreos.

1 vez en Pedro.

2 veces en los Hechos.

5 veces sólo en las 14 Epístolas de Pablo.

5 veces sólo entre todos los Evangelios.

Cosa curiosa, en ningún libro de Juan la palabra sacrificio es mencionada.

V.3. Los sacrificios y Jesús

Jesús que vino a enseñarnos cómo entender la religión, nos habla sobre todo del reino de Dios. Y cada vez que habla de los sacrificios, que son rarísimas (sólo tres), esas veces es para proponernos algo mejor. En el fondo esas tres veces el sacrificio está mencionado como algo inferior a otra propuesta. ¿Será entonces que el reino del que habla en sus parábolas nos propone algo mejor que el sacrificio? ¿Será posible encontrar en la vida espiritual alguna motivación religiosa más sublime que el sacrificio? Pues sí, eso es lo que dice Jesús. Y vamos a encontrarlo en unos textos de dos episodios de la vida de Jesús en los que él nos dice muy claramente que él nos propone algo superior incluso al sacrificio.

V.3.1. El llamado de Mateo

Veamos el primero de estos pasajes: Mateo 9:9-13 se trata del llamado de Mateo:

«Jesús cuando salió de allí, vio a un hombre, llamado Mateo, sentado en la recaudación de impuestos, y le dijo:

»—Sígueme.

»Y él se levantó y le siguió.» (Mateo 9:9)

Y Mateo hace un tremendo banquete.

«Cuando Jesús estaba sentado a la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y pecadores y se sentaron junto con Jesús y sus discípulos. Cuando los fariseos lo vieron preguntaron a sus discípulos.» (Mateo 9:10, 11a)

A los fariseos Jesús los intimidaba, a los discípulos no tanto, sobre todo cuando tenían que hacer críticas. Eso es muy común desde los tiempos de los fariseos hasta hoy. Generalmente se suele hacer la crítica a espaldas de alguien y el concernido no se entera.

«Cuando los fariseos lo vieron preguntaron a los discípulos:

»—¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores?» (Mateo 9:11)

»—¿No se da cuenta de que ellos comen de todo?, ¿no se da cuenta de que ellos no se abstienen de nada?, ¿no se da cuenta de que beben lo que les ponen?, que fuman, incluso cosas raras, que escuchan músicas raras, que frecuentan locales mundanos, que dicen palabrotas, que tienen amiguitas y amiguitos raros, ¿no se da cuenta de que esos publicanos, esos pecadores, están totalmente pervertidos?

—¿Cómo no se abstiene de participar en esas orgías? ¿Por qué va con ellos? ¿Por qué no los deja estar?

Pero Jesús tenía un oído tremendamente fino, sobre todo cuando cuchicheaban los fariseos con los discípulos, que no sabían qué decir. Y Jesús les responde:

—¡Es que están enfermos! Están enfermos y lo que necesitan no es que venga el veterinario con toda su asepsia y les aseste la puntilla final, como a reses heridas e incurra-

bles. Ellos no necesitan la puntilla, lo que necesitan desesperadamente y urgentemente es un médico. Estoy aquí en un acto de servicio. Los sanos como vosotros no necesitan médico, lo necesitan los enfermos. Ya que sois tan estudiosos de la Biblia. «Id y aprended qué significa: “misericordia quiero y no sacrificio”. Porque no vine a llamar a justos sino a pecadores.» (Mateo 9:13) Id y leed Oseas 6:6. Y una vez que estudiéis a fondo Oseas 6:6, venís y me decís qué quiere decir: «Yo prefiero la misericordia al sacrificio». O lo que dice la Biblia que es mucho más categórico: «Misericordia quiero, y no sacrificio».

¡Es terrible que Jesús ni siquiera le deje un poco de valor al sacrificio! Y diga:

–Lo que yo quiero es misericordia. Sacrificio, sobre todo cuando se trata de sacrificar al otro, eso no.

¿Será que el reino de los cielos no es la religión del sacrificio, sino el reino de algo superior al sacrificio?

V.3.2. «El Hijo del hombre es Señor del sábado»

Vayamos un poco más adelante, pasemos sólo una página o dos de la Biblia. Porque los fariseos se han ido a estudiar Oseas 6:6. Y Jesucristo ha seguido comiendo con publicanos y pecadores, recetándoles cosas para que se curen.

Y Jesucristo sigue su terapia formidable, resucitando a muertos espirituales y curando a ciegos y a sordos espirituales.

Esta vez es un sábado por la tarde. Mateo 12:1-7:

«Por aquel tiempo Jesús pasó por los sembrados en sábado.» (Mateo12:1a)

El texto es bien conocido. Los discípulos son jóvenes.

Yo tengo una tesis, que me parece muy irrefutable, de que los discípulos eran todos muy jóvenes. Por eso cuando veáis cuadros con los discípulos más calvos que yo, y con barbas hasta la cintura, decid de mi parte que está mal. En realidad un judío de la época de Jesús no seguía a un maestro más joven que él. Y los primeros discípulos, cuando Jesús no tenía todavía ningún alumno, cuando Jesús volvía de las tentaciones en el desierto, aquellos discípulos de Juan que siguen a Jesús no lo hubiesen seguido si hubiera sido más joven que ellos.

En fin, yo pienso que los discípulos son muy jóvenes, muy sanos, muy normales, y tienen muchísima hambre. Han estado en la sinagoga, porque la Biblia nos dice que Jesús los llevaba a la iglesia como tenía costumbre todos los sábados. Y podemos decir que Jesús no iba a la sinagoga solamente por lo muy enriquecido que salía de los sermones rabínicos. Porque Jesús no tenía la mentalidad consumista que tenemos nosotros.

–Yo doy mi ofrenda, ¡y ahora me merezco un sermón de categoría!

Jesús, que no tenía esa mentalidad consumista, iba a participar y a compartir. Y así, a veces, puesto que estaba allí, le podían hacer leer y él podía comentar el texto bíblico. Jesús tenía otra visión del sábado y de la vida.

Pues bien, ese sábado han estado en la sinagoga. El pueblo de Israel consideraba que la hospitalidad era una de las virtudes máximas. La norma era que a los extranjeros, o a los extraños, el sábado se los invitaba a casa, porque el sábado en aquella época en Israel era el día en que se tenía que comer mejor. Los ayunos en sábado estaban prohibidos –nosotros estamos en una situación paralela, pero no estamos en la misma órbita– porque el sábado era el día de delicias, agradable al Señor, y aún todavía en los medios judíos muy fieles al sábado hay que hacer una comida especial.

Pues bien el sábado no se podía dejar a alguien que estuviera todo el día haciéndole ruidos el estómago. Sin embargo, Jesús y sus discípulos habían visitado una famosa sinagoga, se habían tenido que retirar tranquilamente a los campos donde las espigas por suerte estaban empezando a estar maduras. Los discípulos de Jesús hicieron algo que yo hacía cuando era pequeño, cuando no existía todavía el chicle: cogíamos los granos de trigo, se desgranaban, se machaca en la boca y se saca el gluten, y se hace una especie de chicle, que es casi proteína pura, y algo alimenta. Así los discípulos están entreteniéndose el hambre en el fondo, porque no pueden estar devorando granos crudos, con lo duros que están los granos en la Palestina meridional.

Los discípulos están arrancando algunas espigas, cosa que es totalmente legítima porque ellos son pobres, además había unas esquinas del campo reservadas para los pobres. Imaginad la cantidad que necesitarían para llenarse simplemente la boca, una espiga más otra espiga.

Pero están siendo espiados:

«Al verlo los fariseos –detrás de los trigales– dijeron: ¡Qué horror! Tienen hambre y no se aguantan ¡Ni siquiera en sábado! –¡ah! esta vez la falta es tan grave que hasta se atreven a llamarle la atención a Jesús cara a cara–:

–Tus discípulos hacen lo que no está permitido hacer en sábado.» (Mateo 12:2)

Están arrancando espigas, es decir: arrancar, cortar, romper, moler, triturar, machacar...; lo menos siete de las treinta y nueve acciones prohibidas en sábado.

–Si comieran otra cosa, pero precisamente espigas, y además se nota de lejos, hasta nosotros que hemos venido «por casualidad» por el camino, los hemos visto.

–Los hemos pillado *in fraganti*.

Yo me imagino a Jesús con una sonrisa, yo casi me la imagino hasta socarrona, diciendo:

–Es que tienen hambre, ¡es que tienen hambre!

Y claro, los otros se quedan cortados, y les dice:

–Bueno, mirad, os voy a dar un argumento más bíblico que el que tengan hambre.

«Les dijo:

»-¿No habéis leído qué hizo David cuando él y los suyos tenían hambre?» (Mateo 12:3).

David y los suyos cuando tenían hambre hicieron algo mucho más gordo, entraron en la casa de Dios y se zamparon los panes de la proposición, que no les era permitido comer ni a él ni a sus compañeros, sino sólo a los sacerdotes. Se comieron el «bocadillo» de los sacerdotes en día de sábado.

Y sin embargo, la tradición de Israel no lo cuenta como otro pecado de David, como una debilidad de la carne. ¡No! La tradición de Israel cuenta que hicieron muy bien, porque David era el ungido. Ungido sabéis que significa «el mesías de Dios». Era el ungido, y él y los suyos tenían una misión que cumplir. Y así cuenta el Midrash de Israel: David y los suyos comieron de esos panes porque la misión mesiánica de David era superior al hambre de un día de los sacerdotes.

–Pero, mirad lo que ocurre, no os dáis cuenta que si yo soy coherente conmigo mismo, yo que soy el Mesías -David era simplemente un rey-. Yo que soy el Mesías, los que me acompañan y me ayudan, ¿es qué no tienen tanto derecho de comer como David y sus soldados? No me he metido en el templo, ni me he metido en vuestras despensas, ¿es que no tendrán derecho de comerse las espiguitas que se caen aquí en la orilla del camino? ¿No os dáis cuenta de que bíblicamente ese rasgaros las vestiduras no tiene sentido?

–Pero tengo un segundo argumento bíblico, porque sé que para vosotros solamente ante dos testigos tiene que ser defendida cada causa, así que os voy a dar dos textos bíblicos. «¿No habéis leído en la Ley que los sábados en el templo los sacerdotes quebrantan el reposo del sábado y son sin culpa?» (Mateo 12:5).

¿Qué hacían los sacerdotes en sábado? Increíblemente, por si no lo habíais leído nunca, el relevo de los sacerdotes que se ocupan del templo por turnos, Dios no lo había instituido ni el lunes, ni el martes, ni el viernes, ni el domingo, ¡era el sábado! Y se venían de donde vivieran en Palestina, con todos sus bártulos cargados con el pan caliente que habían hecho esa noche, lo ponían allí en la mesa de la proposición, los otros se llevaban lo viejo, recogían sus trastos y se relevaban en sábado. Y, ¿por qué?, pues porque Dios tiene un concepto del sábado mucho menos tabú que nosotros.

Para Dios el sábado es el día del relevo mesiánico, el día en que yo me relevo de mis actividades de la vida y empiezo algo nuevo, empiezo un turno nuevo. Así se llamaba.

Y algunos de nosotros tenemos un concepto a veces tan cerrado, tan culpabilizante, tan sacrificial del sábado, que si los demás días nos levantamos a las siete para trabajar, el sábado a las seis. Con lo cual no nos damos cuenta que estamos transgrediendo el mandamiento, porque la única finalidad del sábado es la cesación y el reposo.

Pues bien, estos hombres han llegado con sus ideas allí y Jesús les dice:

–Si aquí hay alguien mayor que David, con mayor razón mis discípulos pueden comer espigas de un campo. «Pues aquí hay alguien mayor que el templo.» (Mateo 12:6)

–Si supieseis... si hubieseis estudiado bien Oseas 6:6, cuando os envié el otro día: «Si supieseis qué significa “misericordia quiero y no sacrificio”, no condenaríais a los inocentes» (Mateo 12:7).

Porque Jesús no considera que los discípulos han cometido una faltita juvenil, en fin, no muy grave, ¡no!, los considera totalmente inocentes.

–«Porque el hijo del hombre es señor del sábado.» (Mateo 12:8)

Si hubieseis aprendido lo que quiere decir la Biblia cuando dice «misericordia quiero y no sacrificio», no condenaríais a inocentes.

Aquí, y lo encontramos cientos de veces en los Evangelios, Jesús contrasta su manera de entender la religión y la Biblia con la de los fariseos. La una, sublime, formidable, admirable, la religión del sacrificio:

–¿Cuánto me martirizaré para ser más santo?

Sin embargo me encuentro con la maravillosa sorpresa de que Jesús me propone otra mejor: la religión de la misericordia y del servicio.

V.4. ¿Qué quiere decir misericordia?

¿Qué quiere decir misericordia?

En español la palabra misericordia viene de *miseria*, una palabra latina que significa «la desgracia», y de *cor, cordis*, el corazón. Es decir, es sentir en mi corazón la desgracia ajena. En el fondo podríamos definir la misericordia como la sensibilidad al dolor, la sensibilidad a la desgracia, o al sufrimiento del otro. Es toda actitud en que yo comprendo al otro o por lo menos intento comprenderlo. Es la disposición a aliviar una carga, a ayudar a cargar con un problema, a compartir el desamparo del otro.

En la Biblia, misericordia es aún una palabra más bonita que la del latín y eso que la del latín es preciosa. Viene de la palabra hebrea (תָּשַׁר) «*jeser*» que significa: «inclinarse hacia», en el sentido de que el otro me da tanta pena que yo me inclino hacia él, me pongo a su nivel, lo entiendo. Pero la mayoría de las veces como el hebreo es una lengua muy concreta y no hay casi palabras abstractas, utiliza una palabra en plural (רחמים) «*rajamím*», que significa simplemente: las entrañas. Tener misericordia en hebreo significa «tener entrañas». En español nosotros entendemos muy bien eso de «no tener entrañas» y «tener entrañas» porque aún hemos conservado de nuestra meridionalidad o de nuestras gotitas de sangre judía que puede que algunos llevemos todavía en las venas, ese aspecto concreto. Tener misericordia es tener entrañas. Las entrañas incluyen el seno materno, que en la simbología judía es lo más sensible, lo más dulce, lo más tierno...

En el fondo, la misericordia que Jesús nos propone no es la lástima distante de aquél que se siente irritado en su estómago ante algo que ve desagradable.

–¡Oh!, ¡que horror! ¡No miréis!

No, es ese amor entrañable, visceral, sensible al extremo ante el dolor del otro. Más que la compasión es la ternura. ¡Es el amor que hace daño!, ¡que duele aquí dentro y que no puede soportar que el otro sufra!, sobre todo injustamente.

Jesús nos viene a proponer la escalada de dos cúspides de la vida espiritual. El sacrificio, yo lo coloco muy alto, el sacrificio es admirable, no se puede desvalorizar en ningún momento. Pero Jesús me propone algo que está un poquito más arriba como ideal de mi conducta, no el sacrificio por el sacrificio, sino *la misericordia por la misericordia*. Y si queréis, si existe sacrificio que sólo sea por misericordia. Eso sí, las parábolas de Jesús, todas anuncian el reino de la misericordia. Yo diría que todo el Evangelio es la continua demostración de la superioridad de la misericordia sobre el

sacrificio, no una demostración de que el sacrificio es malo en sí, sino que el sacrificio sólo es bueno cuando tiene por motivación la misericordia. Pero como objetivo y como ideal en la vida la misericordia es siempre mejor.

V.4.1. Donar los bienes a Dios. Marcos 7:9-12

Es un texto que conocéis. Se refiere a la costumbre que había en Israel de donar todos los bienes a Dios.

¿Es qué podemos encontrar algo más bonito como actitud religiosa que dar todo lo que uno tiene a Dios? ¿No os parece que es precioso?

Pues bien, existían en Israel personas que daban todo lo que tenían a Dios, pero con una cláusula en el testamento:

–Yo dono todo lo que tengo al templo, pero lo guardo en usufructo mientras vivo.

Y así Jesús nos recuerda que había hijos que tenían papás mayorcitos que se hacían sus necesidades encima, que era muy desagradable limpiarles las babas continuamente, que había que darles de comer, había que recogerles lo descomido, etc. Estos hijos movidos por la religión del sacrificio, iban al templo y decían:

–Dono todo lo que tengo al Señor, pero me lo guardo como usufructo.

Y cuando los papás decían:

–Hijo, ¿cuándo podremos estar en tu casa?

–¡Ay!, papás lo siento tanto, pero es que yo no tengo nada, todo lo di al Señor.

Jesús dice:

–Invalidáis el mandamiento por vuestra ley del *corbán*, eso es abominación delante de Dios.

Es la religión del sacrificio en la que yo sacrifico a alguien. El gran riesgo de la religión del sacrificio es que cuanto más reprimida y más frustrada está una persona, más riesgo tiene de proyectar sus sentimientos sobre los demás. Y generalmente las personas más metidas en la religión del sacrificio sin misericordia, aplican a los demás el sacrificio sin misericordia. Y aquí Jesús nos dice, ¡cuidado! eso es invalidar la ley de Dios, a Dios no lo engañáis. A vuestros padres los engañaréis, pero a Dios no.

V.4.2. La mujer adúltera. Juan 8:1-11

Jesús nos presenta otro caso magnífico, del contraste entre la religión legal y la religión de la misericordia.

Aquella pobre mujer a la que le han preparado todo un montaje para cogerla en el acto, *in fraganti*. Mis amigos abogados me dicen lo difícilísimo que es probar un adul-

terio. Pues bien, allí lo habían montado de tal manera que era irrefutable. Imaginad la vergüenza de la pobre mujer. Todo ser humano, por depravado que esté, es un ser digno de lástima. Y esta mujer le suscita a Jesús infinitamente más la lástima que la ira.

Aquí vemos dos tipos de religión: unos prefieren sacrificar a la adúltera y acabar en un momento con el pecado en el pueblo, lo cual parece bastante loable a algunos:

–¡Que se sacrifique! (ya que ha ido en esa dirección, que se aguante con todas las consecuencias!

Es un discurso, lo digo entre paréntesis, entre nosotros, que se parece bastante a algunos articulitos que leo ahora en España sobre lo que puede pasarles a jovencitos que no usan ciertos objetos de uso personal íntimo.

–Pues que se sacrifiquen, ¡que se fastidien! Si se contagian de ciertas enfermedades y las transmiten a sus hijos, ¡pues muy bien!, ¡les está pero que muy bien!

Eso es la religión del sacrificio. Jesús piensa que aquí tiene que defender no unos principios. ¡Y qué maravilla sería si nosotros, de una vez para siempre, pensásemos que Jesús prefiere defender a una persona antes que unos principios!

Y aun sabiendo que la ley la condena, y la lapida, y que Jesús hubiera podido decir:

–Muy bien, pues ahora la lapidamos a ella y a él.

Porque el Antiguo Testamento dice que hay que lapidarlos a los dos.

–Traédmelo a él también y los vamos a lapidar aquí entre todos. Y veréis que escarmiento más ejemplar, ¡se acabarán las adúlteras por lo menos... durante una semana!

Jesús que sabe hasta qué punto nos puede cegar el legalismo y el sacrificio, sobre todo cuando cae sobre el otro, Jesús le dice:

–Vete, yo no te condeno. Vete, no peques más, no te equivoques otra vez.

V.4.3. Jesús sana en sábado. Juan 5:1-18

Un día, Jesús después de los servicios del sábado, en lugar de sentarse esta vez a leer los libros del espíritu de profecía, los libros de los profetas o de la ley que tenía él en su tiempo, se va a dar una vuelta por la piscina pública y se encuentra allí algunos enfermos, que creían en una superstición muy bonita que se debía sencillamente a un sistema de vasos comunicantes que hay entre la piscina de Siloé y el depósito de Salomón. Imaginaos cuando tenéis un lavabo todo lleno al que quitáis el tapón, como se hace un torbellino hacia abajo. Esto ocurría en la piscina de Siloé cada vez que se desnivelaba el agua con la piscina de Salomón. Era muy fácil para la gente que no sabía nada de vasos comunicantes, ni había estudiado física, ver el dedo del ángel remover el agua. Y no hay que pedirle peras al olmo. Además, como se ha comproba-

do que algunos baños de impresión son muy revitalizadores, pues realmente eso curaba a mucha gente.

Lo que pasa es que se había desarrollado una teología abominable: que Dios cura al más fuerte, al primero que se tira. Es decir, en realidad Dios está de la parte del más fuerte. Y Jesús viene a aquella piscina, no sé si pensaba bañarse o no, pero lo que sí sé es que viene a ver a la gente que estaba en torno a la piscina.

Se da cuenta de un hombre que lleva allí un montón de años. Jesús entra en conversación con él, y este hombre le dice:

–Sabes, es horroroso. Yo no tengo a nadie que me tire al agua. Los que venían a ayudarme, ya se han cansado de tirarme al agua cuando llega el remolino, pues nada, siempre se tira alguien antes que yo. Aunque estoy aquí sentado, fijándome en el remolino todo el día, cuando hago el esfuerzo para tirarme, ya se han tirado tres o cuatro delante de mí. ¡No puede ser! Así que debe ser que yo soy tan remalo, tan malo, tan malo, que Dios quiere que me aguante así hasta siempre. Y ahora, que ya estoy cobrando el retiro, pues aquí me tienes, como no tengo nada más que hacer, aquí mirando el agua y procurando tirarme.

Jesús le dice:

–Hijo mío, Dios no quiere que te sacrifiques ni un momento más.
Y Jesús en vez de decirle:

–Mira, mañana es domingo, o a la puesta del sol yo volveré y te tiraré.
Jesús le dice:

–No se te ocurra intentar tirarte. Coge tu cama y vete a casa ya. ¡Ya te puedes ir!
¿Tú no quieres curarte? Pues vete. ¡Prueba y verás!

Y este hombre, yo no sé lo que vería en Jesús El magnetismo de Jesús, estaba ayudándole con los ojos, y Jesús le tiende la mano.

–Prueba y verás, yo no te levanto, prueba tú.

Y aquel hombre se levanta.

–¡Aaaaah!

–¡Y no te dejes la cama!

–¡Pero es que están ahí los fariseos mirando!

–¡Es igual! ¡Tú te la llevas!, ¡no te la dejes aquí! Lo único bueno que ha hecho tu familia contigo, comprarte un «flex» del último modelo, no te lo dejes. Anda va, que los tiempos están muy malos, que por las piscinas hay muchos rateros.

–No te dejes el colchón o se lo van a llevar. Llévatelo. Y si hay fariseos no pasa nada.

Jesús prefiere la alegría de este hombre... Su ideal no es la religión del sacrificio, ni una horita más de sacrificio para este hombre, ya se había sacrificado bastante. Ahora necesitaba su hora de misericordia.

¿No creéis que hay muchísima gente en este mundo, queridos amigos, que ya tienen que aguantar bastantes sacrificios? ¿No creéis que nosotros, como pueblo de Dios, deberíamos llevarles una palabra de misericordia, no un sacrificio más, sino un poco de misericordia? ¿No creéis que hay gente que bastantes problemas tienen ya, con su hígado deshecho por la cirrosis, con los pulmones deshechos por el tabaco, con el alma deshecha por los problemas familiares, con el corazón deshecho con los problemas conyugales, para que les vayamos con... mira, ahora encima de todos tus sacrificios te voy a añadir uno más?

El Señor nos ha llamado a llevar la misericordia. Cuando nosotros podamos ser capaces de comprender que lo que Cristo nos enseña es que llevemos el reino de la misericordia, entonces habremos empezado a comprender las parábolas.

Y he querido meter esto aquí, porque sino no se comprende ninguna parábola.

Si Dios reina en tu vida, en tu vida reina la misericordia. Entonces, si Dios reina en tu vida te ha perdonado una deuda magnífica, aunque el otro realmente te deba el salario de tres días. ¡No lo ahogues!, ¡no lo oprimas!, ¡no lo fastidies! pidiéndole que te pague, ¿no has sido tú deudor? ¿no has recibido una misericordia tremenda? ¡Ten misericordia de este pobre hombre!

Las parábolas son parábolas de misericordia. Que la oveja está perdida, en vez de decir:

–Mira los perdidos: ¡drogatas!, ¡cochinos!, ¡gamberros!

¡No! Si la oveja está perdida, ¿qué puedes hacer tú para buscarla?

Si la moneda se ha perdido en casa... ¡Ay! que parábola más horrorosa, cuando las cosas se pierden dentro de casa. Como adventista no hay nada que me duela más que las «moneditas», esas preciosas «monedas de oro» que tenemos en nuestra iglesia son de oro, lo que ocurre es que por fuera no se nota. Y se nos pierden en casa. ¿Por qué no nos duele un poco más el perder estas «monedas de oro»? Y en vez de certificar su defunción, ¡no «barremos» la casa! Es decir, limpiamos todo lo que tendríamos que limpiar para que no se pierdan ¿Es que no creéis que si hiciéramos una buena barrida, muchas cosas de nuestra vida, las «monedas de oro» brillarían? Eso es la misericordia, las parábolas de Jesús son todas parábolas de misericordia.

V.5. El reino de Dios es misericordia. Mateo 13

V.5.1. Parábola del sembrador

Tal es su misericordia, que el Señor no tiene ningún reparo en malgastar grano, tirarlo encima de las piedras, tirarlo encima del camino, por si acaso coge. Porque como no sé muy bien dónde está el límite del camino, por si acaso creciera una espigueta en la cuneta. Por si acaso esta espigueta pudiera crecer, aunque veo que hay piedras, aunque lo veo muy pedregoso, aunque lo veo muy lleno de espigas. Es la misericordia de echar grano allí también, y no sólo donde estoy muy seguro de que hay fruto.

El reino de los cielos es un reino de misericordia. Porque si Dios reina en mi vida, Jesús me dice:

–Ocúpate en dar trigo, no te ocupes en sacrificar la cizaña, ¡no arranques cizaña!, ¡déjala!, ése no es tu trabajo, tu trabajo es ser trigo limpio. Si tú consigues ser trigo limpio, no te preocupes de arrancar cizaña, ésa no es tu misión.

V.5.2. Parábola de la semilla de mostaza

Si Dios reina en tu vida, si la misericordia reina en tu vida, al principio no se notará. Y tú dirás:

–Pero Señor, si soy igual que siempre.

Y él dirá:

–Exactamente, eres igual que siempre pero un poco más viejo. Pero si tú has aceptado el reino de la misericordia, dentro de ti tienes un grano que es invisible, es pequeñísimo, es mostaza, el picante de la vida, esa vitalidad que hace falta, que ya está echando raicitas; tú no lo ves, pero está ahí. Y tú, que eras muy duro, sobre todo con los demás, gracias a esas raíces que están empezando a crecer y te conviertes en un árbol que recoge todos los bichos, mundos e inmundos, pájaros de toda clase. La gracia te convierte en un árbol magnífico, sin notarlo, y cuanto menos lo notes mejor.

V.5.3. Parábola de la levadura

Porque si reina la misericordia en tu vida, eres como la levadura, todo lo que tocas lo haces subir. ¿No os parece que es bonito que todo el que entra en contacto con nosotros lo hagamos leudar?

Una de vosotras me decía que por suerte le tocó en el trabajo una compañera que al tenerla cerca, solamente de verla como reaccionaba, eso le hacía tener deseos de ser parecida a ella. Eso es que la levadura estaba empezando a reinar. Eso era la persona que había aterrizado al lado de mi amiga, el reino era levadura y todo lo hacía subir, lo transformaba.

V.5.4. Parábola del tesoro escondido

Se trata de encontrar a Cristo, porque el reino es Cristo. Si quisiéramos resumir en una sola palabra todas las parábolas del reino, en el fondo podríamos decir que el reino es Jesús.

Un amigo mio, me dio una lección magistral de teología anoche. Porque en la parábola de los salarios a los obreros que llegan a diferentes horas, ¡no se les podría dar más que el mismo salario! Porque Dios nos da a todos, todo lo que tiene, que es Jesús. Si nos da a Jesús, ¿qué más puede dar a unos que a otros? ¿No os parece que tener a Jesús más tiempo es una maravilla? Me gusta esa explicación, y por eso la doy aquí.

Encontrar a Jesús es encontrar un tesoro, encontrar el reino entonces, si adquiero un tesoro tan magnífico, lo que vendo no es un sacrificio que hago para conseguirlo,

sino es que yo me deshago de eso lo más rápido que puedo. No es el sacrificio lo que se requiere para poder encontrar el tesoro. El tesoro se lo encuentra uno antes de haber vendido ni una silla.

Este buen hombre labrando el campo se encuentra el tesoro, y de hecho ya es suyo. Va a vender todo lo que tiene porque ya no le interesa, ¿No os parece que sería mejor que lo presentáramos así? El Evangelio es algo tan grande, que todo lo demás lo dejo por mí mismo. No tengo que dejarlo para que entonces el Señor haga el milagro y me haga aparecer el tesoro. Esa manera de presentar la religión es falsa.

V.5.5. Parábola de la perla de gran precio

El reino, Jesús, es tan fascinante, que tiene la fascinación de las joyas. Y a quien diga que las joyas no le gustan, lo miraré con escepticismo. Porque si a Dios le gustan, ¿por qué a nosotros no? Claro, lo que ocurre es que nosotros tenemos otros ideales, y nuestro dinero es para otras cosas, eso sí que lo acepto.

Pero el reino se compara a una perla, el reino es una joya fascinante y viva. Sabéis que la perla es la única joya de origen orgánico, viva. Y es tan fascinante, me produce tal embrujo, que a mí, el mercader de perlas, nada de lo que llevaba me interesa. Me compro esta y no quiero más. No es que sacrifico lo que tenía, vendiendo el camello y el burro. ¡No! Yo no me sacrifico de nada, ¡yo hago el negocio de mi vida!

Porque encontrar a Cristo, es encontrarme en la seguridad maravillosa de una red. No una red que me ha cazado en una trampa, sino en la seguridad de que estoy donde debo. Y que nada me podrá retirar de ahí. Sí, «misericordia quiero, y no sacrificio».

Pablo comprendió esto tan bien que no puedo permitirme el no mencionar un texto de Pablo, un solo versículo, 1 Corintios 13:3. ¿Es posible mayor sacrificio que repartir todos mis bienes a los pobres? ¿Es posible mayor sacrificio que entregar mi cuerpo para ser quemado? Pues sí, Pablo me dice que hay algo mejor que eso, es darle a esos pobres, e incluso quizá a mi pobre cuerpo, un poco de amor. Si no tengo amor, nada me sirve, es preferible que no les dé a esos pobres todo lo que tengo ni que quemarme mi cuerpo, sino que les dé un poquito de amor. Porque si no tengo amor, esos sacrificios de nada me sirven... de nada me sirven. Y Pablo lo dice, no es posible decirlo ya más claro.

V.6. Parábola de los corderos y los cabritos. Mateo 25

La última parábola de Jesús, en Mateo 25, es la parábola de las grandes sorpresas, la parábola de los corderos y los cabritos. Esta parábola nos dirá que la gran sorpresa es que sólo se salvarán los que por fin hayan vivido en el reino de la misericordia. Los que no hayan podido resistir que haya enfermos a los que no vaya a visitarlos nadie. Que no hayan podido resistir que haya presos sin esperanza. No han podido aguantar que haya gente que pase hambre. No han podido aguantar que haya gente que pase frío. Éstos se han revelado contra la religión del sacrificio.

—¡Que se aguanten, que es por su culpa!

Los que han comprendido la religión de la misericordia, los que ya habían entrado en vida en el reino de la misericordia, esos se encontrarán por sorpresa en el reino de los cielos... porque ya estaban sin saberlo.

Nadie ha sabido hablar, ni habrá nadie que sepa hablar como Jesús del amor de Dios y de la misericordia. Porque Jesús, no por sacrificio vino a la tierra, sino por misericordia fue capaz de sacrificarse.

Jesús vino aquí porque tuvo misericordia de un pobre desgraciado llamado Roberto Badenas, y vino a este mundo porque tuvo misericordia de ti y de mí, y de otros que hoy señalamos con el dedo. Y tuvo misericordia de esos señalados con el dedo, al mismo nivel, porque Cristo no se ha fabricado un «misericordiógrafo» para medir la misericordia, sino que ha aplicado la misma misericordia para esos que tú y yo señalamos con el dedo o ignoramos, igual que para ti y para mí.

Todas sus parábolas anuncian el reino de Dios, que es el reino del amor, porque Dios es amor. Todas las parábolas son un llamado para que entremos en el reino de la misericordia.

El reino de Dios, que todos esperamos, es Jesús. Jesús es la misericordia encarnada, Jesús es el que lo siembra, el que lo planta y el que lo hace crecer.

Ese reino, nos dicen las parábolas, ese reino que ya ha empezado en nosotros y que no vemos porque no se ve, ese reino crecerá a pesar de todos los obstáculos y de todas nuestras contradicciones humanas, porque la fuerza que lo sostiene no es nuestra. Porque para que crezca, Dios no me pide a mí que yo me sacrifique, sino sencillamente que lo deje crecer, que me deje llenar por este amor y esta misericordia. Que este amor de Cristo me presione, me constriña. Dios me ama y te ama tan apasionadamente que no nos dejará hasta que el reino de misericordia triunfe en nosotros.

V.7. La religión del sacrificio *versus* religión de la misericordia

Os presentaré un poco el riesgo de presentar una religión, que tiene mucho de válido, la religión del sacrificio. La voy a comparar con la religión de la misericordia.

La del sacrificio, que es buena, y la de la misericordia, que es el ideal de Dios para nosotros.

Según la religión del sacrificio, a Dios lo vemos como a un juez, un juez severo cuyas cualidades destacadas son la justicia y la santidad, y yo como hombre no puedo más que temer su ira. En la religión de la misericordia, Dios que es un padre que sufre; sus cualidades son el amor y la bondad, y yo como hombre no puedo más que esperar su gracia.

En la religión del sacrificio el hombre es un ser absolutamente despreciable porque es pecador, totalmente malo y culpable de su situación. En la religión de la misericordia también lo es, pero es un ser además de valor absoluto, porque es hijo de Dios, totalmente perdido por su caída y por la de los demás, pero lo que destaca no es su corrupción y su maldad, sino su debilidad y su error.

Dado su estado, en la religión del sacrificio el hombre sólo merece ser destruido. En la religión de la misericordia, el hombre ha necesitado ser salvado y necesita o seguirá necesitando ser salvo.

En la religión del sacrificio la salvación no es posible, es humanamente imposible. Se requiere una amnistía jurídica en la que alguien deberá pagar. Y el énfasis está

puesto en la expiación. En la religión de la misericordia también la salvación es imposible, y se requiere una amnistía jurídica, y un perdón personal, pero el énfasis no está en que alguien debe pagar, lo cual también es cierto, sino el énfasis está en que el precio ya ha sido pagado en la reconciliación del hombre con Dios. Cristo no ha muerto simplemente para pagar una deuda a Dios, sino para reconciliarme con Él y me ha encargado el ministerio de la reconciliación.

En la religión del sacrificio el estado de gracia uno se lo mantiene a pulso, sacrificándose como un héroe, como un santo, como un mártir. En la religión de la misericordia el estado de salvo es una gracia inmerecida, que yo recibo como un náufrago, como un condenado a muerte, como un enfermo herido.

En la religión del sacrificio la conducta del creyente está centrada en si mismo, lo que más importa son mis actos, guardar la ley de Dios, cumplir las prácticas, las obras, no caer, no pecar, mi santificación. En la religión de la misericordia también es así, pero mi centro de atención no está en mí, sino fuera de mí. Está en Jesús. Está en Jesús y en el otro. Y lo importante no son mis actos, sino mis relaciones. El guardar la adhesión, el conservar la comunión con Cristo y el contacto con los demás.

En la religión del sacrificio la motivación es el deber, el miedo a la condena, la obligación y lo prohibido. Como me definía uno de mis alumnos: la religión del sacrificio es un sistema en el que todo lo que no está prohibido es obligatorio. En la religión de la misericordia mi motivación es la gratitud, el agradecimiento, el gozo de la salvación y lo que se me propone delante: la Ley de Dios. No es lo prohibido ni lo obligatorio, sino el ideal.

En relación con los demás, en la religión del sacrificio, en su relación con los demás al que cae se le señala. Se le dice: se lo ha ganado. Se lo condena o se lo remata. Entonces desarrolla la intransigencia, la sospecha, la crítica, la acusación y la justicia, que es la mejor manera de camuflar la venganza. En la religión de la misericordia la relación con los demás, al que se le ve caído se le ve como a alguien en peligro, entonces se le busca y se le socorre, y las nociones básicas son las de aceptación, comprensión, fraternidad, solidaridad y reconciliación.

	Sacrificio <i>buena</i>	Misericordia <i>el ideal de Dios para el hombre</i>
Dios	- juez justo y santo.	- padre amoroso.
Hombre	- teme la ira de Dios - despreciable: malo, culpable. - merece ser destruido.	- espera la gracia de Dios. - hijo de Dios: débil, errado. - necesita ser salvado.
Salvación Énfasis	- requiere una amnistía jurídica. - alguien debe pagar.	- requiere una amnistía jurídica. - reconciliación del hombre con Dios.
Gracia	- se obtiene con sacrificios.	- se obtiene inmerecidamente.
Centro Lo importante	- el hombre. - los actos del hombre.	- Jesús y el prójimo. - la adhesión a Cristo y la comunión con el prójimo.
Motivación	- deber.	- gratitud.
Relación con los demás	- justicia.	- reconciliación.

V.7.1. ¿Qué es lo que Dios nos pide?

¿Qué es lo que Dios nos pide? Hay un texto bíblico, Miqueas 6, que me parece el texto más claro de toda la Biblia para explicarnos qué es lo que nos pide Dios, ¿en qué reino nos pide Dios que nos metamos?, ¿en el reino del sacrificio o en el reino de la misericordia?

Miqueas 6:6-8, y con este texto bíblico terminamos, que sea la palabra de Dios siempre en nuestra vida la que tenga la última palabra:

«-¿Con qué me presentaré al Eterno, y como adoraré al excelsa Dios? ¿Iré ante Él con sacrificios, con becerros de un año?

»¿Le agrada el Señor millares de carneros, diez mil arroyos de aceite?

»¿Daré mi primogénito por mi rebelión? ¿El fruto de mi seno por mi pecado?

»-¡Oh! Hombre, el Señor te ha declarado que es lo bueno, y que pide Él de ti. Sólo -fijaos que dice «sólo»- actuar con misericordia, y andar humildemente ante tu Dios.»

Que esa sea vuestra experiencia y la mía en el reino de la gracia al que Dios os invita. Amén.

VI. Parábolas difíciles III: las diez vírgenes, parábola adventista por excelencia (o como obtener un seguro de reservas espirituales para poder dormir en paz). Mateo 25:1-13

Alguien me ha preguntado, qué biblia le recomendaba. Y le recomendé una nueva que acaba de salir que es la *Nueva Reina Valera* del 90, una biblia en la que he trabajado bastante. Sabéis, hay hermanos en la iglesia que les cuesta mucho eso de leer la Biblia en otra versión, y les parece casi como si cometen un sacrilegio. Y había uno que me decía:

–La Biblia *Reina-Valera* esa es la que hay que leer.

Y yo decía:

–Pero, ¿por qué?

–Pues, porque si esa fue buena para Cristo y los apóstoles también es buena para mí.

Quizá tiene razón. Por eso yo he colaborado en la revisión de la *Reina-Valera*. No tengo ningún beneficio, hasta el punto que yo estoy en la lista de los cuarenta y tantos que hemos trabajado en ella pero no nos ponen ni el nombre. Solamente el coordinador me ha dedicado un ejemplar y eso es todo lo que he tenido. Pero ha sido un placer tremendo el trabajar en la revisión de esta biblia. Y aunque no estoy totalmente satisfecho con el resultado, porque uno por deformación adventista es necesariamente perfeccionista, aunque no estamos satisfechos del todo, hay cosas que están bien.

Leo pues en esta revisión: «Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron a recibir el novio» (Mateo 25:1).

Esta parábola es una de las parábolas que se llaman *de dativo*. Cuando se dice que «el reino de los cielos es semejante a diez vírgenes», no habría que pararse ahí. El reino no se parece a las vírgenes, se parece a lo que pasa con las vírgenes que toman aceite y van al esposo, y todo lo demás.

Y aquí quiero corregir algo que dejé incompleto el otro día, y le debo la corrección a una pequeñaja muy simpática; hablamos de que la parábola no es exactamente una fábula, tampoco es exactamente una alegoría ni es un mito, y olvidé decir que la parábola es más bien un «*mashal*» (משל).

En realidad el *mashal* es lo que más se parece a la parábola. El *mashal* es una expresión hebraica que quiere decir sencillamente: la comparación. Y creo que en el sentido más general, una parábola sí que es un *mashal*, porque es una comparación. El *mashal* es lo que en antiguo castellano se llamaba la *comparanza*, una comparación.

VI.1. Las diez vírgenes

El reino se parece a lo que pasa con estas diez vírgenes que van a una boda. Habla aquí de diez vírgenes. El número diez pienso que es una cifra redonda, bonita para

contar una historia en la que hay cinco y cinco. Lo cual no creo que debiéramos tomarlo como estadísticas en la que la mitad de los adventistas se salvarán y la mitad se perderán, porque no creo que Jesús esté haciendo estadísticas, sino que está contándonos una historia.

Diez es un número suficientemente redondo para ser bonito y además es un grupo suficientemente simpático para adornar una boda. Imaginad aquellas bodas con las diez damitas de honor, monísimas con sus trajes, etc. todas preparadas, que van a recibir al novio.

VI.2. Contexto cultural. Una boda en la Palestina de Jesús

Para comprender esta parábola bien, hemos de ver su contexto cultural, es decir, cómo funcionaban esas bodas.

La verdad es que no hay consenso. Los especialistas no han encontrado una sola fórmula de boda, hay muchas. Lo cual quiere decir que, ya en los tiempos bíblicos, a los novios les gustaba a veces ser originales y no realizar la ceremonia siempre igual. Hemos encontrado varias ceremonias diferentes, puesto que, en realidad, ceremonia no había. Entonces, todo lo demás, puesto que la fiesta no era religiosa en sí, se podía variar.

La variante que Cristo está contando aquí era la más común, en la que esas niñas son las amigas de la novia, invitadas para ser damas de honor. Es decir, para entrar en el banquete, llevar lámparas y danzar con los novios unas danzas que hay muy bonitas.

Las diez vírgenes toman las lámparas y van a esperar al novio, a recibir al novio. Lo esperan a la puerta de la casa de la novia, mientras él sale de su casa a buscar a la novia con una especie de simulacro de raptó. Dicen algunos psicólogos que a las mujeres les gusta a veces ser un poquito raptadas. En la ocasión de la boda la novia era como sacada por el novio y es posible que las amiguitas estuvieran allí. O bien, están cerca de la casa del novio esperando que el novio vuelva de la casa de la novia, de los regateos rituales, y vuelva a su casa, donde tiene lugar el banquete. O bien, otra hipótesis: están en la plaza con todo el mundo esperando que, en la casa de la novia y en la casa del novio terminen sus regateos y sus cosas, y toda la comitiva vaya junta. Eso no tiene importancia.

Lo importante es que toman sus lámparas. La palabra lámparas aquí a veces se ha explicado como las lamparitas pequeñas de arcilla, pero arqueológicamente no es nada verosímil, porque allí cabe muy poco aceite, y en la oscuridad y por la calle se apagan. Esas no sirven para ir por la calle. Eran lámparas de andar por casa. Luego no es probable que fueran así. Además así no se llamaba la palabra que usa aquí la Biblia. Otros piensan que eran como faroles, pero también la palabra para farol es otra. Y lo que es más corriente en las bodas, y lo más común, la palabra que se aplica en griego es: unas teas o antorchas. Son unos palos, las antorchas, en las que se enrollaban trapos viejos, se ataban bien, se empapaban mucho con aceite y se iban quemando desde arriba hacia abajo. Había simplemente que mojarlas de aceite de cuando en cuando para que brillaran. Eso hace mucha luz, eso no se apaga en el aire, en la calle, y se utilizaba mucho en la danza. La lamparita de aceite pequeña se les rompía, se les caía al suelo. Es muy poco probable que se llevaran por la calle porque

en realidad esas lámparas se llamaban lámparas de casa. Y las teas son las lámparas de calle.

Elas toman sus lámparas, o sus antorchas, y salen a recibir al novio. El texto las presenta así, versículo 2: «Cinco eran prudentes y cinco insensatas». Es fantástico que la clasificación que hace Jesús de la humanidad aquí, o de la humanidad que le espera, no hable de buenos y malos. Nosotros tenemos una tendencia tan deformada a juzgar siempre, sobre lo que está bien y lo que está mal, que siempre estamos juzgando.

Jesucristo, que es más realista que nosotros, descubre que a veces hacemos cosas mal no porque seamos malos, sino porque somos tontos. No todo lo atribuye a él nuestra maldad y nuestra perfidia, sino a muchas cosas que hacemos mal se deben sencillamente a nuestra ignorancia, o a nuestra estupidez sencillamente. Él divide este grupo en tontas y listas, no hay nada más, no hay buenas y malas. Eso de dividir el mundo en buenos y malos es muy nuestro, pero no es muy real porque la línea divisoria pasa siempre por la mitad de cada uno. Él las prefiere llamar «unas fueron precavidas y otras no», eso es todo.

El hecho de llamarlas vírgenes tampoco lo deberíamos interpretar en el sentido contemporáneo. Esta palabra tiene muy poco que ver en su tiempo con la integridad de ninguna membrana. Sencillamente la palabra virgen significaba: «jovencita». ¿Por qué?, porque en aquella época lo normal era que todas las jovencitas fueran vírgenes al matrimonio, entonces era sinónimo. Hoy me temo que no es sinónimo. Por eso, esta palabra no tiene el mismo sentido. Hoy las palabras casi exactas que diríamos para traducir esto sería: jóvenes solteras.

«Las insensatas tomaron sus lámparas y no llevaron aceite –yo diría extra–, con ellas. En cambio, las prudentes tomaron aceite en sus vasijas junto con el de sus lámparas.» (Mateo 25:3, 4) ¿Podéis imaginaros los vestidos con aquellos trajes que se ponían una vez al año? Una cantidad de monedas colgando, unas cadenas tremendas, todas las pulseras, todos los collares, todos los abalorios que se guardaban. Además allí no había chatarra, ni quincalla, ni plástico, ni baratijas. Y las joyas barrocas, esas que se llevan ahora, no tienen nada que hacer ante las joyas auténticas que llevaban la gente en las bodas.

Esas muchachas que se han estado vistiendo, lavando y perfumando toda la tarde para salir. Y hay unas que simplemente toman la antorcha para estar más ligeras, más disponibles. Porque ese es el día en que pueden ver a los mozos sin problemas, sin que vaya la tía con ellas, ni la abuela, ni el hermanito pequeño, sino que pueden ir solas en pandilla. Y hay cinco que salen así, a cuerpo, con sus antorchas. Sin embargo, hay otras, muy modositas, que se cargan con una jarra cada una. Unas vasijas que son adrede para transportar el aceite en la calle, que tienen el cuello muy estrecho, tienen una asita o dos, se tapaban con un tapón para no llenarse de lamparones el vestido, pero estas jarras son muy molestas y por muy elegante que sea la jarrita, una jovencita prefiere ir de fiesta sin la jarra de aceite en la mano. Pero estas chiquillas saben lo que se hacen, y saben que es preferible esa molestia o esa precaución, porque son muy prudentes.

VI.3. Lo chocante de esta parábola

«Y como el novio tardaba, todas cabecearon y se durmieron.» (Mateo 25:5) En nuestra civilización lo más normal es que tarde la novia. Aquí hay que esperar al novio.

¿Por qué tardaba?

Hay tres cosas que chocan en esta parábola, tres anomalías:

- 1.^a El enorme retraso del novio.
- 2.^a La previsión del retraso por parte de unas crías.
- 3.^a La igualdad en el sueño. «Como el novio tardaba, todas cabecearon y se durmieron.»

¿Por qué tarda el novio? En los informes que conocemos sobre las bodas de la antigüedad, el retraso del novio era normal. Se trataba de un retraso debido a los regateos y las capitulaciones matrimoniales en casa de los padres de la novia. En ellas debía determinar la suma de dinero que tenía que pagar a los padres en caso de disolución del matrimonio, o de cuánto tenía que ser la dote. En fin, había una serie de estipulaciones que no equivalían a una compra de la mujer, pero que en algunas civilizaciones se parece mucho a eso.

Si el novio no regateaba o si los padres, sobre todo, no regateaban y no exigían más y más, eso sería interpretado como una terrible indiferencia de los padres de la novia. Si los padres no regateaban era como si dijeran:

–Bueno, lo que queremos es que te la lleves cuanto antes.

Y eso le hacía hacer perder valor a los ojos de los padres del novio, incluso de sí misma. Y así, por fea que fuera y pelmaza y birria, había que regatear todo lo que se pudiera. Porque al fin y al cabo, al novio también le hacía bien.

–¡Fíjate lo que me ha costado, me tiré ¡tres horas de regateo!... querían esto, más un collar y todavía una pulsera más y un pendiente para la nariz de la abuela...

Cuanto más largo era el regateo, mejor para todos. Así que nunca se debía dejar marchar a la novia sin ninguna vacilación.

«El novio tarda...», tarda y todas se duermen. Es muy realista y muy reconfortante, que Jesús nos diga que vigilantes perfectos, que adventistas perfectos no existen. Jesús nos dice que no existen vírgenes perfectas que estén ahí al pie del cañón, velando hasta las doce de la noche. No existen. Existen unas que desean estar en la boda más que otras. Eso es todo. Pero perfectas ninguna. Eso hace que ya por lo menos, yo me pueda incluir en uno de los grupos, porque si son perfectas, no me puedo incluir en ninguno. Pero el hecho de que me diga:

–Mira, llega un momento en la vida, en que la espera es fatigante.

No hay nada peor que la espera. Los entusiasmos, las ilusiones, las emociones, esto es muy fácil de vivir. Esto nos va a todos. Todos podemos tener un arranque bueno. Pero aguantar tiempo, esto es lo que nos traiciona, la usura del tiempo. Cuando nos hemos olvidado de esa emoción tan bonita que hemos sentido, de ese sermón que nos ha hecho tanto bien, de ese texto que hemos leído o de ese amigo que nos ha ayudado... Cuando pasa el tiempo vuelve la monotonía, la rutina de las horas.

Hay que imaginarse a estas crías, primero con emoción, contándose chistes, hablando de unos y de otros. Pero pasa el tiempo, a nadie se le ocurre nada gracioso, ya nadie se ríe. Ya se acaban las risas, ya hay una que se empieza a dormir, y vienen los cabeceos, la modorra y el sueño. Todas iguales.

«A medianoche oyeron el clamor:

»—Ahí viene el novio, salid a recibirle.» (Mateo 25:6)

Esto es muy normal. Aun en las bodas que se hacen de noche, medianoche es muy tarde de todas formas.

En los textos de la antigüedad, las bodas se podían prolongar hasta muy tarde, pero no hay bodas que empezasen a media noche, por lo menos no las conocemos en Israel. Pero claro, las parábolas contienen un elemento de sorpresa e incluso un elemento escandaloso. Aquí Jesús compara el reino a algo que no es habitual, la demora del esposo va a ser más larga de lo normal. Y os va a parecer mucho más largo. El Señor va a tardar en venir más de lo que os gustaría. De modo que vendrá en el momento en que estéis dormidos y no lo váis a esperar. La medianoche, la hora simbólica en aquella civilización; en la nuestra, la medianoche es cuando algunos empiezan a salir de casa, pero en aquella civilización en la que no había luces eléctricas ni neones, ni faroles en las calles, la gente llevaba durmiendo a veces cinco y seis horas ya. La medianoche. «¡Ahí viene el novio, salid a recibirle!» El famoso «clamor de medianoche» con que algunos de nuestros pioneros bautizaron a un momento de nuestra historia.

La reacción de alarma es normal.

«Entonces todas las vírgenes se levantaron y arreglaron las lámparas.» (Mateo 25:7) Las lámparas que las han dejado ahí en el suelo, empiezan a arreglarlas, es decir, a quitarles los trapos quemados, a enrollarles otros trapos que llevaban en el bolsito. Las prudentes, todas modositas, sacan sus trapos y empiezan a atarlo, a abrir sus garrafitas de aceite y a echarles por ahí cuidando de no mojarse las puntillas.

Entonces las otras, «las insensatas», les dicen a las prudentes:

«—Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.» (Mateo 25:8)

Que cosa más normal que pedir en una situación de emergencia.

—Dadnos un poquito.

Pero resulta que las prudentes responden de una manera que no nos hace mucha gracia.

«—Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden y comprad.» (Mateo 25:9)

—¡Ay! Si os damos no nos va a llegar.

Y es que ellas fueron previsoras, pero no llevaban un ánfora de diez litros. Las chiquillas llevaban una jarrita lo más pequeña posible. Incluso si era posible que se la pudiesen atar y colgar del cinturón de manera que no quedase demasiado pesada. No

os creáis que van con un cántaro a la boda. Ellas llevan una reservita de aceite, lo que ellas saben muy bien que con eso podrán danzar la danza del fuego hasta el final.

La reacción que tienen nos parece muy egoísta y muy poco cristiana:

–Id... nosotras no tenemos bastante para todas, llevamos lo nuestro, pero no hay bastante, justo lo que necesitamos.

Esto que nos parece duro es sencillamente así. Hay muchas cosas que podemos compartir y podemos darles a otros, pero hay algunas que no. Y por raro que nos parezca, nuestra reserva espiritual en casos de crisis, a veces apenas basta para nosotros. Y hay cosas, decisiones, compromisos, relaciones que nadie puede tener por otro. La relación con Dios, no tiene ningún intermediario si no es Cristo. Eso lo dice la Biblia misma. No hay ningún otro mediador entre Dios y el hombre que Jesucristo hombre (1 Timoteo 2:5). Luego, nadie puede mediar por mí en el momento de mi crisis. Y por raro que nos parezca, Jesús encuentra normal que las que se han tomado la molestia de llevar su aceite, esas sean las que pueden empapar su lámpara.

Mientras las otras se fueron a comprar, llegó el novio, les dio un beso a cada una y las que estaban preparadas entraron con él a la boda, y se cerró la puerta.

«Después, vinieron por fin las otras vírgenes y dijeron:

»–Señor, Señor, ¡Abrenos!

»Pero él les respondió:

»–Os aseguro que no os conozco.

»–Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el hijo del hombre ha de venir.» (Mateo 25:11-13)

Esta parábola, parábola adventista por excelencia; algunos de nuestros pioneros la aplicaron al movimiento de 1844, encontrando un símil muy bonito, una bonita aplicación, que no es la explicación de la parábola, en eso de «el clamor de medianoche», «las vírgenes preparadas», «la puerta cerrada». Por cierto, la teología de la «puerta cerrada» no siempre benefició a los pioneros que la abogaron.

VI.4. Parábola de vigilancia, esperanza y amor

El resto de la parábola está muy claro, es una parábola de vigilancia. Es la penúltima parábola de Jesús. Hay una fidelidad al amor, una fidelidad a la esperanza que es muy diferente a «el seguir esperando». Esta fidelidad a la esperanza, este deseo total de estar con el amado, a esto Jesucristo le llama la vigilancia, a esto Jesús le llama *velar*...

Todos, necios y prudentes, vírgenes y no vírgenes, todos andamos semidormidos en un momento de nuestra vida, y a todos la espera y la vigilancia nos cansa. Yo creo que no hay nada que requiera más esfuerzo que la esperanza. Cuando llega el momento de la crisis, cuando llega el momento en que se tiene que demostrar de qué lado estamos, cuáles han sido nuestras prioridades en la vida, entonces llega un momento extremo en que ya no podemos ni siquiera ayudar a otro, a pesar de que en torno nuestro, con dolor, veamos lámparas vacías y necios tristes mendigando.

Aquí no se trata de parte de estas vírgenes, de que unas tuvieron mala suerte y que otras tuvieron suerte. La salvación no se da por suerte. Yo de pequeño creía un poco en eso, no sé si quizá influido por alguna idea de la escuela, yo decía:

–Señor, mira, yo no me quiero morir nunca. Pero lo único que te pido es que si me muero, que no me muera en pecado mortal, porque yo quiero estar contigo.

Hoy me parece horrible que un pobre niño viviera en esa angustia, pensando en un Dios que está esperando, quizá como aquella policía ginebrina, que yo me aparte un poco, porque he dejado el coche que se sale medio metro del parking para ponerme la multa. Ése no es Dios.

Ese Dios del que tenía miedo en mi infancia, afortunadamente, ya no creo en él. Tengo un Dios muchísimo mejor que aquél. Un Dios que sé que no está esperando a que caiga para venir a sorprenderme. Un Dios que no esperará jamás a que yo cometa la falta para entonces castigarme. Un Dios que sé que si ha sido capaz de venir a buscarme, cuando yo era una oveja perdida y lo único que sabía hacer bien era «balar» mi estupidez, yo sé que este Dios, cuando me lleve en sus hombros y me deposite de nuevo en su redil, no está esperando que yo cometa la menor falta para arrojar-me al abismo. Ese Dios no lo va a hacer.

Por eso, no tenemos que pensar en esta parábola de las diez vírgenes como cinco chicas que tuvieron suerte y cinco que fueron desgraciadas. No, Jesucristo quiere decir otra cosa. Él quiere decir que *la espera se prepara*. Y cuando uno quiere realmente estar con otro, nada ni nadie, ni siquiera su propio sueño o sus propias caídas, ni siquiera su falta de vigilancia en un momento dado, es suficiente para apartarle de su destino final.

Un Dios que sabe que lo más importante no son mis acciones puntuales, sino mi dirección global. Y que puedo dar un traspies en un momento dado, pero mi dirección la tengo muy clara y sé con quien quiero estar. Nos guste o no nos guste, el futuro no se prepara diciendo:

–Bueno, al fin y al cabo ya me las arreglaré.

Las vírgenes necias representan al creyente que no se ha tomado realmente en serio a Dios y a la vida y, en el fondo, no se ha tomado realmente en serio a sí mismo. La salvación no se alcanza con el estrés de última hora, con los gritos o con las acusaciones, sino con el consumo constante de un aceite de primera calidad.

No sé si Jesús pensaba en su parábola en una alegoría, y no sé si él tenía en mente el aceite como la reserva del Espíritu Santo... Hay muchas aplicaciones de las parábolas que son todas muy válidas, que encuentro muy bonitas. Pero lo que sí es evidente es que nosotros como cristianos tenemos que pensar ahora en un seguro de vida eterna, que nos cubra hasta de nuestras siestecitas. ¿Qué quiero decir con esto? Tendríamos que tener una seguridad tan grande de que queremos estar con Jesús que aunque demos alguna «cabezada», el grito «¡qué viene!» baste para que estemos a punto.

Y esto requiere una preparación, el amar a alguien no se improvisa a última hora. No sabemos nada ni del cuándo, ni del cómo de la venida del Señor. Y hoy como adventistas vivimos mal, muy mal, la demora de la *parousía*, vivimos muy mal el retraso de la Venida.

En nuestra teología adventista prácticamente el gran problema que tenemos es cómo compaginar este retraso del «novio» con unas profecías que nos parecen ya casi todas cumplidas.

No sabemos nada del cuándo, ni del cómo. Pero no importa que no lo sepamos, si sabemos distinguir, en mitad de nuestro sueño, entre cabezada y cabezada, lo que es aceite y lo que es abandono y grito. Es suficiente con orar:

—Señor yo quiero estar contigo, yo quiero tener esa reserva espiritual. Quiero estar seguro de que mi amor por ti no es un accidente, no es una ilusión del momento, es algo que tengo allá en el fondo, aun cuando me he dormido.

La salvación no se improvisa, se prepara. Y Jesús quiere decirnos que se prepara ¡ya! Porque su palabra de conclusión es: «¡Velad!». Una palabra que él añade, formando un quiasmo desde el versículo 42, del capítulo anterior: «Velad, porque no sabéis el día ni la hora en que el Señor vendrá» (Mateo 25:13).

Esta vigilancia, a la que el Señor nos invita, es una vigilancia constante, pero no excluye el sueño. Porque Jesús sabe que la iglesia será perfecta cuando el Señor se la lleve. Mientras tanto, en la espera, cada uno de nosotros corre el riesgo de dormir. Pero al que desea tanto esta venida, ni su sueño ni sus caídas lo podrán separar del amor por el esposo que llega. El corazón que ama, aunque se adormece, siempre vela. Ésta es una frase muy bonita de la sulamita en el Cantar de los Cantares, ella dice: «Yo dormía pero mi corazón velaba» (Cantares 5:2). Una gran verdad psicológica. Hay sueños en los que dormimos, pero no dormimos del todo. Las vírgenes prudentes en el fondo no duermen del todo, porque cuando el corazón ama, aunque se adormece, siempre vela. Quien espera a alguien, prepara todo para su llegada. Quienes amamos a Jesús, deseamos con ardor su venida. Y quien le espera, aguarda, medita, se prepara.

La vida cristiana afortunadamente no es una filosofía o una doctrina moral que hay que saber, sino ante todo es el amor de alguien que viene. Jesús viene, Jesús vendrá. Y nosotros, queridos amigos de AEGUAE, nosotros estaremos con él. Aquí no hay vírgenes insensatas. Y para mí no hay mayor alegría que esperarle con vosotros.

La vida cristiana está toda orientada hacia este encuentro, siempre reiniciado, nunca logrado, pero que pronto se concretizará. Jesucristo nos dejó deliberadamente en la espera y en la esperanza, porque sabía que *sólo entre la espera y la esperanza es posible el amor*.

VII. Parábolas difíciles IV: la verdad de la ficción (entre los nebulosos misterios del más allá y nuestra rabiosa actualidad cotidiana). Lucas 16:19-31

Ésta es probablemente la parábola sobre la que más veces se me ha preguntado durante mi ministerio y en mis clases. Una parábola en la que no hay nada verificable en la vida real, o sea, muy poco verificable aparentemente. No es como el trigo que se siembra y que crece, la red que se tira al mar y se recogen los peces, la oveja que se pierde. Aquí hay diálogos de ultratumba. Desde el (ᾗδης) *hades*, almas en pena que gritan, se comunican con Abrahán, pidiendo que los muertos visiten a los vivos. Y hay toda una serie de imágenes de ultratumba que resultan muy preocupantes a algunos de los lectores.

Vamos a leer juntos esta parábola, que contiene a mi entender una lección de mucha actualidad. Esta parábola en su contexto sigue inmediatamente a la del mayordomo infiel. Si os acordáis bien, la parábola del mayordomo infiel tenía como moraleja: enmendar mientras es tiempo. Si habéis estado obrando mal, dejad de hacerlo alguna vez porque el Señor viene a pasar cuentas. Era una parábola de urgencia, de juicio. La parábola del rico y Lázaro también. Está contada con una estructura muy elaborada. Para los que les gustan los análisis semióticos es una maravilla.

Es una parábola de dos hombres: hombre rico hombre pobre, contada con una estructura semiótica en cuatro fases. Un eje del aquí y del más allá, y otros dos ejes, que separan dos realidades: la realidad del hombre rico y la realidad del hombre pobre. Una realidad positiva en un momento, negativa en otro, pero con un cruce, dos situaciones que se cruzan en un momento dado. Su estructura es de una perfección extraordinaria.

VII.1. Contexto cultural

«Había un hombre rico que vestía púrpura y lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor.» (Lucas 16:19)

Un versículo para describir a un hombre rico, como ha habido siempre y en todas partes y seguramente seguirán habiendo. Si Jesús nos dijo que «a los pobres los tendréis siempre entre vosotros» (Mateo 26:11), se supone que a los ricos también, tendremos que aguantar a unos y otros.

«Que vestía púrpura y lino fino.» (Lucas 16:19) Decir que alguien va vestido de púrpura, a nosotros no nos llama la atención hoy. Porque estamos tan hartos de ver películas de los tiempos bíblicos en las que toda la gente va de verde, de azul, de rojo, de colorines... que nos parece que es normal. Pero esto es arqueológicamente falso, los colores en la antigüedad eran carísimos y la gente no se los podía permitir, sobre todo el púrpura que era el color más caro que existía. No se si habéis visto alguna vez un Múrex que son unos caracolitos, unos moluscos de mar, que se pescaban a vivo pulmón, y que sacan unas gotitas de líquido morado, púrpura, que se usaba para teñir ropa.

Aparentemente, las únicas personas que llevaban un manto entero de color púrpura eran los emperadores, pero en fin, se podían teñir cintas, brazaletes, trozos, fajas de ropa de color púrpura.

Ir vestido de púrpura significaba que es el lujo absoluto, es como si dijeran, había un rico que se vestía sólo de Christian Dior, Yves Saint-Laurent, Balenciaga, etc.

«Lino fino.» La gente normalmente se vestía de lana y de cosas de algodón. La lana tenía los colores naturales desde el blanco hasta el negro, la gama de los marrones, el máximo lujo eran rayas. Eso era lo normal. Por eso las películas un poco más recientes sobre Jesús, ya son un poco más realistas, en las que no se ven colores, eso es mucho más real. Pero entonces, el lino era muy caro, muy fino.

En Israel normalmente cuando se decía que alguien llevaba púrpura y lino, inmediatamente la gente sabía que se estaba tratando de un aristócrata, que en la época de Jesús sólo pertenecían a las familias sacerdotales y a algunas familias de ancianos muy raras. Normalmente cuando se hablaba a alguien muy rico vestido de lino fino y púrpura, la gente pensaba en un saduceo, es decir, en alguien que no cree en el más allá.

Los saduceos no creen en la existencia del más allá. Por eso en la teología saducea si eres muy rico es que Dios te está bendiciendo, porque es la única oportuni-

dad que tiene de bendecirte; si lo pasas fatal es que no has caído en gracia a Dios, porque no hay ningún más allá, y la prueba irrefutable de que es así es nuestra prosperidad.

–El que nosotros estemos disfrutando, es la prueba irrefutable de que Dios nos bendice.

Eso era un argumento muy difícil de refutar para un pobre.

Pues bien, aquí se está describiendo a un saduceo, porque los fariseos no eran ricos, no hay que confundirlos. Los fariseos normalmente no lo eran, o si lo eran no ocupaban nunca en esta época las altas esferas de la burguesía ni de la aristocracia. Tenían la superioridad de la pureza, la superioridad espiritual y la de la cultura, que es otra forma de superioridad, a veces tan insoportable como la primera o peor, pero en fin, también existe.

«Un hombre rico que vestía púrpura y lino fino y hacía cada día banquete.» (Lucas 16:19) Los banquetes en aquella época eran raros, porque la vida era bastante dura. La gente pobre y la clase media, la gente normal, casi nunca comía carne porque no podían. Si tenían su cabrita, no la iban a matar, porque no podían guardarla en ningún sitio, se iba a estropear, entonces no comían carne nada más que en la Pascua, en las fiestas, en los casamientos, en alguna ocasión especial. Pero la gente normal en Palestina (no estamos hablando del mundo grecorromano). comía carne muy pocas veces, sólo en los banquetes. Decir que hacía banquete todos los días es un lujo increíble, Jesús está describiendo un caso extremo, «hacía cada día banquete con esplendor» (Lucas 16:19), es decir un banquete con despilfarro. Si leéis el libro de Joachim Jeremías *Jerusalén en tiempos de Jesús*, veréis que el noventa y tantos por ciento de la población de la época de Jesús eran pobres de solemnidad. El que haya alguien que todos los días haga banquete, significa que es una persona que no tiene el menor respeto a los demás, es un caso escandaloso.

VII.2. Contexto literario

VII.2.1. El rico y Lázaro en la vida terrena

«[...] A su puerta» (Lucas 16:20). La puerta es lo que separa a estos dos seres. El rico, al que le hemos puesto un signo positivo, va vestido de maravilla y come espléndidamente. ¡Y a su puerta!, abierta o cerrada, no importa porqué se abre y se cierra, es un lugar de paso. El símbolo de la puerta es muy bonito. «A su puerta yacía un mendigo llamado Lázaro, lleno de llagas.» (Lucas 16:20)

Si os fijáis en la descripción de Lázaro, cada detalle positivo del rico está contrapuesto con el detalle negativo del pobre. Sabéis que los banquetes se celebraban tumbados en unos divanes, en unos cojines, con unas alfombras y unas mesitas muy bajas, se comía acostado. Y aquí el contraste es que uno está recostado sobre sedas, rasos y alfombras orientales, acompañado por la esclava negra y la esclava nórdica, etc. Y el otro yacía en la calle, a la puerta, un mendigo llamado Lázaro, la oposición al rico, no cubierto de lino sino cubierto de llagas. El uno cubierto con lo más suave y lo más rico, el otro con lo que más duele.

El uno cada día hacía banquete con esplendidez mientras el otro «ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico» (Lucas 16:21). Esas migajas no eran solamente las miguitas que se caían, sino probablemente, según la palabra que ha sido utilizada, el pan sucio de limpiarse los dedos. Como aquella gente no tenía cubiertos para comer, comían con las manos por elegantes que fueran, y se las limpiaban, si eran bastante ricos con servilletas, pero si eran muy muy ricos con pan. Se limpiaban los dedos con pan, entonces este pan lo tiraban a los peces del estanque, a los perros, a la pantera o las monas, porque tenían animales raros también.

Este hombre está deseando que le tiren por lo menos las migas con las que se han limpiado las cochinas manos de los ricos, pero se queda esperando, no se las tiran. Para que veáis el contraste que Jesús está describiendo, es un contraste que ya en sus primeras frases al auditorio lo estaba poniendo negro, estaba irritándole, lo estaba llenando de indignación contra esta situación de injusticia.

«Y hasta los perros venían y lamían sus llagas.» (Lucas 16:21). Aquí hay dos interpretaciones. Unos dicen que esto quiere decir que los únicos que se compadecían del pobre hombre eran los perros, lo cual es una explicación muy bonita. Otra explicación es que este hombre no solamente estaba allí, proscrito, echado, olvidado de los ricos, olvidado de Dios porque estaba enfermo, sino que encima los perros lo hacían inundo continuamente. Cualesquiera de las dos cosas son compatibles.

Un detalle, habéis observado que las parábolas contienen siempre un detalle de sorpresa, aquí el detalle lo habéis captado todos, ¿no? ¿Cómo se llama el rico? Es un rico anónimo, pero esto es rarísimo. En la historia antigua sólo se nos menciona a los ricos, a los famosos, a los pobres nadie los menciona por su nombre. Pero aquí Jesucristo ya empieza muy bien, con una enorme habilidad. Para él es un rico anónimo, no tiene ni nombre, es uno de tantos. El pobre sí, se llama Lázaro. ¿No os parece que es una cosa muy bonita? En algunas traducciones de la *Vulgata* al rico anónimo de la parábola le llaman Dives. Lo cual es un error, porque Dives significa simplemente «un rico». Llamarle Dives como si fuera un nombre propio es una traducción incorrecta. Pero en fin, era un rico anónimo y el pobre se llama Lázaro. Lázaro es un nombre interesante, porque Lázaro es la palabra griega que en hebreo se decía Eleazar, que significa «Dios te ayude», es decir que ya tenía hasta nombre de mendigo.

«Mañana será hermanito...» «Es que ya hemos dado...» «No, ya, ya he dado...» Es decir, «Dios te ampare», tenía hasta ese nombre; pero ese nombre Jesús lo escoge muy bien, un nombre de mendigo. Lázaro es Eliezer, es también Eleazar. ¿Quién es Eleazar? En la tradición judía era el nombre del criado de Abrahán, el heredero material hasta que Abrahán tuvo un hijo.

VII.2.2. Lázaro en el seno de Abrahán y el rico en el abismo

El mendigo murió. El que el mendigo muriera el primero, es «un privilegio» que no le sorprende a nadie, es normal. El mendigo murió, y aquí empezamos la raya que cambia todas las cosas.

Una vida en la que dos personas han tenido vidas paralelas, la una bajo el signo positivo a los ojos de todo el mundo naturalmente y el otro bajo el signo negativo a los ojos de todo el mundo. Y llega la muerte, esa línea divisoria que iguala a todos, que

le viene de todas maneras primero al pobre. «El pobre murió... –y aquí empieza ya lo raro, lo extraño– ...fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán.» (Lucas 16:22)

También el rico murió, porque hasta los ricos también mueren.

«El rico murió y fue sepultado.» (Lucas 16:22) «Fue sepultado», la palabra usada, si pudiéramos meter en una sola palabra todo lo que contiene la palabra en griego significa «fue sepultado en una tumba magnífica», eso quiere decir, ser sepultado en un mausoleo.

Del uno quedará la inmensa tumba como recuerdo para siempre, mientras el otro es llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Aquí hay una inversión de lugar muy curiosa.

¿Qué pasa después? «En el lugar de los muertos estando en el tormento, el rico vio de lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno.» (Mateo 16:23) Las situaciones cambian. Esta vez quien ve de lejos a alguien sentado en un lugar de privilegio ya no es el pobre, allá abajo, a la puerta del rico, que cuando abrían la puerta veía un rinconcito de la mesa con todas aquellas viandas encima. Ahora es al revés, ahora en el lugar del tormento «[...] el rico vio de lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno». Las situaciones han cambiado, y aquel pobre que estaba echado fuera está ahora en el lugar más adentro que existe, con Abrahán, el padre de la fe, el padre de los creyentes, el amigo de Dios, en su seno, metido en lo más profundo del cariño de los buenos, de los salvos.

Hasta aquí la inversión es perfecta, pero aquí viene lo más curioso de la parábola: el diálogo que hay entre estos seres. «[...] Entonces el rico gritó: Padre Abrahán.» (Lucas 16:24) El rico no se olvida de su linaje.

–Abrahán, recuerda que tengo contigo un lazo de parentesco, «Abrahán es nuestro padre» (Juan 8: 39).

–A ver si aunque sólo sea por influencias, recordándole los deberes familiares, a ver si consigo algo.

–«Padre Abrahán, ten misericordia de mí y envía a Lázaro, que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua porque estoy atormentándome en esta llama.» (Lucas 16:24) ¡Que aquí hay que protestar!, ¡esto es un infierno de tercera!, ¡esto es horroroso!, así que por favor, ¡mándame a Lázaro que vaya a la fuente y me traiga agua!

En el más allá el rico es el mismo, y Lázaro para él es como máximo un correveidile, un recadero, el botones, como máximo un esclavo. Lo sigue tratando como un esclavo, que vaya a buscarle agua, porque aquí se está muy incómodo y se tiene mucha sed.

«Abrahán le dice:

»–Hijo –Abrahán le reconoce el vínculo familiar, se lo reconoce totalmente– Hijo acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro males.» (Lucas 16: 25)

–Cuando Lázaro tenía los males y tú tenías los bienes, ¿te dabas tanta prisa para ayudarlo? Yo te recuerdo un poquito lo que pasaba antes. ¿Es que tienes derecho tú ahora a pedirle a Lázaro, que esté todavía a tu servicio? Tú acuérdate de lo que pasaba aquí hace muy poco, como estabas viviendo hasta ayer. Ahora él es consolado aquí, tú atormentado. Además, antes había una puerta entre ambos, ahora hay «un gran abismo entre nosotros y vosotros. Los que quieren pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá» (Lucas 16: 26).

La gran diferencia es que aquel paso que era perfectamente franqueable, que era una puerta de acceso, se ha convertido ahora en un abismo infranqueable, sin remedio, donde ya no es posible la comunicación.

–No es posible que nadie de los que están aquí vaya allá, ni nadie de allá venga aquí.

Pero el rico no está acostumbrado a callar y a aguantar. Él apelará a los abogados, a quien haga falta. Él tiene que hacer algo, porque sabe que... él siempre ha conseguido lo que se ha propuesto. Así que dice:

–«Te ruego padre que lo envíes a la casa de mi padre.» (Lucas 16:27) Bueno si no quieres mandármelo a mí, pues ahora lo mandas a casa de mi padre, con esta carta que te voy a dar, con un recado, «porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento» (Lucas 16:28). ¡Es que no nos habían avisado! ¿Sabes? No hay derecho, no nos habían avisado, entonces lo que como mínimo te pido es que esta situación de injusticia se remedie de una vez. Así que mándalo inmediatamente, que avise a los demás de los que nos espera, Lázaro es aún el recadero, el esclavo con el que va a buscar a los cinco hermanos aquí y allá a avisarles: –¡Oye!, que mira lo que te puede pasar.

Abrahán que conoce muy bien al rico dice:

–Tu argumento no me conmueve demasiado.

Abrahán le responde:

–Sabes, tus hermanos tienen a Moisés y a los profetas, que los oigan. Desde tiempos de Moisés y los profetas no han dejado de decir hasta la saciedad lo que pasa en esta vida y lo que se requiere para la otra, que los oigan a ellos. Os hemos mandado la élite, lo mejor que ha existido en la tierra, a Moisés, a Isaías, a Jeremías, a todos, lo mejor que hemos conocido para convencerlos, lo hemos mandado ya.

Pero el rico no se calla aún:

–No padre Abrahán, mentira, eso es falso. «Si alguno de los muertos va a ellos se arrepentirán.» (Lucas 16:30) Lo que necesitamos es la prueba de alguien que venga de los muertos.

Es la salvación por el espiritismo. Eso es lo que funcionaría, eso tendríais que hacer. No la salvación por la lectura de la Biblia, no, no, no; queremos la salvación por el espiritismo. Que vengan de los muertos. Que venga alguien a aparecernos y entonces nos convenceremos.

Pero Abrahán le contesta y ahí con esto le cierra la puerta del abismo:

–«Si no oyen a Moisés y a los profetas tampoco se persuadirán aunque se levante alguno de los muertos.» (Lucas 16:31) Si no han oído a nuestros profetas cuando estaban vivos, el hecho de que alguien muerto venga no les va a convencer.

VII.3. Contexto teológico

¿Cómo se llama el pobre? Lázaro, ¿es que no encontráis ahí una enorme coincidencia entre el nombre que Jesús ha querido darle a este pobre?

–Aunque Lázaro venga de los muertos, los ricos no le van a creer.

¿Es que Jesús está haciendo teología-ficción, o está hablando de la dura realidad de la vida? Porque hay un Lázaro levantado de los muertos que no ha conseguido que la gente se convierta. Si leéis el texto de Juan, el día en que Jesús resucitó a Lázaro de los muertos, ¿qué ocurrió con los saduceos? Ese día decidieron matarlo.

Jesús sabía muy bien que eso no funcionaría. Que los falsos argumentos son argumentos que la gente plantea como excusas. La gente me plantea a mí esto muchas veces.

–Si alguien me diera la prueba irrefutable, alguien que me viniera del más allá, diciéndome que eso existe, que hay un más allá, entonces yo me convencería.

Pero Jesús piensa que ese argumento no tiene valor, porque ya han venido de los muertos y no ha servido para nada. Hasta tal punto que Jesús ha renunciado ya a hacer ese tipo de milagros, no tienen ningún valor. Lo hizo como un signo de que Él es la resurrección y la vida, pero sabe que eso no funciona, por desgracia. Éste es el contexto teológico inmediato de la parábola.

Esta parábola ha perturbado a muchos, al no querer leerla en su rabiosa actualidad. Interpretándola a un nivel de alegoría, en la que todo va dirigido a describirnos una realidad del más allá, ha dado lugar a grandes problemas.

Hay quienes piensan que es sobre la base de esta parábola, que algunos grupos religiosos han desarrollado la teoría del purgatorio. Pero esta teoría ya existía en germen en la mentalidad grecorromana.

Vamos a ver sólo cuatro puntos que nos ayudarán a ver que no se trata de la descripción de una realidad de ultratumba, sino que se trata de una parábola, de una historia en el fondo de una ficción.

VII.3.1. Los justos van al seno de Abrahán

En primer lugar en la parábola los justos van al seno de Abrahán, pero en la Biblia no existe ningún lugar que se llame el seno de Abrahán. La Biblia no dice en ninguna parte que los justos van al seno de Abrahán. Lo que más se parece a esta declaración son las frases judías que dicen que cuando uno muere se reúne con sus padres. Eso es lo máximo, va al *hades*, al mundo de los difuntos y nada más.

En la Biblia, la única descripción de la naturaleza del hombre es una descripción global, en la que no hay partes, en la que alma y cuerpo son sólo aspectos de una unidad. El hombre vive y muere plenamente, la muerte actual se compara sólo a un sueño, a una inconsciencia. La única vida que la Biblia promete, consciente, es la vida a través de la resurrección, o sea que esto ya nos plantea un primer problema, si «el seno de Abrahán» hubiera que tomarlo al pie de la letra como una realidad geográfica.

VII.3.2. Realidad geográfica

En segundo lugar esa realidad geográfica es espantosa, porque si fuera así, desde el lugar de la gloria uno ve el tormento del que sufre; desde el lugar del que sufre se ve al bienaventurado en la gloria. Lo cual, si tiene que durar por la eternidad plantea serias dudas sobre la ética de Dios, que va a consentir que yo eternamente esté viendo sufrir a mi hijo, a mi padre, a mi madre; es espantoso. La realidad geográfica del *hades* y del seno de Abrahán plantea un problema a la noción de la bondad divina.

VII.3.3. Las almas

En tercer lugar, si aquí se trata de almas, tenemos grandes problemas, porque las almas tienen sed y necesitan agua, las almas tienen lengua y tienen dedos. Si las almas no tienen cuerpo no tienen necesidades corporales, luego no tienen sed, no pueden tener dedos, no pueden tener lengua. Y esto me plantea un problema ontológico, o metafísico, también bastante difícil de resolver.

VII.4. Utilización de la ficción en una parábola de Jesús

Esos problemas están aquí y lo que nos preguntamos es: ¿por qué Jesús utiliza la ficción en una parábola sabiendo que la realidad no es así?

Hay algunas explicaciones que os puedo dar, una de ellas es que el hecho de que Jesús utilice una parábola no quiere decir que él esté de acuerdo con todos los detalles. De la misma manera que hablando de la parábola del mayordomo infiel, Jesucristo no endosa y asume la moralidad del mayordomo. Él resalta no la perfidia del mayordomo, sino el haber rectificado, que es lo que le interesa.

De la misma manera, cuando él se compara a sí mismo: «El hijo del hombre vendrá como un ladrón en la noche», no hay que tomarle esta comparación diciendo que él vendrá con la falta de honestidad que tiene el ladrón, cuando viene a robar. Sino el único elemento que se toma para la comparación es que viene por sorpresa, o sea que viene en un momento en que no lo esperan. Y así podríamos daros muchos ejemplos.

Tan irreal como esto es la parábola de los invitados a la boda, porque no hay ningún invitado a las bodas en los tiempos bíblicos –en los tiempos nuestros sí, yo sé que en algunas bodas principescas algunos miembros de algunas familias reales, se han excusado para no asistir– que se excuse. En los tiempos bíblicos el que alguien diga que no va a asistir a la boda del rey, porque se ha comprado un par de vacas, es realmente insoportable. La gente se carcajeaba cuando oía a Jesús contar esta parábola, porque eso son excusas que todo el mundo consideraba absurdas.

Jesús puede contar historias que no son reales con una intención real.

Y aquí entramos en el lenguaje de la verdad y de la ficción. ¿Es posible transmitir una verdad a través de una ficción? ¿Por qué Jesús prefirió siempre transmitir la verdad a través de la ficción? La mayoría de sus parábolas son verosímiles, ¿por qué Jesús aceptó en ésta transmitir una verdad a través de una ficción? Es algo que nos podemos plantear.

VII.4.1. Parábolas rabínicas y textos egipcios paralelos a la parábola del rico y Lázaro

En primer lugar analizando esta parábola os diré que Jesucristo no se la inventa. Existen unas parábolas rabínicas, más o menos del tiempo de Jesús, que cuentan más o menos la misma historia.

Hugo Grotius descubrió en el año 1918 unos textos egipcios antiguos, *La historia de Sakme Kamúas en el más allá*, que es sin duda la fuente de la que los judíos sacaron la parábola rabínica sobre la que Jesús se inspiró.

Todos habéis leído que en Egipto se daba una importancia muy grande a lo que uno tendría que responder en el juicio ante Osiris, cuando fuera pesado en la balanza por Anubis. Todos habéis visto estas ilustraciones en que hay unos dioses con caras de animales que están pesando en unas balanzas a algunos seres. Y a lo mejor habéis visto, en algún museo de egiptología como el de Turín, que es fantástico, alguna copia del llamado *Libro de los muertos*. En este *Libro de los muertos* se prepara a los vivos para responder a las preguntas que les harán en el más allá.

En la literatura folklórica de Egipto hay muchos diálogos de los muertos, diálogos entre vivos y muertos, entre muertos y muertos. La historia de Sakme Kamúas dice lo siguiente:

El hijo de un faraón, se escandaliza viendo una vez que a un rico malísimo lo entierran en un hipogeo magnífico con todos esos objetos que hemos encontrado en algunas tumbas egipcias; mientras, a un pobre santo cuando se muere lo envuelven en su propia esterilla y lo tiran a los cocodrilos del Nilo. El chico dice que le parece que la vida es muy injusta. Entonces un sacerdote de Osiris, le dice:

–Ven que te voy a enseñar lo que ocurre en el más allá. ¿Qué ves en el Amte (que es el lugar de los muertos)?

–Veo a un hombre vestido con lino sentado en el seno de Osiris.

–Mira bien quién es.

–¡Ah! Es el pobre que murió que tiraron al Nilo.

–¿Qué ves al otro lado?

–Veo al lado del río al rico que estira la lengua para llegar al agua y no puede.

–Para que veas que en el más allá se restablece la justicia que en este mundo no existe.

Esa es la lección.

Después, esta historia fue contada por los judíos a partir de una adaptación. Sabéis que en la época de Jesucristo había más judíos que vivían en Alejandría que en Palestina. En Egipto había una colonia judía mayor que la que existía en Israel. Es una situación parecida a la de hoy entre Nueva York e Israel, en que hay muchísimos judíos y el porcentaje es muy grande.

Pues bien, la parábola que Jesús podía conocer directamente era ésta:

–El hijo de Ma'yan, un rico banquero murió, y la ciudad hizo fiesta, paró el trabajo y todo el mundo fue a su entierro. Y un pobre escriba, un estudiante, murió y nadie acudió a su entierro.

Entonces se preguntan los discípulos del rabino:

–¡Qué injusticia la de esta vida! A los ricos hasta en la muerte les va mejor que a los pobres.

Y él les dice:

–¡No!, ¡no! Miremos lo que ocurre en el más allá. Mirad lo que ocurre en el paraíso.

Y allí está el pobre estudiante vestido de lino al lado de una fuente de agua, acompañado por Abrahán mientras el hijo de Ma'yan el rico, estira la lengua en el borde del río y quiere llegar al agua pero no puede.

Como véis, los detalles son los mismos. Jesucristo ha utilizado un elemento del folklore de Israel para darnos una lección.

Jesús parte del cuento para ir más lejos.

La parábola de Jesús añade todo el diálogo del rico, precisamente para descalificar esa teología que empezaba a surgir de que es posible enderezar allá la situación que no se ha hecho en la tierra.

En la época de Jesús, precisamente por influencia grecorromana, algunos estaban empezando a creer en la inmortalidad del alma y, por influencia precisamente de este mundo helenístico, empezaban a tener serias dudas sobre qué pasaba cuando uno moría. ¿Es que había un estado intermedio? ¿Es que el alma iría a algún lugar? Esta idea se estaba introduciendo tan fuertemente que ya la encontramos en algunos de los llamados libros deuterocanónicos. En los tiempos de Jesús, los mismos judíos estaban divididos y ya no sabían muy bien qué creer.

Jesucristo utiliza unas creencias falsas, para mostrarles por reducción al absurdo lo falsas que son y para decirles que en el más allá no hay ninguna posibilidad de rectificar nuestro destino. Todas las posibilidades de decidir el destino se resuelven aquí y ahora. Después no hay más que un abismo y una serie de leyendas, pero no hay ninguna realidad a la que vosotros podáis apelar, para pretender cambiar después.

Ésto es lo que podíamos sacar del texto.

La idea de que hay una retribución en el más allá, inmediatamente después de la muerte, esta idea es tan fuerte que la encontramos en muchísimas religiones. La idea de que la compensación se hace «tanto has sufrido, tanto gozarás; tanto gozaste tanto sufrirás» es también falsa, pero es una idea muy generalizada.

VII.4.2. La parábola del asceta

Para ilustrarlo os voy a contar una pequeña parábola seguramente apócrifa, me imagino, aunque la he sacado de un libro que me parece muy interesante.

Era una vez un asceta que además de practicar un riguroso celibato, se había propuesto como misión en la vida combatir el sexo a toda costa, tanto en él como en los demás. Y sabéis que las personas cuanto más lo combaten en ellas, más lo combaten en los demás. Cuando le llegó la hora falleció y su discípulo, que lo admiraba tanto, pasmado por el rigor de este hombre, no pudo soportar la impresión y se murió poco después.

Cuando el discípulo llegó a la otra vida se encontró con la tremenda sorpresa de ver que allí estaba su maestro, aquel viejecito escuálido y raquítico que había combatido siempre el sexo. Estaba allí sentado con una señora desnuda estupenda sobre las rodillas. Al principio, del susto pensó que no debía interrumpir, pero cuando vio que la cosa continuaba, pues discretamente se acercó y le dijo:

–Querido maestro ahora sé que el Señor es justo. Estás siendo recompensado por tu abstinencia sexual en la tierra, estás recibiendo en el cielo la recompensa a tus privaciones.

El maestro con una cara de muy malas pulgas le dijo:

–Idiota, ni esto es el cielo, ni estoy siendo recompensado. Esto es el purgatorio y la están castigando a ella.

Este tipo de historias existen en el folklore de todos los pueblos y Jesucristo no tiene ningún reparo en coger una historia de su época y darle la vuelta.

La idea más general era que la desgracia en la tierra era compensada con prosperidad después –lo cual no es tan automático–. Y la prosperidad en la tierra era castigada con el sufrimiento después -lo cual tampoco es así.

VII.4.3. Relato del folklore budista

Os voy a contar otro chiste. Es una historia del folklore budista de la India que dice lo siguiente.

Había un discípulo que quería encontrar la perfección y su maestro le dice:

–Si quieres encontrar la perfección, tienes que poder vivir poseyendo en la tierra únicamente tu taparrabos. Cuando llegues a poder poseer exclusivamente en la tierra tu taparrabos, es que habrás encontrado la iluminación y la perfección.

El discípulo se hizo una cabañita al lado de un río para dedicarse a la meditación trascendental con su taparrabos. Y cada mañana después de efectuar sus abluciones ponía a secar su taparrabos que era su única posesión. Pero contempló con consternación muy pronto que las ratas, no sé si debido a los efluvios orgánicos o a qué, se lo mordían cada día. Así que para conservar el taparrabos, tuvo que hacerse otros y tuvo que traerse un gato para espantar las ratas. Pero, claro, para mantener al gato cerca, tenía que pescar para darle sardinas al gato para que no se le fuera. Entonces dijo:

–Esto es muy molesto. Si tengo que estar pescando para que el gato esté aquí, yo no tengo tiempo de alimentarme a mí mismo. Será mejor que me compre una cabra y así me alimente con ella.

La cabra tuvo cabritas, luego no podía tomar toda la leche que daba. Así que vendió unas cuantas cabras y se compró una vaca. Después con las vacas y las cabras no podía. Así que se tuvo que casar para que la mujer le ayudase. Y como tenía muchos hijos... pues al cabo de muy poco se convirtió en el más rico hacendado de la región.

Y cuando se murió y llegó al más allá, su maestro le dijo:

–¿No te había dicho que para encontrar la iluminación y la perfección, tenías que esforzarte en poseer sólo tu taparrabos?

Y aquél le contesta:

–No vas a creerlo maestro, pero es el único medio que he encontrado para conservar mi taparrabos.

VII.5. Aplicación de la parábola

¿Qué podemos extraer de nuestra parábola del rico y Lázaro?

Nuestra parábola me parece a mí que es de una actualidad tremenda. Nosotros vivimos como privilegiados en un mundo a sólo una puerta de distancia de muchos que nos necesitan. Y Jesús nos recuerda su manera de ver la religión como dos series de relaciones:

–«Amarás a Dios con todo tu corazón [...] y a tu prójimo como a ti mismo.» (Mateo 22:37-39)

No hay relación religiosa perfecta, ni siquiera auténtica, ni siquiera válida que no tenga la relación horizontal.

–Si tú quieres asegurarte el más allá, es en el más aquí... que debes hacerlo.

–Simplemente al otro lado de tu puerta, ahí está Lázaro, ahí está la oportunidad de decidir en qué reino quieres estar; en el reino en el que tú te cierras en ti mismo o en el reino de los cielos, que es el reino de la comunión, del amor y de la participación.

–El hecho de que para creer necesites algo más, lo reconoce la parábola: para creer necesitas además a Moisés y a los profetas, es decir la Revelación divina.

–La realidad social en la que vives casi debería bastarte. Pero, o por si no te basta, tienes todas las indicaciones necesarias, en Moisés y los profetas. Dios te ha revelado muy claramente lo que espera de ti.

–Luego no me pidas milagritos, no me vengas con sesiones de espiritismo, no consultes a los muertos. No tiene sentido, no se puede, entre salvos y perdidos hay un abismo infranqueable.

–Lo que tienes que resolver debes resolverlo aquí y ahora, antes de que tú te mueras y naturalmente si es posible antes de que se muera Lázaro. Porque lo que tú decides en tu aquí y en tu ahora, es lo que decidirá tu más allá.

¿Por qué Jesús predica la verdad a través de la ficción? Pues porque Jesús sabe muy bien que la verdad no se encuentra sólo en la fotografía. Que no es más verdadera una foto que un retrato y no es más verdadera una foto que una caricatura, ni es más verdadera una foto que un cuadro expresionista. No lo es. Todos habéis tenido la experiencia de que en algunas fotos, en las que según la posición que os han cogido, no sois vosotros, sin embargo la máquina no se ha inventado nada.

La exactitud científica no es más verdadera que el retrato. Los retratos hechos por Velázquez o Goya son retratos que quizá no se parezcan mucho a lo que sería una fotografía. ¿Son más verdaderos o más falsos que las fotos? ¡Son más verdaderos! Porque, en el retrato, el artista ha podido conseguir además de lo que la máquina ve, lo que la máquina no ve, que es lo que está detrás, una manera de ser, un temperamento, un carácter.

Jesucristo, a través de la ficción, puede transmitirnos una verdad profundísima. Jesús no desdeñó utilizar la parábola, o si queréis una ficción en el sentido más inocente de la palabra, para transmitir la verdad.

Os cuento un último chiste para ilustrar que la verdad existencial es más importante que la exactitud rigurosa, científica. La verdad es más importante que la exactitud.

Un pobre santón siempre iba meditando. Sin darse cuenta se cayó un día, haciéndose de noche, en el pozo ciego –que eran los únicos sistemas de desagüe en los pueblos pobres– del pueblo donde estaba. Al ver que se hundía en aquella inmundicia, empezó a gritar:

–¡Socorro!, ¡socorro!

Pero nadie le oía. Entonces se le ocurrió gritar:

–¡Fuego!, ¡fuego!, ¡fuego!

Entonces los vecinos de la casa más cercana acudieron donde gritaban fuego, encontraron aquel hombre y al verlo lo sacaron de allí. Le dijeron:

–¡Oye, tan santo que eres!, ¡tú que siempre nos predicas la verdad!, ¿cómo es que has gritado fuego, cuando no había fuego?

Y les dijo:

–¡Por favor! ¿Es que alguno de vosotros habría venido a recogerme, si hubiera gritado en el lenguaje más culto o más popular: basura o excrementos?

El lenguaje no es nunca la verdad en sí, el lenguaje es el vehículo de la verdad. Y la verdad puede ser transmitida, la verdad existencial y profunda, por un texto rigurosamente histórico o por un texto aleccionadoramente ficticio.

Me resulta interesante el que Jesús no ignorase el folklore de su pueblo, no ignorase la literatura popular. Y si bien prefirió siempre darnos ejemplos de la naturaleza o de la vida real, tuvo a bien un día tomar una pieza de literatura, un cuento, una historia que existía para dar a través de ella una lección. Él lo pudo hacer con una habilidad que yo no tengo. Pero nosotros no estamos aquí para juzgar a Jesús, estamos para comprenderlo y para saber que, a través de esa parábola, nos ha transmitido una verdad importante.

VIII. Conclusión

Al terminar esta sesión de parábolas con vosotros, me gustaría que nos quedásemos con esta idea de parábola. Nosotros, queridos amigos, colegas de AEGUAE, que somos ricos, ricos en Dios, ricos en gracia. Nosotros que tenemos a la puerta tantos lázaros, que a lo mejor se saciarían con las miguitas de lo que nosotros tenemos. ¿Por qué no abrimos la puerta y los hacemos entrar? ¿Por qué no nos sentamos a su lado, fuera? ¿Por qué son sólo los perros los que se compadecen de ellos? ¿Por qué no compartimos lo que tenemos? Nosotros, los de AEGUAE, sabiendo que con tantos Lázaros, con la Ley y los profetas a nuestro alcance, tenemos toda la verdad que necesitamos para encontrarnos un día con nuestro Señor en su reino.

Deseo que Dios os bendiga mucho y que sigáis explorando el texto bíblico, con toda su riqueza. El mayor riesgo que corréis es creer que ya lo habéis comprendido todo, esa es la única manera de silenciar la Biblia.

Mientras creáis que el texto os puede hablar, practicad el sistema que yo hago con mis alumnos, que lo he aprendido de Elena G. White, que es la lectura por la imaginación.

Cuando queráis que un texto os hable, meteos en un personaje; es decir, cambiar el personaje y ponedle vuestro nombre y veréis como el texto se vuelve tan impertinente, se mete tanto con vosotros que entonces no os puede dejar insensibles, el texto os hablará. Si decís: había un señor que se llamaba Roberto Badenas que disfrutaba de todo lo que tenía cada día y a la puerta había un Lázaro que se llamaba Fulanito... (le podéis poner nombres). Y veréis como entonces el texto se convierte en tan molesto que o bien os hace mucho bien, o bien tenéis que cerrarlo. Pero lo que no ya podéis hacer nunca más es leer la Biblia con indiferencia.

Si aplicáis este método, jamás os aburriréis, jamás os dormiréis haciendo la Escuela Sabática. Si podéis, meteos ahí, porque, en el fondo, la finalidad de cada parábola es «vete y haz tú lo mismo» o «ese hombre eres tú». Cuando aprendamos a hacerlo, veremos que las parábolas son de una tremenda actualidad para nosotros.

Cuando uno se dedica a explorar el texto bíblico, algunos te dicen:

–Le admiro, le envidio, porque usted saca muchas cosas, sabe mucho.

Pues no, no me admiréis a mí, admirar el texto bíblico, trabajadlo. Eso está al alcance de todos. Cuando uno estudia el texto de Dios lo único que puede responder es lo que dice Lucas 17:10. No somos más que unos pobres siervos, aunque seamos exégetas y especialistas, al estudiar el texto bíblico no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer. «Así también vosotros, cuando hubiereis hecho todo lo que os he mandado, decid: siervos inútiles somos, porque lo que debíamos hacer, hicimos.» (Lucas 17:10)

En el fondo cada vez que yo tengo que explicar una parábola, aquí, en clase o en una iglesia, me siento incómodo y pienso en las palabras de Job 42:3, cuando me voy a casa y me digo: «He hablado sin inteligencia de maravillas que me superan y que ignoro». Y lo digo de todo corazón.

Pues una de las mayores dificultades de todo estudiante de la Biblia es acercarse, prestar el oído al Dios vivo que habla, ¿y cómo puede uno, nos decía Éxodo 32:20, «acercarse al Dios vivo sin morir»? ¡Que Dios os bendiga!

IX. Vocabulario griego-español

- ᾗδης (*hades*): mundo inferior, etc.
- βασιλεία (*basileía*): reino.
- ἐκ (*ek*), preposición.
- ἐκκλησία (*ekklesía*): iglesia.
- κοινωνία (*koinonía*): comunidad.
- παραβολή (*parabolé*): parábola.
- χειρόγραφον (*heirógrafon*): obligación que consta por escrito.

X. Vocabulario hebreo-español

- אמונה (*emunah*): amén.
- אדון (*Adon*): Señor. אדוני (*Adonai*): mi Señor.
- הללויה (*aleluyah*): aleluya.
- השם (*hashem*): el Nombre.
- השמים (*hashamayim*): los cielos.
- רחמים (*rajamim*): misericordia.
- יהוה (*Yahwé*): Yahvé.
- מלכות (*malkuth*): reino.
- משל (*mashal*).
- עולם (*olam*): tiempo. עולם הבא (*olam haba*): mundo venidero.
- צדק (*tsedeq*), צדקה (*tsedaqah*): justicia.